LA TRAICIÓN PROGRESISTA

ALEJO SCHAPIRE

PRÓLOGO DE POLA OLOIXARAC



Estas páginas son para quienes han comprobado azorados cómo una izquierda que hasta ayer luchaba por la libertad de expresión en Occidente hoy justifica la censura en nombre del no ofender; esa que ayer comía curas y ahora se alía con el oscurantismo religioso en detrimento del laicismo para oprimir a la mujer y a los homosexuales; esa que a la liberación sexual responde con un nuevo puritanismo, que de la lucha contra el racismo ha pasado a alimentar y a minimizar su forma más letal en las calles y en los templos de Europa y de las Américas: el anti-semitismo. Estos capítulos son un intento por comprender las razones, los mecanismos y las consecuencias encerrados en esta traición.

Alejo Schapire tiene la lucidez y la valentía para descubrir y señalar los desvíos de esta izquierda en un ensayo tan documentado como audaz. El análisis de la situación actual alerta sobre la tentación totalitaria y el relativismo cultural que acechan desde el progresismo biempensante, pero que también tienen su correlato en el auge del populismo nacionalista y de extrema derecha.

Un libro imprescindible que traspone rótulos y categorías en el intento de defender las ideas de manera coherente, sin traiciones.

Alejo Schapire

La traición progresista

Prólogo de Pola Oloixarac

ePub r1.0
Titivillus 18.01.2020

Título original: *La traición progresista*
Alejo Schapire, 2019

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

En pocas palabras, la actual polémica enfrenta a la izquierda antiimperialista con la izquierda antitotalitaria. De una forma u otra, he estado involucrado —en ambos lados de la cuestión — toda mi vida. Y, cada conflicto, lo resolví inclinándome cada vez más por el lado antitotalitario (puede que esto no parezca una gran afirmación, pero hay cosas que es necesario descubrir a través de la experiencia y no meramente a partir de principios). Las fuerzas que consideran el pluralismo como una virtud, por más «moderadas» que eso pueda hacerlas sonar, son muchísimo más revolucionarias (y es muy probable, a largo plazo, que den lugar también a mejores antiimperialistas).

Christopher Hitchens, «From 9/11 to the Arab Spring»,
en *The Guardian*, 9 de septiembre de 2011.

No es tan complejo o La izquierda, esa madre monstruo

Pola Oloixarac

Desde hace un tiempo, en Occidente, la batalla contra la normalidad es la épica burguesa. Foucault y su crítica al poder se volvieron *covers* para las masas ansiosas: Lady Gaga les canta a los raros su «manifiesto de la Madre Monstruo», mientras las masas criadas entre *likes* y seguidores se aferran a su tentativa de monstruosidad como un triunfo político sobre la opresión. El cuerpo propio es la utopía y el cuidado de sí es la tierra prometida, bajo los ojos implacables de una sociedad que ya no busca reprimir desde afuera, sino que invita a autoclasificarse hasta la exasperación y a gestionar la performance de sí, porque todos somos iguales al competir (como mini-Gagas) por el favor de nuestras audiencias, sanguinarias o benévolas.

Este libro es un viaje a las entrañas de esa prolífica y polifacética madre monstruo, la izquierda contemporánea. Alejo Schapire disecciona el devenir irreconocible de una *gauche divine* en cuyos valores se educó, pero con cuyas configuraciones actuales ya no se puede identificar. Desde el inicio advierte que este libro narra una ruptura amorosa; criado por esta madre, sintiéndose parte sentimental de la familia cultural de izquierda, nunca sospechó que debería disociarse de ella ni que sería la fidelidad a esos valores liberales primigenios la que terminaría expulsándolo. Pensar aquí es una actividad violenta, una apostasía: es señalar la deriva autoritaria de una traición.

En este sentido, *La traición progresista* es una salida del closet y una herejía dolorosa, que medita acerca del desencanto con urgencia y lucidez. Interpela a la buena conciencia de izquierda apuntándole a la yugular. Como señala Schapire, «el colapso de la Unión Soviética llevó a una parte significativa del progresismo a cambiar de sujeto histórico, la clase trabajadora por las minorías». El imperialismo tiene caminos inescrutables: en

efecto, el progresismo puritano es la mayor exportación cultural de un imperio en decadencia y su avanzada cultural más sorprendente. La izquierda tradicional, que siempre denostó los productos culturales norteamericanos, no tardó en engullir los pruritos puritanos y el sistema de valores de la izquierda norteamericana, que sustituyó el multiculturalismo por una guerra racial sorda donde ser víctima es una forma de meritocracia.

Si Francis Fukuyama expresó que la historia había terminado (que con la caída del Muro de Berlín el capitalismo, y con él, la Historia, había triunfado), el progresismo se hace eco de que la historia terminó, y que por lo tanto su misión es ordenarla, aplicando su superioridad moral triunfal a la revisión de todas las historiografías y cánones, los productos culturales y el lenguaje. Como Pangloss en *Cándido*, esta izquierda omnirrevisionista da por sentado que vivimos en el mejor de los tiempos posibles: lo que piensa es lo mejor pensable, y esta arrogancia le permite abocarse a la demolición (y prohibición) de obras y sistemas que no cierran dentro de su égida. La historia no existe: sólo existe el presente de lo que puede ser pensado o dicho. Y los indeseables, los perversos y los malos, o los que no puedan probar su inocencia, deben ser excluidos. Los preceptos puritanos del nuevo progresismo norteamericano, que fluyen desde Estados Unidos hacia las versiones ecualizadas de cada país occidental, son la norma actual que ha creado nuevos excluidos, nuevos raros que no tienen de dónde asirse, que boyan entre configuraciones políticas a las que une el espanto.

Schapire examina este nuevo closet, expone aquello de lo que no se habla. Organiza los ropajes argumentales brindando un estado de la cuestión en torno al lenguaje inclusivo, la construcción de un orden moral puritano que recuerda a las fantasías victorianas, la ya *demodée* libertad de ofender (o de escribir cosas que puedan ofender a la burguesía). Nota cómo incluso la condena al antisemitismo se ha visto revisada bajo este espíritu epocal. Como si haciendo a un lado Auschwitz y las condensaciones cristalizadas por los ritos de la memoria (la montaña icónica de zapatos, los cadáveres apilados, los uniformes severos y los pijamas a rayas), el antisemitismo explícito de atacar a los judíos por su condición de judíos en Europa ya no fuera un crimen de odio, para ser recatalogado bajo el mantra favorito de la actitud ilustrada de izquierda: «es más complejo». Schapire muestra los atavíos hipócritas de este progresismo para el cual «el antisionismo es la coartada para transformar a los verdugos de los judíos en víctimas de la sociedad», y a la vez, expone cómo estas discusiones niegan la realidad de la violencia inspirada por el odio

racial. Al exhibir el ajuar de bodas entre la izquierda y los intolerantes racistas, Schapire describe nuestra desnudez.

La traición progresista narra un problema cognitivo. Aquel que, con tal de no estigmatizar al diferente, no tiene reparos en estigmatizar lo que está frente a él. Quizás el problema radica en que nuestras teleologías de la represión –que forjaron el pensamiento de izquierda como reacción– ubicaron siempre al Otro afuera. Es el panóptico de Bentham, es la producción de saberes y sexualidades de Foucault. Pero no nos prepararon para la represión que viene de lo mismo (tomo prestada esta noción de Byung-Chul Han), cuando la cultura ya no es otra más que sí misma (ahora que la historia ha terminado, que sólo existe el mercado y la competencia por lo mismo, por *likes*, privilegios y audiencias) y busca generar un sistema saturado de su mismidad para rehacer la historia a su imagen y semejanza. Orwell: «Los intelectuales son más totalitarios que la gente común. Muchos no tienen reparos en abrazar formas dictatoriales, policías secretas, la falsificación sistemática de la historia, siempre y cuando esté "de su lado"». Este lado es el giro copernicano: la nueva Iglesia es la izquierda, y el hereje es quien ose criticarla.

La izquierda tradicional buscaba responder a una pregunta secular por fuera de la religión y de la Iglesia: ¿cómo ser buenos? Este libro desafiante arroja una respuesta. Cómo ser buenos equivale, una vez más y como siempre, a ser valientes. A batallar la hipocresía. A no temer señalar toda forma de odio basado en la raza y la diferencia. A mostrar la injusticia de querer identificar el arte y la historia con sus creadores humanos y falibles. A apostar por los valores liberales universales para cambiar el mundo, o simplemente para tener una vida ética en él.

Introducción

Estas páginas son el relato de una ruptura sentimental. Describen el divorcio de una pareja, alguien que después de décadas de convivencia se había vuelto irreconocible. Escribir sobre la propia familia es un ejercicio doloroso y arriesgado. Exponer las pequeñas y grandes miserias de los suyos es disparar los mecanismos de defensa de quienes se sentirán íntimamente agraviados. El precio de la deserción es alto.

Para quien ha crecido y se ha educado en una tradición intelectual, para quien ha defendido con el verbo, la manifestación pública y el voto una visión del mundo, supone consumar una separación en los peores términos. Las acusaciones de quién traicionó a quién serán mutuas; la de no haber sido realmente parte de la familia también. Resultará estéril desplegar viejas credenciales de izquierda. Además, ¿qué registro queda de mi indignación ante el descubrimiento de las injusticias sociales y el estimulante hallazgo de las armas intelectuales y el compromiso del campo ideológico que adopté en mi juventud? ¿Dónde está el testigo de mi felicidad al ver publicada mi primera nota en el diario de izquierda que llevaba en la mochila a la escuela secundaria y al que envié mi primer currículum? ¿Cómo convocar hoy a los profesores universitarios, tan entusiastas al comprobar que su alumno podía reproducir con éxito en los parciales los análisis marxistas que absorbía?

De las discusiones estudiantiles, de las manifestaciones contra las políticas económicas de ajuste que pesaban sobre los más vulnerables, primero en Argentina y después en Francia, quedan apenas rastros: en la bisagra de los siglos XX y XXI, no se consignaban en las redes sociales. Tampoco hay testigos en el cuarto oscuro para dar fe de una fidelidad a lo que puede llamarse someramente el campo progresista. Sí subsisten trabajos periodísticos en papel o en la web que reflejan, en la elección de los temas, sus enfoques, y en el manejo de los códigos, la pertenencia a esta corriente en la que he evolucionado. También quedan la incomprensión y la amargura de

amistades rotas, la benevolencia de quienes supieron separar los tantos o compartieron el desasosiego.

De todos modos, de nada servirán las pruebas ni importan, máxime para una izquierda fragmentada en una constelación de capillas —revolucionarias o reformistas—, donde cada quien es un experto catador de la pureza ideológica, y la excomunión de sus semejantes, moneda corriente. Menos aún en el contexto de polarización argentino, enrarecido por el factor peronista. Este libro no va dirigido a ellos, o no principalmente, sino a otros huérfanos de la izquierda, en su sentido más amplio, que se han visto abandonados por su familia política como un barco que se aleja olvidando en el muelle sus valores cardinales.

Estas líneas son para quienes han comprobado azorados cómo la izquierda que ayer luchaba por la libertad de expresión en Occidente hoy justifica la censura en nombre del no ofender; esa que ayer comía curas y ahora se alía con el oscurantismo religioso en detrimento del laicismo para oprimir a la mujer y a los homosexuales; esa que a la liberación sexual responde con un nuevo puritanismo, que de la lucha contra el racismo ha pasado a alimentar y justificar su forma más letal en las calles y en los templos de Europa y de las Américas: el antisemitismo. Estos capítulos son un intento por comprender las razones, los mecanismos y las consecuencias encerrados en esta traición.

El mandato de no decir verdades inconvenientes para «no hacerle el juego a la derecha» es una intimidación que funcionó, durante demasiado tiempo, con eficacia. Es finalmente una autocensura que ha sido aprovechada desde el otro extremo del arco político, por los que no se sentían amedrentados por una exclusión del sistema mediático y académico al que no pertenecían. Así empezaron a capitalizar en las urnas las claudicaciones, los silencios, el terreno desertado por la izquierda, allanando el camino para el ascenso de populismos de derecha y ultraderecha de ambos lados del Atlántico.

El colapso de la Unión Soviética y su modelo llevó a una parte significativa del progresismo a cambiar de sujeto histórico, la clase trabajadora por las minorías, y a abrazar nuevos aliados liberticidas: autócratas, teocracias de Oriente Medio y las *identity politics*, sepultando de esta manera la promesa de la emancipación universalista. En esta reconfiguración del paisaje ideológico, se fortalecieron dos polos iliberales, aplastando juntos cualquier legado de la tradición de la corriente secular, humanista y antitotalitaria de la izquierda occidental.

Soy consciente de que uno no elige cómo es leído y que la incorrección política es un paraguas bajo el que también buscan cobijarse falsos

transgresores y verdaderos racistas, nostálgicos de un viejo orden que no quieren ver morir. Pero no es avalando modelos autoritarios, reactivando viejos métodos del estalinismo, abrazando el relativismo cultural y moral que se logra la emancipación de los más débiles. Este libro trata de explicar por qué.

1
La burbuja: la manufactura del falso consenso

Es tan difícil encontrar a un corresponsal en Washington que no aborrezca a Donald Trump como a uno que no hubiera sucumbido durante la presidencia anterior a los encantos de Barack Obama. Pero esta no es una tendencia particular del antiimperialismo de los periodistas extranjeros. En 2016, el 90% de la prensa estadounidense hizo explícito su respaldo a la candidata demócrata Hillary Clinton y llamó a bloquear la llegada del republicano a la Casa Blanca.

En vísperas de la elección presidencial, de los cien diarios de mayor difusión en Estados Unidos, 57 publicaron su *endorsement* a la ex primera dama, mientras Trump sólo obtuvo el de dos diarios, lo que constituyó el récord de la menor cantidad de apoyos en la historia norteamericana para uno de los dos grandes partidos. Y se trataba de los responsables editoriales de los diarios; probablemente, si este respaldo se hubiese resuelto por votación en las redacciones, el desequilibrio habría sido aún mucho mayor. En cualquier caso, el resultado final de la contienda dejó expuesto un claro divorcio entre la visión de quienes confeccionan el relato informativo, que además fallaron a la hora de anticipar la victoria republicana, y los electores.

En marzo de 2017, el afamado estadístico Nate Silver, quien supo predecir con gran precisión la victoria de Barack Obama en 2008 (acertó el resultado en 49 de los 50 estados) pero falló a la hora de anunciar el triunfo de Trump. Propuso una serie de artículos para analizar la cobertura de la campaña electoral de 2016 y por qué los grandes medios estadounidenses subestimaron las chances del *outsider* republicano. En la novena entrega de la serie, titulada «There Really Was a Liberal Media Bubble»[1] [Había realmente una burbuja liberal mediática], el autor cuestionó la falta de diversidad ideológica de quienes trabajan en los diversos soportes de la prensa y recordó que «en 2013

sólo el 7% de los periodistas norteamericanos se identificaban como republicanos», mientras que en 1971 eran el 25,7%, más del triple.[2]

A este sesgo ideológico, se le agregaba un fenómeno social: si en 1971 sólo el 58,2% tenía un título universitario, en 2013 la cifra trepaba al 92,1%. Esta homogeneidad sociológica se agravó con la crisis de la prensa de papel y la huida de los anunciantes a la web. En los años noventa, los diarios y semanarios empleaban a alrededor de 455.000 periodistas, vendedores o diseñadores, según estadísticas oficiales del US Bureau of Labor Statistics. En enero de 2017, esta cifra se redujo a 173.900 personas.[3]

La producción periodística se transformó por los imperativos editoriales de internet (reactividad, viralidad, tiranía del clic), pero además por una cuestión física y geográfica: la localización de los sitios de fabricación de contenidos. Los principales periódicos ya estaban situados en Washington, Nueva York o Los Ángeles; los medios *online* también optaron por instalarse allí donde estaban sus lectores, así como el poder político, económico y del entretenimiento. Estas urbes con poblaciones cosmopolitas, marcadas por la alta concentración del poder adquisitivo y el acceso a estudios terciarios, muestran asimismo una particularidad: votan masivamente por los demócratas.

Mientras los periódicos pequeños y medianos de papel tuvieron peso en las áreas rurales de Estados Unidos, existía cierto equilibrio frente a los referentes periodísticos progresistas, pero este se esfumó con la crisis del sector y el fortalecimiento de los polos liberales situados en las costas este y oeste de Estados Unidos. De este modo, se produjo un ecosistema en el que el sesgo del periodista, el entorno urbano liberal, el lector de alto poder adquisitivo y con altos estudios fabrican una burbuja ideológica que se retroalimenta, mirándose al espejo al tiempo que ignoran lo que no pasa por su radar o lo descartan para no contrariar a su campo. El fenómeno, amplificado por el modo de funcionamiento de las redes sociales exacerbado por los algoritmos, es conocido como «cámara de eco».

El problema, tanto para la prensa como para su audiencia, es que Trump ganó, y los cronistas, analistas y agoreros que lo ridiculizaron y subestimaron el fenómeno que representaba no supieron anticiparlo. Instalar que la suerte estaba echada y que Hillary Clinton sería la sucesora natural de Obama no sólo infravaloró la capacidad de Trump, sino que además dio alas a los seguidores de Bernie Sanders, quienes se sintieron a sus anchas para torpedear a la archifavorita, una exsecretaria de Estado atacada tanto por

derecha como por izquierda, lo que sirvió en definitiva a la estrategia de los republicanos.

Algunos periódicos, al menos durante algunos días en los que seguían amargados y aturdidos por el resultado electoral, ensayaron un mea culpa. Fue el caso de *The New York Times*, que en el editorial del 13 de noviembre de 2016[4] se preguntaba si este medio, como otros, había subestimado el apoyo a Trump entre los votantes estadounidenses. «¿Qué fuerzas y tensiones condujeron esta elección divisiva y su resultado?», preguntaba angustiado el diario de referencia de Estados Unidos.

¿Estaba dispuesta la prensa *mainstream* a un autoexamen de conciencia? ¿Estaban sus lectores listos para enfrentar una visión del mundo distinta que, a través de las urnas, les había arrebatado el poder sin que lo vieran venir?

El nazi de la casa de al lado

En noviembre de 2017, el *Times* publicó «A Voice of Hate in America's Heartland»[5] [Una voz de odio en el corazón de Estados Unidos], el perfil de Tony Hovater, un joven de 25 años, de Ohio, amante de *Twin Peaks, Seinfeld* y Adolf Hitler. El artículo, lejos de ser condescendiente, exponía cómo un estadounidense blanco promedio podía abrazar la cultura pop de su época, tener un lado *hipster,* mientras suscribía a tesis neonazis, negacionistas y todos los clichés antisemitas.

«Es el simpatizante nazi que vive en la casa de al lado, cortés y de bajo perfil en una época donde las viejas fronteras del activismo político parecen estar en un cambio constante que genera alarma», advertía Richard Fausset, quien había esbozado un retrato de ese Estados Unidos que había llevado a Trump al poder.

Podría pensarse que la iniciativa del *Times* de tratar de comprender qué estaba pasando con un informe de campo sería celebrada por un lectorado ávido de entender y conocer mejor al enemigo. Error. La iniciativa desató, en cambio, un torrente de indignación. «¿Qué diablos es esto, *New York Times*? Este artículo hace mucho más por normalizar el neonazismo que cualquier cosa que haya leído en mucho tiempo», se indignó Nate Silver, el mismo estadístico que no había visto venir el triunfo de Trump… La lluvia de críticas al artículo pasó por denunciar una banalización del mal o decir que ya se sabía que el mal podía ser banal, que se daba una plataforma a los neonazis y, por supuesto, amenazas de interrumpir la suscripción a *The New York Times,*

que había experimentado un salto récord en las suscripciones (308.000 nuevos abonados en el primer cuatrimestre del 2017[6]). La nota creó tal desazón, que el diario se vio obligado a poner un aviso en la edición digital de ese texto, indicando que «el artículo había recibido una reacción significativa, sobre todo pronunciadamente crítica». Al encabezado le seguían dos enlaces a aclaraciones del editor y el autor de la nota, tratando de hacer una defensa. Al parecer, la ola de suscripciones a *The New York Times* no tenía tanto que ver con la sed de estar mejor informado para prevenir otra mala sorpresa, sino más bien con un modo de militar junto al diario denostado por el presidente estadounidense.

Los medios que Trump ama detestar mordieron el anzuelo tendido por el mandatario: entraron en modo «resistencia» —en la *home* de su sitio web, el *Washington Post* izó un *banner* que reza «Democracy Dies in Darkness»—, renunciando de facto a la pretensión de brindar una información que aspire a la imparcialidad. Perder la sangre fría fue puro negocio para Trump, que consiguió la prueba de que existe un sesgo asumido contra su campo y puso de moda la expresión «Fake News». También fue negocio para los medios progresistas, que vieron estallar el número de abonados. Que la calidad informativa o del nivel de debate de ideas se haya beneficiado con esta polarización es menos evidente.

Otro intento por escuchar al adversario, aunque más no sea para denunciar sus ideas, naufragó en el otoño boreal de 2018. *The New Yorker* había invitado a participar a Steve Bannon, el estratega de la exitosa campaña electoral de Trump, en un debate de su October Festival. La idea del editor de la prestigiosa revista del progresismo intelectual neoyorkino, David Remnick, era interrogar ante el público a Bannon «con la intención muy clara de hacer preguntas difíciles y llevarlo a mantener una conversación muy seria y combativa», según sus palabras. Sin embargo, una campaña desde la propia redacción de la revista y las redes sociales, así como la amenaza del actor Jim Carrey y el director de cine Judd Apatow de no presentarse al festival en caso de que Bannon concurriese al evento, llevaron a la publicación a «desinvitar» al artífice de la victoria republicana. Esto le permitió además a Bannon posar como víctima de la censura. «Mi razón para aceptar [la invitación] era simple: quería enfrentar a uno de los periodistas más temerarios de su generación. En lo que calificaría de momento decisivo, David Remnick demostró que no tenía agallas cuando debía enfrentar los aullidos de una turba *online*», replicó.

¿Acaso no hubiera sido beneficioso rebatir en público las ideas del hombre que llevó a Trump a la Casa Blanca y hoy, instalado en Europa, busca

allanar el camino de los populismos de extrema derecha al poder? Es difícil esgrimir que esto les hubiese dado demasiada visibilidad a sus ideas; ya la tenían y ocupaban la cima. ¿Tan poca fe se tenían en debatir, acostumbrados a los falsos debates donde todos están de acuerdo? ¿Han perdido la costumbre de enfrentarse a una argumentación estructurada o tienen escasa confianza en sus propias ideas y en su capacidad de persuasión?

El divorcio entre la élite progresista y el electorado, entre la palabra autorizada y la que no debe expresarse —como si el hecho de silenciarla anulara su existencia— no es algo exclusivo de Estados Unidos. El caso norteamericano puede ilustrarse más fácilmente por la sobreabundancia de estadísticas disponibles, pero su distorsión y los mecanismos que utiliza pueden extrapolarse sin dificultad a otros países.

El sorpresivo triunfo de Trump fue precedido por la victoria, tampoco anticipada, del Brexit, la salida del Reino Unido de la Unión Europea. Una vez más, los medios conducidos y localizados en los centros urbanos que se habían beneficiado con la globalización se veían sorprendidos por una opinión de la periferia recelosa del mundo sin fronteras que le proponían, infrarrepresentada en la prensa. «No conozco a nadie que haya votado por el Brexit», decían sorprendidos los periodistas londinenses. Por la misma época, la falsa representación de la unanimidad era desmentida en Colombia, con la victoria del No en el referéndum sobre los acuerdos de paz del presidente Juan Manuel Santos con la guerrilla de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC).

El problema para el progresismo es que a veces la gente se expresa sin pasar el filtro de sus medios. Cuando el elector no se reconoce en la representación de la realidad que le ofrece el relato dominante, canaliza su frustración pateando el tablero con un voto en forma de dedo mayor levantado o buscando un reflejo de sus inquietudes en la prensa de demagogos de extrema derecha a quienes hace rato no les importa nada el qué dirán. Porque una de las consecuencias de la burbuja, del no dar informaciones que «le hacen el juego a la derecha», es que dejan una avenida libre a quienes no se sienten intimidados e instrumentalizan los hechos inconvenientes a la vista en la vida cotidiana para tejer su relato alternativo. Es válido para explicar en parte el ascenso de las extremas derechas populistas en Europa, de la emergencia de partidos como el Alternative für Deutschland (AfD) en Alemania, pero también el triunfo de Jair Bolsonaro en Brasil.

En el plano periodístico, la monocromía de la prensa *mainstream* alimenta el éxito del fenómeno *alt right* [derecha alternativa], que se apropia de los

códigos de la izquierda contestataria impulsando plataformas conspiracionistas como *Infowars* (censurada por Facebook, YouTube o Apple para los *podscast*) o *Breitbart News* (dirigida de 2012 a 2016 por Bannon) y todos los polemistas conservadores y ultraderechistas, que pueden darse el lujo de posar como rebeldes ante un sistema dominante enfrascado en sus certezas y alejado de las realidades de la calle y las áreas rurales.

La frustración de las élites progresistas frente al desaire de las urnas no produjo un autoexamen sincero del modo de producción de la información, sino que está conduciendo a un cuestionamiento mismo del sistema representativo. Si el pueblo vota «mal», incluso cuando se le explica cómo votar «bien», tal vez habría que restringir el sufragio sólo a los que piensan adecuadamente. Si votaron a favor del Brexit, no sabían lo que hacían los muy tontos, hagamos que voten de nuevo hasta que lo hagan bien, o si no, digamos que hacemos el Brexit sin que este en realidad se materialice. ¿Los colombianos rechazaron el acuerdo de paz con las FARC? No importa, hagamos como si no se hubiesen pronunciado, se dijo el entonces presidente Juan Manuel Santos, y lo firmó igual. El resultado fue que le siguió una campaña presidencial donde la frustración por el mandato de las urnas traicionado se volcó al candidato de la derecha dura uribista encarnada por Iván Duque, que había prometido modificar el acuerdo firmado a espaldas de la voluntad popular.

En los días que sucedieron a las victorias de Trump, el Brexit, el No en Colombia y más recientemente el ascenso de Bolsonaro, los editoriales de los diarios *mainstream* descubrían una palabra: epistocracia, que es el concepto de gobierno de los sabios defendido por el filósofo Jason Brennan (1979) en su ensayo *Contra la democracia*.[7] Allí, postula que la gente suele votar de manera irracional y víctima de manipulaciones, por lo que el sufragio debería quedar en manos de quienes están mejor calificados por su educación a tomar las decisiones importantes. En otras palabras, a falta de ganar por la persuasión, incluso teniendo las herramientas para construir el discurso hegemónico, habría que cambiar las reglas del juego democrático representativo regresando a una concepción aristocrática de la república.

Mientras algunos barajan la idea de volver al voto calificado ante un electorado desobediente, desde el progresismo también se busca que las ideas que considera incorrectas no puedan circular, ampliando cada día más el perímetro de lo que no se puede decir para no ofender. Si hasta ayer la lucha por la libertad de expresión era uno de los valores históricamente asociados a

la izquierda democrática, hoy el progresismo exige cada día mayores restricciones al considerarla como un peligro para la sociedad.

2
La libertad de ofender

Hubo un tiempo en que el oscuro oficio de censor oficial remitía a la imagen de un hombrecito gris y pacato, obsesionado con el sexo y el mensaje subversivo disimulado, a veces existente sólo en su cabeza, listo para dar un tijeretazo o llenar su ficha condenando al oprobio una obra y, muchas veces, a su autor.

No es necesario remontarse a la Inquisición. En un momento histórico no tan lejano, en Occidente, la policía hacía las veces de crítica literaria, catalogando ficción y ensayo antes de que los libros pudieran alcanzar imprentas y bibliotecas. Las radios les quitaban el aire a las canciones que invitaban al pecado y la revuelta. Comunicadores que instigaban a que se produjeran hogueras públicas con los discos de los Beatles; Elvis filmado de la cintura para arriba para que no se viera su pelvis en movimiento; Billie Holliday vedada en la radio por promover la prostitución («Love for Sale») o denunciar linchamientos de negros («Strange Fruit»).

Las ligas de virtud, en nombre de la moral, la familia y las buenas costumbres, velaban por que las mentes puras no resultaran ofendidas o perturbadas por este material subversivo. Del otro lado de la Cortina de Hierro, había una idéntica censura pudibunda, a la que se añadía el afán de proteger los castos oídos socialistas de «la decadencia capitalista».

Hubo un tiempo, también, en el que ser progresista y luchar por la libertad de expresión eran sinónimos. El Mayo Francés, el movimiento hippie y de las libertades civiles en Estados Unidos, la lucha contra el macartismo supieron ser la vanguardia que allanaba el camino con protestas, eslóganes y adoquines. La liberación de los cuerpos y de las mentes y la insolencia contra el orden establecido eran valores intrínsecos de la izquierda emancipadora.

En España y América Latina, la llegada de la democracia en la década de 1980 fue acompañada por una alianza indisociable entre el «destape» sexual —otros lo llamaron «la movida»— y una libertad de tono para ridiculizar con desparpajo la intolerancia de las puritanas instituciones eclesiásticas y militares.

Las portadas de las revistas mezclaban consignas revolucionarias, caricaturas de los representantes del orden y cuerpos desnudos. En los escenarios, los rockeros eran arrestados por bajarse los pantalones o proferir obscenidades. Había un juego del gato y el ratón con las autoridades, de ver hasta dónde se podía ir en lo decible, en lo mostrable, en la provocación, en la exposición de las ambigüedades sexuales.

Había que arrancar la cultura de las garras del puritanismo religioso, de la moralina. La consigna era espantar al burgués, deconstruir los grandes discursos normativos, abrir las mentes y los cuerpos a través de la experimentación, la ultranza chocante, la ofensa al sistema. «Prohibido prohibir», la consigna de mayo de 1968, marcaba el norte.

Pero cuatro décadas después, el progresismo tiene una nueva novia, la censura, y una nueva enemiga, la libertad de expresión. En los campus universitarios de Occidente, los estudiantes están menos ocupados en derribar vallas morales que en edificar *safe spaces:* «sitios seguros» para las minorías étnicas, sexuales o autopercibidas como tales en los que se protegen, sostienen, del discurso heteronormativo impuesto por el varón blanco heterosexual para preservar su dominación mundial.

Estos *safe spaces,* que pretenden «empoderar» a quienes se sienten marginados, dan lugar, por ejemplo, a la creación de talleres «no mixtos», vedados a blancos o a hombres; o bien, como en el Evergreen State College de Washington, a exigir un día sin estudiantes blancos (caso que será abordado en detalle en el último capítulo de este libro). Un nuevo apartheid racial y sexual, en nombre del bien, prospera en los campus universitarios de Estados Unidos, Canadá, Australia, Reino Unido o Francia.

Imogen Wilson, una joven de 22 años de la Universidad de Edimburgo, lo experimentó en carne propia. En abril de 2016, la estudiante tuvo que enfrentar un voto de expulsión por violar una de las reglas del *safe space* de la facultad. La transgresión: «Hacer un gesto que denote desacuerdo». La señorita Wilson había levantado la mano mientras alguien le reprochaba algo. Tuvo suerte: 18 votaron por su exclusión; 33 lo hicieron por que permaneciera en el grupo. Pero poco después volvió a enfrentar otra queja.

Esta vez la infracción consistió en sacudir la cabeza mientras alguien hablaba (aplaudir estaba permitido, pero sólo si no se hacía irónicamente).

Los *safe spaces* en las universidades son apenas una de las caras del avance de la corrección política sobre la libertad de expresión. Va de la prohibición del uso de sombreros mexicanos en Halloween si no se es mexicano, «porque puede ser percibido como racista», a la cancelación en la Universidad de Oxford de un debate sobre el aborto, luego de que estudiantes mujeres se quejaran de que en el panel había «una persona sin útero» (lo que en otra época era conocido como un varón).

En Gran Bretaña, el sindicato de estudiantes de la City University of London, que acoge una de las más prestigiosas facultades de periodismo, votó a favor de prohibir en el campus la circulación de los tabloides *Sun* y *Daily Mail and Express.*

El sindicato acusaba a estas publicaciones de dar una imagen negativa de los refugiados y del islam. «La libertad de expresión no debe ser usada como excusa para atacar a los más débiles y pobres de la sociedad», indicaban los defensores de la prohibición, tachando a las publicaciones de «inherentemente sexistas».

El diario británico *The Independent,* que cita un estudio de 2016 de la revista libertaria *Spiked,* constata que existe «una epidemia» contra la libertad de expresión. El 90% de los establecimientos terciarios, encabezados por la Universidad de Edimburgo, Leeds y Aberystwyth, son los más restrictivos. En ese período, 148 prohibiciones o acciones fueron llevadas a cabo. Prohibieron periódicos (30), canciones (25), clubes deportivos o sociedades (20).

«En nuestra investigación, encontramos censuras a supuestas feministas transfóbicas junto a la prohibición de supuestos sombreros racistas. Hoy, ni siquiera se confía en que los estudiantes puedan elegir solos su ropa, pensar solos», lamenta Tom Slater, coordinador del estudio.

Entretanto, las estatuas de Thomas Jefferson en las universidades estadounidenses también son motivo de ofensa y exigencias de erradicación, ya que el autor de la Declaración de la Independencia tenía esclavos. La imagen de George Washington en sus múltiples representaciones asimismo está en la lista de indeseables a borrar de la historia.

Pero los llamados a coartar la libertad de expresión en nombre del bien no se limitan a las cuestiones extracurriculares o al mobiliario de los campus universitarios.

Platón al paredón

La Reed College, en la costa oeste de Estados Unidos, es considerada una de las universidades más liberales, en el sentido anglosajón. Se distingue por haber sido uno de los establecimientos que más se movilizó contra el macartismo en los años cincuenta y por ser considerado hoy como un centro de enseñanza para la élite norteamericana que dirigirá el país.

En octubre de 2017, la profesora de Inglés y Humanidades Lucía Martínez Valdivia escribía en el *Washington Post:*

> En Reed College, Oregon, donde trabajo, un grupo de estudiantes empezó a protestar un año atrás contra el primer año obligatorio de humanidades. Tres veces por semana, estudiantes se ubicaban en los asientos del frente del aula sosteniendo carteles —algunos muy obscenos para imprimirlos aquí— tachando el curso y a su facultad de supremacista blanca, antinegra, no abierta al diálogo y la crítica, apoyándose en que seguíamos enseñando, entre otras cosas, a Aristóteles y a Platón.

Las manifestaciones se convirtieron en una intimidación directa contra los profesores, que en muchos casos pertenecían a minorías étnicas, y prosiguieron con la toma de los micrófonos por parte de los estudiantes y, por último, el cierre de la clase.

«Posturas absolutistas y el supremo reino binario. Eres pro o anti, radical o fascista, ángel o demonio. Incluso pequeñas diferencias de opinión son tomadas y caracterizadas como fallas morales e intelectuales, inaceptables crímenes del pensamiento que cancela cualquier cosa que puedas decir», afirma Martínez Valdivia, quien se presenta como una persona gay de raza mezclada.

En este contexto, crece la hostilidad contra la libertad de expresión. «Un quinto de los estudiantes universitarios dice ahora que es aceptable usar la fuerza física para silenciar a alguien que haga declaraciones ofensivas o hirientes», según un estudio realizado por John Villasenor, investigador para The Brookings Institution y la Universidad de California y profesor en Los Ángeles.

El informe, basado en entrevistas a 1.500 estudiantes, indica que cuatro de cada diez alumnos creen que el «discurso de odio» no está protegido por la

Primera Enmienda de la Constitución estadounidense,[8] lo cual es falso. Este error es compartido en partes prácticamente iguales según la afiliación política, aunque es un 2% más común entre quienes se identifican como demócratas. La verdadera grieta apareció cuando les preguntaron si estaban de acuerdo en que era aceptable que un grupo de personas irrumpiera a los gritos en la charla de un invitado controvertido para que la audiencia no pudiera escucharlo. Aquí, el 62% de los demócratas se mostró a favor de esta práctica, mientras que el apoyo fue sólo del 39% entre los simpatizantes republicanos. Claramente, los roles del censor y del censurado se estaban invirtiendo.

En este contexto, no es de extrañar la cascada de cancelaciones de charlas de invitados conservadores a universidades liberales. En 2017, Berkeley anuló la conferencia de la polemista de derecha republicana Ann Coulter «por amenazas de seguridad». Del otro lado del Atlántico, Milo Yiannopoulos, un conservador abiertamente gay, vio canceladas varias de sus apariciones en universidades británicas. La primera vez, en 2015, debía dar una charla con la feminista Julie Bindel en la universidad de Manchester. El tema era «From liberation to censorship: does modern feminism have a problem with free speech?» [De la liberación a la censura: ¿tiene el feminismo un problema con la libertad de expresión?]. Dos años después, el provocador Yiannopoulos trató de hablar en Berkeley. Las protestas dejaron 100.000 dólares de daños a infraestructuras, y Yiannopoulos fue evacuado provisto de un chaleco antibalas. Berkeley está midiendo la libertad de expresión con la chequera. Los gastos en seguridad para permitir, por ejemplo, que el conservador Ben Shapiro pudiese hablar fueron para la universidad de 600.000 dólares.

Cada palabra, cada gesto, cada objeto, cada entonación puede constituir un *trigger warning* [alerta temprana] y causar, según el nuevo puritanismo, «microagresiones» o terribles daños en la persona que se ve afectada (preguntarle a alguien dónde nació, por ejemplo, puede implicar un cuestionamiento subyacente sobre la nacionalidad, poniendo en duda la identidad de la persona y causándole estrés).

Esta inversión del nietzscheano «lo que no me mata me hace más fuerte» busca crear una burbuja sobreprotectora ante cualquier idea que pueda generar malestar. Tal intolerancia a la contradicción y la percepción ansiógena —cualquier elemento puede constituir una amenaza para la psiquis del joven— tiene todas las características de un desorden mental del tipo síndrome del estrés postraumático. Esa es la observación desarrollada en *The Coddling of the American Mind*,[9] el ensayo del abogado constitucionalista

Greg Lukianoff (un exdepresivo que reconoció sus síntomas en estas conductas universitarias) y el psicólogo social Jonathan Haidt. Los autores indican que después de una niñez sobreprotegida por los padres se perpetúa y exacerba la fragilidad del individuo, construyendo seres incapaces de lidiar con la adversidad. Es un cuadro que se agrava porque en vez de enfrentar el síndrome como prescriben las terapias cognitivo-conductuales, familiarizándose progresivamente con aquello que provoca temor, se lo evita con barreras artificiales. El viejo refrán «Prepare the child for the road, not the road for the child» [Prepara al niño para el camino, no el camino para el niño] es invertido. Así, una vez que deja la universidad, el joven no ha logrado generar los anticuerpos para soportar la aspereza de un mundo real que no es un *safe space.* Además, esta incapacidad para convivir con ideas e individuos que no vienen de la misma burbuja agudiza la polarización política de un mundo percibido de manera binaria como un simple enfrentamiento entre buenos y malos.

La rehabilitación del delito de blasfemia

Las universidades, ayer bastión de la libertad de expresión y hoy celosas guardianas de la palabra permitida, son un botón de muestra de cómo la censura mojigata avanza escudándose en la misión paternalista de evitar que los jóvenes sean confrontados a un discurso contradictorio, calificado de «hiriente». Esta alergia a la confrontación de ideas tiene al menos un precedente revelado, que excede el mundo universitario.

El pecado original de progresismo frente a la libertad de expresión puede rastrearse en 1988, año en que el escritor indo-británico Salman Rushdie fue condenado a muerte por el ayatolá iraní Jomeini por la publicación de *Los versos satánicos.* El líder de la República Islámica invitó entonces a los musulmanes a matar al escritor allí donde lo encontraran por haber «insultado a Mahoma». La fetua (decisión jurídica emanada de autoridad religiosa) de Jomeini dio lugar a manifestaciones de violencia (asesinatos o intentos de asesinato de sus traductores o editores, bombas en librerías del Reino Unido y de Estados Unidos), a la censura de la novela (el último país en prohibirla fue Venezuela en 1989) y obligó a Rushdie a llevar una vida en la clandestinidad.

La furia de los clérigos musulmanes fue retomada por la Asociación de Sindicatos de Estudiantes Musulmanes de Europa, que se ofreció para cumplir con la sentencia de Jomeini. El director de Estudios de Oriente Medio de la

Universidad de California, George Sabbah, sostuvo que el ayatolá estaba «en su derecho» al llamar a matar a Rushdie. Menos esperable fue la reacción de algunos progresistas, empezando por un expresidente estadounidense, el demócrata Jimmy Carter. En una columna en *The New York Times* titulada «El libro de Rushdie es un insulto», subrayó que el autor «debía haber anticipado la reacción de horror a través del mundo islámico». Llamó a mostrase «receptivo a las preocupaciones y rabia» de los musulmanes. Entre los escritores de izquierda, la feminista australiana Germaine Greer, el marxista John Berger y el antiimperialista John Le Carré cuestionaron a Rushdie. En pocas palabras, dijeron que Rushdie se lo había buscado.

«Siempre fui de izquierda, así que me esperaba un apoyo natural de este lado. Sin embargo, la reacción de la izquierda fue decir: 'Nosotros estamos del lado de los pobres, las masas musulmanas son pobres, así que debemos defenderlos contra este escritor famoso que gana dinero con sus libros», comentaba con amargura Rushdie en una entrevista publicada en *Le Monde* en 2012.**[10]** Y continuaba:

> No tengo ningún tipo de tolerancia hacia la xenofobia y el racismo, que siempre he combatido. Los que atacan a las minorías, a los musulmanes o a los homosexuales, por ejemplo, deben ser condenados por la ley. La islamofobia es otra cosa, es una palabra inventada recientemente para proteger a una comunidad, como si el islam fuese una raza. Pero el islam no es una raza, es una religión, una elección. En una sociedad abierta, se debe poder conversar con libertad sobre las ideas.

Lentamente, el crimen de blasfemia denunciado en Oriente era rehabilitado en Occidente bajo una nueva etiqueta: «islamofobia». En su tribuna, Jimmy Carter, el presidente evangelista que precisamente introdujo la religión en la política estadounidense, explicaba el malestar entre los musulmanes recordando la desazón que le había provocado a él como cristiano el estreno de *La última tentación de Cristo*, de Martin Scorsese. La diferencia es que para el progresismo ir a ver esta película en los cines bajo la amenaza de bomba de los tradicionalistas católicos era un desafío militante ante el oscurantismo religioso, mientras que el libro de Rushdie debía ahora ser condenado por ofender a los oprimidos de este mundo por las potencias occidentales…

Esta doble vara del progresismo ante la religión y la libertad de expresión volvería a ser puesta a prueba cada vez con mayor frecuencia. En 2004, el

cineasta Theo van Gogh era degollado en las calles de Ámsterdam por un islamista de origen marroquí. El documentalista venía de realizar el cortometraje *Sumisión* junto a Ayaan Hirsi Ali, donde denunciaban la situación de la mujer en el mundo islámico. La activista feminista de origen somalí ya se había convertido en una crítica embarazosa para la izquierda, cuestionando la mutilación genital, el casamiento forzado, los «crímenes de honor» y el estatuto en general de la mujer en nombre del islam —tanto en Oriente como en países occidentales—, situación ante la cual el progresismo prefiere hacer la vista gorda y concentrarse en los «micromachismos» del varón blanco occidental.

En 2014, la Brandeis University de Massachusetts decidió darle un diploma honorario a la militante somalí. Sin embargo, pesaron más las protestas del grupo de presión musulmán Council on American-Islamic Relations (CAIR). El presidente de la facultad, Frederick M. Lawrence, decidió entonces dar marcha atrás alegando que «algunas de las declaraciones pasadas» de la mujer somalí iban contra los valores de la universidad por ser «islamofóbicos».

Salman Rushdie y Ayaan Hirsi Ali fueron dos de los doce autores que en 2006 firmaron un manifiesto titulado «Contra el totalitarismo islámico». El texto denunciaba «una nueva amenaza global totalitaria: el islamismo». Los firmantes rechazaban ser intimidados «en nombre del respeto a las culturas» y el «relativismo cultural».

«El islamismo es una ideología reaccionaria que mata, por donde pasa, la libertad, la igualdad y la laicidad», escribían.

El documento fue publicado entonces por un semanario satírico anarquista de izquierda, de escasa circulación, y conocido esencialmente en Francia: *Charlie Hebdo.* La revista difundió la carta contra el islamismo tres semanas después de publicar caricaturas de Mahoma, aparecidas originalmente en el periódico danés *Jyllands-Posten.*

El diario danés se había propuesto romper el tabú de que Mahoma no podía ser representado, incluso en Occidente, invitando a dibujantes a hacer su versión del profeta. Las ilustraciones acompañaron un artículo sobre la autocensura y la libertad de expresión. La publicación dio lugar a la protesta de líderes musulmanes en el mundo y se convirtió en un rompecabezas diplomático para Dinamarca, dando lugar a comunicados oficiales primero, seguidos por la quema de legaciones danesas en el exterior y violentas manifestaciones en distintos países de mayoría musulmana, dejando varios

muertos desde Afganistán a Somalia. Mientras, llovían las amenazas contra el *Jyllands-Posten.*

En solidaridad, varios diarios y revistas europeos, de todo el espectro político, publicaron las caricaturas en defensa de la libertad de expresión. Pero la reacción no fue unánime. El director del diario francés *France Soir* fue despedido por mostrar las viñetas, mientras la prensa anglosajona, al tratar la noticia, se mostraba renuente a exponer los dibujitos incriminados. Esto estaba en consonancia con la postura de medios de Estados Unidos y Reino Unido, que calificaron la publicación de «inaceptable incentivo al odio religioso y étnico».

Cinco meses después, *Charlie Hebdo* sacó a la luz una edición aumentada de las caricaturas danesas, triplicando sus ventas. La Gran Mezquita de París y la Unión de Organizaciones Islámicas de Francia interpusieron una demanda, acusando al semanario de haber cometido un delito de «injurias públicas contra un grupo de personas en razón de su religión». Sin embargo, *Charlie Hebdo* fue sobreseído: el fiscal estimó que la publicación se encontraba amparada por el derecho a la libertad de expresión.

Anticlerical, libertario, *Charlie Hebdo* enfrentó en su historia otras presiones y demandas, casi siempre venidas de los sectores conservadores y de la extrema derecha. Históricamente identificado con las luchas de izquierda, el anarquismo, la libertad sexual y el discurso anticlerical, había sido creado tras el cierre del semanario *Hara-kiri,* de los mismos autores, al ser censurado por el gobierno de la época por bromear sobre la muerte del general De Gaulle en 1970.

A partir de las publicaciones de las caricaturas de Mahoma, las amenazas contra la revista aumentaron, pero esta vez empezaron a venir de sectores islamistas, en plena expansión, tanto en Francia como en el resto Europa. El especial «Sharía Hebdo», de noviembre de 2011, comentando la llegada al poder en Túnez del partido islamista Ennahdha, dio lugar a un ataque con bomba molotov que incendió las instalaciones del semanario, que tuvo que mudarse de barrio parisino. Pero las amenazas o críticas siguieron, tanto de raperos como Nekfeu, que pedía en 2013 «un auto de fe para los perros de *Charlie Hebdo*», como de las nuevas voceras del influyente comunitarismo radical de la izquierda «descolonizadora» local, Houria Bouteldja y Rokhaya Diallo, que se opusieron al manifiesto de solidaridad después del incendio.

El 7 de enero de 2015, *Charlie Hebdo* llegaba a los kioscos con el escritor Michel Houellebecq en portada, alguien que también vivía custodiado y había enfrentado —y ganado— procesos en su contra por criticar el islam. La

última novela del autor vivo más influyente de Francia trataba sobre la llegada al poder, en ese país, de un régimen islamista gracias a la alianza entre un partido integrista y el progresismo local, intentando impedir una victoria de la ultraderechista Marine Le Pen. Ese día, a las 11:30 de la mañana, un comando ingresó a la redacción del semanario, mató a sangre fría a doce personas e hirió a otras once. Entre las víctimas, dibujantes, periodistas, policías y un agente de mantenimiento. El ataque fue reivindicado por Al Qaeda en la Península Arábiga (AQPA).

En los días siguientes, pese al gélido frío de enero, más de cuatro millones de franceses salieron a las calles para decir «Yo soy Charlie», dando lugar a una muestra de apoyo incondicional a la libertad de expresión y de solidaridad global, reflejada en la presencia, en la marcha, de los principales presidentes de distintos continentes y diversos credos, caminando codo a codo en París junto al entonces mandatario François Hollande.

Esta unanimidad nacional frente a la violencia islamista contra la libertad de expresión fue solamente aparente. La ministra francesa de Educación admitió que en las escuelas el minuto de silencio por las víctimas de los atentados, que incluyeron la matanza de cuatro judíos en el supermercado Hyper Casher y una policía municipal negra, era resistido por alumnos, y en ciertos colegios, como en algunos del departamento popular de Saint-Denis, en las afueras de París, el 80% de los estudiantes se negó a respetar la consigna. Una semana después del atentado, el Ministerio de Educación registró más de doscientos actos ligados al apoyo a los atentados, de los cuales cuarenta fueron denunciados a la policía.

Las protestas contra *Charlie Hebdo* y la libertad de blasfemar no fueron únicamente una reacción de parte del mundo musulmán. El malestar progresista a la hora de condenar la matanza era evidente. La sede estadounidense de la asociación internacional de escritores PEN, dedicada, según sus estatutos, a «promover la literatura y la libertad de expresión», decidió otorgar un premio a *Charlie Hebdo* por su coraje para defender la libertad de prensa. Sin embargo, la iniciativa fue rechazada por 145 escritores, encabezados por los reconocidos autores Junot Díaz, Lorrie Moore y Joyce Carol Oates. En una carta, cuestionaron un premio a un medio que había creado «material que intensificaba los sentimientos antiislámicos, antimagrebíes y antiárabes que prevalecen en el mundo Occidental», y muchos de ellos llamaron a boicotear la gala. Antirreligioso, seguro. Pretender que el periódico se burlaba de personas por ser magrebíes o árabes era no haber tenido jamás un ejemplar de *Charlie Hebdo* en las manos. La

crítica de todas las religiones por igual (en especial de sus protagonistas más fanáticos) y el insulto a los creyentes eran para el semanario dos cosas claramente distintas, y jamás incurrió en la estigmatización de los fieles de a pie, menos aún en el racismo. Pero hacer que árabe e islam sean percibidos como sinónimos es el objetivo tanto del islamismo como del progresismo.

En Argentina, en las páginas del diario *La Nación*, la ensayista Ivonne Bordelois también llamaba a ponerle coto a la libertad de expresión una semana después de la masacre. «El discurso que convalida la democracia y la libertad de expresión en las sociedades occidentales no debería olvidar que estas instancias básicas e inamovibles no pueden disociarse totalmente de otras leyes que no por no estar escritas son menos básicas e inamovibles: particularmente, las leyes de convivencia»,**[11]** argumentaba en lo que sólo puede interpretarse como una invitación a la autocensura.

«Uno de los pilares fundamentales de estas leyes es la conciencia de que no cabe subestimar la importancia de ciertos símbolos, en particular, los religiosos, para aquellos que los sustentan. Por lo tanto, las ofensas en este nivel no pueden ser trivializadas ni descontadas en aras de una libertad todo terreno», agregaba. ¿Habría dicho lo mismo si la violencia hubiese venido de extremistas de derecha católicos o fanáticos evangelistas actuando del mismo modo porque se sintieron ofendidos?

Continuaba:

> En ese sentido, no parecería una estrategia particularmente iluminada el oponer a los feroces degüellos televisados de la Jihad la pluma irreverente de *Charlie Hebdo*, que trata de estúpidos a los seguidores de Mahoma. Azuzar con palabras e imágenes fuertemente ofensivas a un enemigo fanático, en momentos en que arde la contienda internacional, no parece la actitud más prudente ni esclarecida por parte de quienes se asumen como líderes intelectuales de la prensa europea.

Bajo la pluma de Bordelois, al criticar el fanatismo religioso, *Charlie Hebdo* «trata de estúpidos a los seguidores del islam». Esta confusión entre la crítica al texto, los fanáticos y los creyentes, a quienes el semanario satírico nunca atacó, es justamente la lectura de los iluminados, que dicen hablar por todos los fieles de esa religión. No es casual que fuese el mismo punto de vista reflejado en los editoriales de la prensa de las teocracias de Oriente Medio.

La nota concluye relativizando las muertes del ataque, recordando los bombardeos norteamericanos en Irak y Afganistán —no está de más tener presente que Francia se opuso con vehemencia a la guerra en Irak— y equiparándolos con la matanza de periodistas y dibujantes armados con lápiz y papel.

«Miles y miles de musulmanes, fanáticos o no, cayeron bajo las bombas estadounidenses en Afganistán e Irak. Pero morir a manos de terroristas musulmanes en París o en Nueva York viste más que morir bajo bombas cristianas en desiertos de nombres impronunciables en Medio Oriente», enfatiza. Bordelois pide que el laicismo se contenga en su libertad de expresión cuando afectan «las expresiones religiosas» de «minorías explotadas económica y socialmente». Esta mirada paternalista, que pide un trato de excepcional indulgencia hacia una religión practicada por 1.800 millones de fieles en más de cincuenta países, entre ellos algunos de los más ricos del planeta —que el progresismo asimila a los oprimidos—, pasa por alto el verdadero perfil de quienes están detrás de estos ataques.

Como recuerda la académica estadounidense Amy Chua, especialista en flujos financieros:

> Muchos líderes terroristas tienen un origen relativamente privilegiado —se considera que Osama bin Laden heredó 25 millones de dólares y que el líder de ISIS Abu Bakr al-Baghdadi tiene un PhD—. Sobre todo, numerosos estudios han desmentido repetidamente el vínculo entre pobreza y extremismo, al mostrar, por ejemplo, que un ingreso nacional per cápita bajo no está asociado con el terrorismo y que la pobreza individual no predice una mayor probabilidad de cometer actos terroristas.**[12]**

En todo caso, el progresismo buscó licuar una matanza de intelectuales en el corazón del Occidente de las Luces como una gota en el océano de la «verdadera violencia» que se ejerce contra «las minorías explotadas».

Prueba de que la visión de Bordelois era compartida por cierto progresismo, pese a ser publicada en un diario opositor de reputación conservadora, fue el hecho de que la nota se retuiteara desde la cuenta de la Casa Rosada bajo el Gobierno de Cristina Kirchner. Quienes no hayan sido bloqueados por la cuenta, usurpada por el kirchnerismo al dejar la presidencia, podrán verificarlo.

Mientras tanto, en Francia, uno de los intelectuales de izquierda más influyentes del país, el antropólogo e historiador Emmanuel Todd, publicaba «Qui est Charlie? Sociologie d'une crise réligieuse» [¿Quién es Charlie? Sociología de una crisis religiosa]. En su ensayo, calificaba las marchas multitudinarias tras el atentado contra Charlie Hebdo de «flash totalitario», de «acceso de histeria» para justificar un ataque islamofóbico perpetrado por «católicos zombies». Curiosamente, olvidaba las inequívocas palabras del papa más amado del progresismo. «No se puede provocar», sostuvo Jorge Bergoglio, interrogado en esos días acerca de la matanza. «No se puede insultar la fe de los demás. No puede uno burlarse de la fe. No se puede.» La libertad de expresión «tiene un límite», agregó. «Si insulta a mi madre, puede llevarse un puñetazo», recalcó el papa.**[13]**

De la crítica de la religión considerada como racismo

Dos días antes de ser asesinado por un comando islamista en la redacción de *Charlie Hebdo*, el periodista Stéphane Charbonnier, alias Charb, había concluido la redacción de *Carta a los estafadores de la islamofobia que les hacen el juego a los racistas.***[14]** El texto es un panfleto en el que explica cómo el concepto de «islamofobia» asimila, de manera errónea y peligrosa, la legítima crítica a la religión a una forma de racismo. En marzo de 2017, la lectura pública de la carta, considerada el testamento involuntario de Charb, fue sacada de programa por la Universidad de Lille, en el norte de Francia, por temor a «desbordes», según los púdicos términos empleados por el presidente de Lille-2, Xavier Vandendriessche. También fue cancelada en La Maison régionale de l'environnement et des solidarités (MRES) [Casa regional del medio ambiente y de las solidaridades] de la misma región, «porque la Liga de Derechos Humanos y el Movimiento Contra el Racismo y por la Amistad entre los Pueblos no apoyaba este tipo de cita», según su director. La lectura de la carta asimismo había chocado con la negativa de dos salas durante el Festival de Teatro de Aviñón. Más recientemente, el escenario de este intento de censura fue la Sorbona. En enero de 2018, cuando se cumplían tres años del asesinato de los miembros de *Charlie Hebdo,* el sindicato estudiantil de izquierda Solidaires exigió la cancelación de la lectura pública del texto de Charb y el debate organizado, programados en un anfiteatro de la universidad Paris 7-Diderot. Los estudiantes defendieron la censura estimando que «al parecer el debate estará centrado en el tema del islam y

consistirá en cuestionar las luchas contra las violencias racistas islamofóbicas y la palabra de sus víctimas».[15] Finalmente, la lectura tuvo lugar, pese a la manifestación de una veintena de personas que llevaban pancartas donde podía leerse, por ejemplo, «Abramos las universidades a los migrantes, no a los charlatanes».

Por su parte, *Charlie Hebdo* constató otro intento de censura y una infamia a la tradición progresista. En su editorial, el director de la publicación, Riss, escribió: «En 2018, son los estudiantes quienes censuran, prohíben, amordazan, como hacía la policía de De Gaulle en mayo de 1968, con el objetivo de reprimir y de hacer evacuar de la Sorbona a los agitadores como Charb». Había nacido un nuevo orden moral.

3
La construcción del nuevo orden moral

Durante 34 años, el cine Orpheum de Memphis, Tennessee, celebró el Summer Movie Series, un festival veraniego donde se proyectaban clásicos del cine estadounidense. Por décadas, una de las citas fijas fue *Lo que el viento se llevó* (1939), el drama histórico dirigido por Victor Fleming, ambientado en una plantación del sur de Estados Unidos durante la guerra civil. La película es considerada por la crítica como una de las mejores de la historia del cine de ese país y ostenta el récord de ser la más taquillera de todos los tiempos,[16] por delante de *Star Wars* o *Titanic.* El largometraje se llevó ocho premios Oscar; entre ellos, el primero para una actriz negra, Hattie McDaniel. Sin embargo, pese al lugar inobjetable que ocupa la cinta en la historia cinematográfica estadounidense, el Orpheum no volverá a mostrarla tras la proyección del 11 de agosto de 2017. La última función de la película culminó con la página de Facebook del cine asaltada por comentarios que calificaban la obra de «racista» y acusaciones de ser un «tributo a la supremacía blanca».[17] Ante la presión, los administradores del cine anunciaron que no volverían a exhibirla.

«Como organización que se ha fijado por misión ‘entretener, educar e ilustrar a las comunidades que sirve’, el Orpheum no puede mostrar que es insensible hacia amplios segmentos de su población local», afirmó la gerencia del cine en un comunicado.[18]

La población negra de Memphis representa el 64% de los habitantes locales. Si a esto se le añade el clima de tensión racial histórica, exacerbado por la violenta manifestación ultraderechista ocurrida en esa época en Charlottesville (dejando un muerto y diecinueve heridos), en el vecino estado de Virginia, o la brutalidad policial contra los jóvenes negros denunciada en ese período por Black Lives Matter, puede pensarse que, aunque la célebre

película tenga más de setenta años, es comprensible que los dueños del cine, dedicados al entretenimiento, quisieran evitar estar en el ojo de polémicas y represalias.

Sin embargo, no deja de ser significativo que, 78 años después de su estreno y luego de imponerse como un clásico, *Lo que el viento se llevó* sea juzgado ahora como material ofensivo y deba dejar de ser exhibido en un recinto que celebra las joyas del cine estadounidense. Las más de siete décadas transcurridas ¿convertían a la obra en algo demasiado remoto para contextualizarla en su época, o por el contrario seguía siendo material demasiado incendiario para juzgarlo con la cabeza fría? ¿A partir de ahora el arte debía sintonizar el clima moral del presente, más allá de las condiciones históricas en que la obra había sido creada, para poder ser mostrada?

Los chicos reaccionan

En la plataforma de videos YouTube, existe una cadena con millones de abonados llamada Kids React [los chicos reaccionan]. La propuesta es tan elemental como eficaz: se filma a niños descubriendo artefactos o canciones de épocas demasiado lejanas para que ellos pudiesen conocerlos (puede ser un teléfono de disco como un walkman o una canción de Nirvana). Los chicos se muestran en cámara estupefactos ante la vieja tecnología o la música de la juventud de sus padres, con expresiones o declaraciones de disgusto o asombro que dejan, a quien tenga más de 30 años, con la sensación de ser una pieza de museo.

Una experiencia similar realizó en 2018 el periódico británico *The Independent.* Sometió a *millennials* a mirar la serie *Friends*, la *sitcom* creada por David Crane y Marta Kauffman, difundida entre 1996 y 2004.**[19]** El resultado: la tira cómica, que marcó a los jóvenes adultos que se identificaban con estos neoyorkinos veinteañeros enfrentando la complejidad de la vida laboral y sexual en la gran ciudad, se ha convertido en material ofensivo para las nuevas generaciones. Según *The Independent,* enfrentados a la serie, los jóvenes de hoy consideran que la tira pionera en llevar al *prime time* y de manera ligera la temática de las madres subrogadas, el lesbianismo, la maternidad transgénero o la dificultad de celebrar la Navidad cuando se es judío es un espectáculo «homofóbico», «transfóbico», «sexista», «gordofóbico», «insuficientemente diverso», que celebra el acoso sexual en el

trabajo o en la familia, razones por las cuales el nuevo público se «siente incómodo».

Esta «incomodidad» ante la cultura popular se extiende a prácticamente toda ficción producida antes del advenimiento del nuevo orden dictado por la corrección política. A ningún adulto medianamente educado se le escapa la simbología y las moralejas de los cuentos infantiles, que fue variando según el contexto de la época. Pero a través del prisma progresista, *La Bella Durmiente* y *Blancanieves,* por ejemplo, pasan a ser peligrosos vectores de la violencia sexual que deben ser desterrados, como denunció, en enero de 2018, la profesora de la Universidad de Osaka (Japón) Kazue Muta.[20]

La docente aseguró que este tipo de cuentos de hadas «promueve la violencia sexual». El despertar de la Bella Durmiente o el de Blancanieves deben ser considerados «un acto indecente y repugnante», mientras que los príncipes no son más que «delincuentes sexuales por besar a jóvenes desconocidas mientras ellas estaban inconscientes».

«Estos cuentos de hadas hablan acerca de que una princesa se despierta con el beso de un príncipe, pero lo que están haciendo es describir un asalto sexual a una persona inconsciente», acusó Kazue.

Pocos meses antes, en North Shields, al noreste de Inglaterra, Sarah Hall había pedido al colegio al que asiste su hijo de 6 años que retirara *La Bella Durmiente,* «porque la princesa no había dado su acuerdo» para ser besada. «Digan lo que quieran, pero mientras sigamos viendo estas narrativas, nunca vamos a cambiar actitudes enraizadas en el comportamiento sexual #MeToo #consent #mysonisix», escribió en las redes sociales.

De la deconstrucción a la edificación del nuevo orden

En los albores de los años noventa, coincidiendo con la caída del Muro de Berlín y el consecuente derrumbe del andamiaje ideológico que lo sustentaba, empezó a difundirse, desde los mismos circuitos académicos y mediáticos, la ofensiva de la corrección política aplicada a la cultura de masas. Dos décadas atrás, en 1972, el chileno Ariel Dorfman y el belga Armand Mattelart habían publicado su «manual de descolonización» *Para leer al Pato Donald* (1972), un ensayo que proponía desmontar los resortes del imperialismo estadounidense en la cultura pop a través de la literatura infantil de Disney. Ahora, el desplome del modelo alternativo al estadounidense llevaba a los huérfanos de la utopía comunista a ocuparse de los derechos de ese

proletariado de substitución que se había encontrado: las minorías oprimidas por quien encarnaría al nuevo enemigo designado, el hombre blanco heterosexual.

En sus inicios, las escaramuzas de la corrección política eran recibidas con sorna. ¿De verdad pretendían que nos refiriéramos a los enanos como personas verticalmente impedidas? La respuesta hoy es, con claridad, sí. Baste un ejemplo. En 1994, el autor satírico James Finn Garner publicaba *Cuentos infantiles políticamente correctos*, un best seller del que se vendieron más de 2.500.000 copias traducidas a una veintena de idiomas. En estos relatos, el escritor se burlaba del entonces incipiente fenómeno de la corrección política y la censura en nombre del nuevo orden moral, reescribiendo clásicos de la literatura infantil de Charles Perrault o de los hermanos Grimm. Garner echaba mano a la nueva jerga en boga, convirtiendo a Caperucita Roja en un despreciable ser especista por matar al lobo y a los siete enanos de *Blancanieves* en unos irredentos falócratas chauvinistas. El estilo del libro es claramente irónico, como puede leerse en este fragmento de la reescritura de *Cenicienta* (traducido del inglés por Gian Castelli Gair):

> El príncipe proyectaba celebrar un baile de disfraces para conmemorar la explotación a la que sometía a los desposeídos y al campesinado marginal. A las hermanas políticas de Cenicienta les emocionó considerablemente verse invitadas al palacio, y comenzaron a planificar los costosos atavíos que habrían de emplear para alterar y esclavizar sus imágenes corporales naturales con vistas a emular modelos irreales de belleza femenina. […] La madre política de Cenicienta también planeaba asistir al baile, por lo que Cenicienta se vio obligada a trabajar como un perro (metáfora tan apropiada como desafortunadamente denigratoria de la especie canina).

Dos décadas después, la sátira de Garner está dejando de ser comprendida, y en vez de ser leída en clave humorística es interpretada literalmente. El lector desprevenido que quiera comprar la versión en español de *Cuentos infantiles políticamente correctos* se topará, en Casa del Libro o Amazon, con la siguiente reseña: «Después de varios siglos de leer relatos, inconscientemente transmitidos de una generación machista a la siguiente, este autor ha rescatado e iluminado aquellas narraciones clásicas contándolas de nuevo de un modo mucho más acorde con la sociedad actual».[21] Era un chiste y quedó.

La patrulla moral entiende que para modelar el futuro necesita abolir el pasado, por lo menos desde Homero y su cohorte de viejos hombres blancos en túnica (decir heterosexuales acá es más problemático) que han apuntalado las bases de la sociedad patriarcal.

La creación de este nuevo mundo, concebido como un *safe space* sin fronteras, requiere establecer listas negras de artistas e intelectuales que hayan transgredido, hace tres mil años o quince minutos, las nuevas reglas del bien pensar. En este ejercicio revisionista, las obras de los antiguos sólo serán mencionadas como un ejemplo de los basamentos de una injusticia histórica, mientras que a las ovejas negras de Hollywood de hoy en día se las borrará digitalmente de los catálogos como si no hubieran existido, al mejor estilo *1984*, y se las reemplazará por un actor cuyo currículum (antecedentes morales) se ajusten a la nueva ley. Para evitar que un espectador desprevenido quede expuesto de manera irremediable a una película con un actor o director salpicado por un escándalo sexual (por supuesto, no es necesario haber sido condenado, basta con ser señalado), el sitio Rotten Apples [manzanas podridas] ofrece ya algo todavía mejor que una lista negra. Se trata de un sencillo buscador en el que uno escribe el nombre de la película o serie que pretende ver y la página arroja de inmediato el veredicto (*fresh apple* [manzana fresca] o *rotten apple* [manzana podrida]) con un enlace a un artículo de prensa donde se habla de la acusación al artista involucrado. De este modo, evita que el eventual espectador sea cómplice de algún crimen que, tal vez, algún día llegue a los tribunales de verdad.

La censura puede ejercerse a posteriori y, gracias a Internet, de manera preventiva. Pero la ofensiva progresista no se detiene ahí. Como es difícil borrar los clásicos de un plumazo, pretende corregirlos. La sátira de los cuentos para niños en clave políticamente correcta hacía reír en los años noventa. Hoy no se trata ni de iniciativas humorísticas ni de relatos infantiles. En enero de 2018, el Teatro di Maggio de Florencia agotó las diez mil localidades disponibles para presenciar una nueva puesta en escena de la ópera *Carmen*, de Georges Bizet. La obra generó gran expectativa, porque el director italiano Leo Muscato había reescrito el final. En esta versión y contrariamente al libreto original, Carmen no muere apuñalada por su amante, sino que la gitana le arrebata el arma a don José y le dispara, acabando con la vida del hombre celoso. El cambio del final, presentado como «feminista» por la prensa, fue sugerido por el director del teatro, indicó Muscato. «En nuestra época, marcada por el flagelo de la violencia contra las mujeres, es inconcebible que se aplauda el asesinato de una de ellas», explicó. La idea fue

secundada por el propio alcalde de Florencia, quien dijo apoyar este nuevo final de *Carmen*, argumentando que de este modo se envía un «mensaje social, cultural y ético que denuncia la violencia sobre la mujer, en aumento en Italia».

Al parecer, desde su creación en 1875, esta ópera, una de las más representadas en el mundo, cosecha aplausos por el asesinato de una mujer, y no por la interpretación de los artistas, los músicos, las puestas en escena… Con esta lógica, lo que ahora se aplaude, y está bien aplaudir, es la muerte de un hombre. La historia recordará que el día del estreno de esta nueva versión, en el momento en que Carmen apunta con el arma al amante despechado, el disparo (el ruido) no salió, ya que el arma se trabó, pese a los denodados esfuerzos de la cantante Veronica Simeoni. «Al final, don José murió de un infarto», ironizó la crítica de *La Stampa*, subrayando lo grotesco de la muerte del policía que fallece sin razón aparente.[22]

Así las cosas, los horribles reaccionarios recalcitrantes deberían pertrecharse con los clásicos en un sótano e intercambiar con otros infractores las obras antes consideradas maestras del arte occidental, como si se tratara de pornografía infantil en la *deep web*, o aprenderse de memoria las novelas condenadas a la hoguera, como en *Farenheit 451*, de Ray Bradbury. Que se apuren, antes de que el nuevo orden moral erradique o corrija las obras de arte y borre todo rastro de los artistas degenerados.

Mientras la purga se ocupa de sepultar y reescribir el pasado, el presente también debe ser llevado por el camino recto a través de un nuevo lenguaje, orwelliano.

4
El lenguaje exclusivo

Cuando un gobierno se estrena, suele impulsar rápidamente medidas que dejen en claro sus ambiciones y marquen el norte ideológico de su incipiente gestión, como quien iza una bandera en un territorio apenas conquistado. Es un período excepcional en el que los simpatizantes de la nueva dirigencia esperan señales fuertes que confirmen el cambio que apoyaron, mientras la oposición, aún grogui por la derrota, contempla resignada el giro político del país. En cuanto al Poder Ejecutivo, sabe que la luna de miel, más o menos breve, con la opinión pública, que le sigue a su victoria le ofrece una rara oportunidad de actuar a sus anchas, una «ventana» antes de que sus detractores se reorganicen y la realidad de la política del día a día desgaste a la nueva mayoría, obligándola a negociar consensos.

En el caso de España, el regreso del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) en 2018 al Palacio de la Moncloa no fue una excepción. La vicepresidenta del Gobierno y ministra de la Presidencia, Relaciones con las Cortes e Igualdad, Carmen Calvo, anunció a poco de asumir que el Congreso pediría a la Real Academia Española (RAE) un informe para adaptar el texto de la Constitución al llamado «lenguaje inclusivo». La Carta Magna «sólo tiene un lenguaje masculino, y eso no se corresponde con una democracia desarrollada. Las mujeres no tenemos por qué reconocernos en el masculino, que además es absoluto en la Constitución», sostuvo. La izquierda española ya había dado muestras de su intención de reformar la lengua. Por esos días, el presidente del Gobierno Pedro Sánchez ya hablaba de «miembras»[23] (retomando una expresión de la ministra de Igualdad, Bibiana Aído, para dirigirse a las diputadas) y la portavoz de Podemos, Irene Montero, de «portavozas».

En todo caso, la decisión del flamante Poder Ejecutivo español de retocar un texto fundamental con la intención declarada de combatir el sexismo no era ni original ni aislada. Otros gobiernos progresistas en otros países ya habían allanado el camino. El 31 de enero de 2018, el Senado de Canadá, gobernado por Justin Trudeau, campeón internacional del postureo progresista, aprobó una ley habilitando la modificación del himno con la misma intención. En la nueva versión inglesa de la letra, los *sons* [hijos] fueron reemplazados por *us* (un nosotros neutro). «Hemos dado otro paso hacia la igualdad de género», se congratuló Trudeau en Twitter.

Seis años antes, Viena había tomado la misma senda. En nombre de la lucha contra el androcentrismo, en el himno austriaco la nación pasaba de ser un «hogar de grandes hijos» a un «hogar de grandes hijos e hijas». La coalición gobernante en Alemania no se conformaría con menos. En 2018, La ministra federal de Asuntos de Familia Kristin Rose-Möhring, del ala socialdemócrata de la alianza con los conservadores en el poder, propuso el 8 de marzo, Día Mundial de la Mujer, enmendar el himno alemán. Para referirse a la patria, habría que enterrar el patriarcal *Vaterland* [*vater,* «padre»; *land,* «país»] y cambiarlo por un menos connotado *Heimatland* [tierra natal]. Otra de sus propuestas consistió en permutar el viril término «hermandad» por «valiente». Finalmente, Angela Merkel, mujer a la cabeza de la primera economía de Europa, descartó la iniciativa. «Nuestra canciller está muy contenta con nuestro himno nacional en su forma tradicional y no ve por qué habría que cambiarlo», hizo saber a través de su portavoz Steffen Seibert en conferencia de prensa.

Estos cambios en textos fundamentales —constitución, himno— de las democracias occidentales reflejan el éxito de la avanzada del movimiento del llamado «lenguaje inclusivo». Se trata de la parte más visible y simbólica —afecta los pilares de la identidad nacional— de un fenómeno que tomó forma primero en grupos feministas, la militancia LGBT y en el ámbito académico, bastiones del progresismo.

El objetivo anunciado por los defensores de la modificación del lenguaje es encomiable: combatir el machismo dándoles una mayor visibilidad a la mujer y a otras minorías sexuales, reparando injusticias históricas que han servido para naturalizar la discriminación de género. Bajo esta premisa, el idioma es percibido como una construcción social opresiva que legitima el orden patriarcal. La inexistencia de una versión femenina de los sustantivos para referirse a ciertos oficios y profesiones tradicionalmente ocupados por varones, el uso del masculino genérico para englobar indistintamente a

hombres y mujeres, aunque estas representen un número superior en el grupo, son designados como herramientas sexistas. Es para luchar contra esta dominación masculina, contra esta «violencia simbólica» (en palabras del siempre citado sociólogo Pierre Bourdieu), que surge el «lenguaje inclusivo».

En realidad, no existe actualmente un único «lenguaje inclusivo», sino distintas variantes que coexisten para tratar de desmontar o «deconstruir» los instrumentos de la opresión. Decir «los trabajadores» cuando se habla de hombres y mujeres que trabajan, por ejemplo, «invisibilizaría» a las mujeres, por lo que en los últimos años empezaron a aparecer grafías alternativas: «lxs trabajadorxs», «l@s trabajador@s», así como «les trabajadores», usando la «e» como un tercer género gramatical (aunque para algunos la utilización de la «e», cada vez más en boga, es ya una concesión demasiado grande al heteropatriarcado; es el sentido que parecen tener las palabras de la presidenta del Consejo de Educación de la provincia argentina de Santa Cruz, María Cecilia Velázquez, quien en abril de 2017 juró su cargo y anunció, en una entrevista radial, sus planes educativos, prometiendo «mucho amor a los estudiantes y a los jóvenes y a las jóvenas, si así se dice, o con una arroba, como solemos decirles nosotros para ponerle perspectiva de género»[24]).

Otra estrategia es el desdoblamiento léxico; referirse, por ejemplo, a «los trabajadores y las trabajadoras» y preferir la utilización de «persona» en vez de «hombre», «la ciudadanía» a «los ciudadanos», así como evitar los artículos masculinos: en el caso de «los estudiantes protestan», un titular de un medio que practique el «lenguaje inclusivo» privilegiará simplemente escribir «estudiantes protestan».

En francés, que como otras lenguas romances es un campo privilegiado de esta batalla ideológica, expresarse «con perspectiva de género» requiere otros acomodamientos con el idioma. Una de las prácticas que más ha prosperado, llegando a escribirse un manual[25] escolar para niños de 8 años siguiendo esta regla, es la utilización del llamado punto mediano (·). Así, donde antes uno se refería a los artesanos y los agricultores (*les artisans, les agriculteurs*; «lxs artesanxs», o «lxs agricultorxs»), traducidos al lenguaje inclusivo francés se transforman en *les artisan·e·s* y *les agriculteur·trice·s.*

Estas intervenciones en el idioma, que en sus distintas variantes coexisten y se superponen en función de si se trata de expresarse oralmente o por escrito, pasaron, en poco tiempo, del estatus de neolengua experimental propia de una vanguardia militante a la práctica cotidiana de sus sectores de influencia: administraciones universitarias, pero también de gobiernos municipales, regionales y nacionales progresistas de Iberoamérica. Con un

tono moralizador y la esperanza de unificar algún día criterios lingüísticos, estas distintas instancias, inclusive con rango ministerial, han desarrollado guías de «lenguaje no sexista» para que los funcionarios o el aparato de comunicación de los gremios se dirijan a la ciudadanía, tanto en la redacción de discursos como en textos oficiales de uso legal y administrativo. Esto, como veremos más adelante, tiene consecuencias prácticas que no son precisamente las buscadas por sus promotores.

Pero volviendo a las reformas constitucionales, quizás el caso paradigmático de la aplicación del lenguaje inclusivo a la redacción de una Carta Magna sea el de la República Bolivariana de Venezuela. En 1999, para poner a tono la Constitución con el Socialismo del Siglo XXI, el chavismo engendró un texto en el que se puede leer, por ejemplo, en su artículo 41:

> Sólo los venezolanos y venezolanas por nacimiento y sin otra nacionalidad podrán ejercer los cargos de Presidente o Presidenta de la República, Vicepresidente Ejecutivo o Vicepresidenta Ejecutiva, Presidente o Presidenta y Vicepresidentes o Vicepresidentas de la Asamblea Nacional, magistrados o magistradas del Tribunal Supremo de Justicia, Presidente o Presidenta del Consejo Nacional Electoral, Procurador o Procuradora General de la República.

Como puede observarse en este botón de muestra, el desdoblamiento inflacionario del idioma se vuelve rápidamente indigesto, dando lugar a una duplicación redundante que atenta contra la economía de la lengua. Además, esta práctica crea problemas de estilo, coherencia gramatical, precisión y hasta brechas legales.

Otras propuestas para desmasculinizar la prosa han dejado al descubierto más problemas. Los usos de la «x» (que va perdiendo terreno entre sus defensores en detrimento de la «e») y de la «@» como vocales neutras son impronunciables. La arroba, además, suma otro inconveniente: es un signo «que no es reconocido en este uso no sexista por los dispositivos lectores que emplean las personas con discapacidad visual», como señala la guía de lenguaje inclusivo del sindicato español Comisiones Obreras.

Al uso «no binario» de la «e», le queda resolver ciertas cuestiones, como qué hacer con la versión «inclusiva» de «el juez/la jueza». En neutro, ¿sería «le juece»? ¿En qué se convierten los deportistas exitosos, los periodistas curiosos, los dentistas millonarios o las buenas personas? ¿En deportistes

exitoses, periodistes curioses, dentistes millonaries y buenes persones? ¿Van a pensar los catalanes que pretendemos burlarnos de ellos?

En cuanto a la eliminación de los artículos, otra de las prácticas utilizadas va en detrimento de la precisión. No es lo mismo «convocar a los estudiantes» que «convocar a estudiantes», puesto que en el primer caso se refiere a todos y en el segundo a un número indeterminado.

Asediada como una ciudadela en llamas, la RAE responde a los asaltos del «idioma inclusivo» subrayando las incoherencias de las iniciativas, los problemas de comprensión que acarrean. Sobre todo, objeta uno de los argumentos centrales de las embestidas: que los vocablos terminados en «o» para la designación de genéricos se refieran necesariamente al varón.

«Se confunde género gramatical y sexo, cuando son dos cosas distintas», observa Julio Borrego, catedrático de Lengua Española de la Universidad de Salamanca.[26] Y da un ejemplo: «A un hombre muy feo se lo podría llamar la bestia y a una mujer muy guapa, el prodigio, y podría decir: ‘La bestia y el prodigio salieron juntos’ y, curiosamente, estoy concordando un masculino que se refiere a una mujer».

Males y remedios

«Un buen paso hacia la solución del ‘problema de la visibilidad’ sería reconocer, simple y llanamente, que, si se aplicaran las directrices propuestas en estas guías en sus términos más estrictos, no se podría hablar», afirma el catedrático Ignacio Bosque, de la RAE, en su informe «Sexismo lingüístico y visibilidad de la mujer».[27] Allí examina nueve guías de «lenguaje inclusivo» oficialmente utilizadas en la península ibérica.

Bosque comparte el diagnóstico de que vivimos en una sociedad machista que discrimina y violenta física y simbólicamente a la mujer, incluso en cómo el lenguaje puede funcionar como un instrumento de discriminación. Sin embargo, deplora la improvisación en la confección de estas guías, en los supuestos que manejan a la hora de elaborar sus directivas y en la extraña interpretación que hacen sobre cómo se fabrica y funciona la lengua:

> Llama la atención el que sean tantas las personas que creen que los significados de las palabras se deciden en asambleas de notables, y que se negocian y se promulgan como las leyes. Parecen pensar que el sistema lingüístico es una especie de

> código civil o de la circulación: cada norma tiene su fecha; cada ley se revisa, se negocia o se enmienda en determinada ocasión, sea la elección del indicativo o del subjuntivo, la posición del adjetivo, la concordancia de tiempos o la acepción cuarta de este verbo o aquel sustantivo.
>
> Nadie niega que la lengua refleje, especialmente en su léxico, distinciones de naturaleza social, pero es muy discutible que la evolución de su estructura morfológica y sintáctica dependa de la decisión consciente de los hablantes o que pueda controlar con normas la política lingüística.

En Twitter, los guerreros de la justicia social increpan permanentemente a la cuenta de la RAE para exigirle que «evolucione». «El cambio lingüístico, especialmente a nivel gramatical, no se produce nunca por decisión consciente o por imposición de un colectivo de hablantes; es fruto de la evolución del sistema a lo largo del tiempo. Si ese cambio se integra en la lengua estándar, pasará a la norma», se cansa de responder la RAE en una de sus incontables intervenciones diarias sobre el tema.

«No estamos desfasados. Es que tenemos que ir por detrás de la sociedad. La academia no inventa, no propone, no impone, no induce el uso de las palabras, sino que recoge las que la sociedad genera», explica por su parte Darío Villanueva, director de la RAE.

El académico deplora que cada grupo que se siente ofendido por el uso recogido por el diccionario pida una corrección a medida. «La embajada de Japón protesta porque en el diccionario está kamikaze. Incomoda judiada. Y a los jesuitas, jesuítico, en su acepción de hipócrita. Esto no tiene fin. Llegan todos los días peticiones. La última, que hay que retirar la palabra racional porque es una ofensa a los seres irracionales», asegura.[28] «La corrección política es una forma de censura perversa que no procede del partido, del Gobierno o de la Iglesia», remarca.

Bosque deplora que estas guías, fabricadas por la militancia, «han sido escritas sin la participación de los lingüistas», quienes quizás tuviesen algo que decir sobre el asunto. En todo caso, la frialdad con la que la RAE acogió la propuesta del Gobierno socialista español ha llevado a la impulsora del cambio constitucional a ignorar el parecer de la Real Academia si no está dispuesta a acompañar su reforma.

«Si no hay asesoramiento de la RAE, evidentemente continuaré con el proceso», advirtió la viceministra Carmen Calvo en declaraciones a Cadena

Ser en julio de 2018.[29]

Del otro lado de los Pirineos, la Academia Francesa juzgó que todo el proyecto de «lenguaje inclusivo» era una «aberración» y un «peligro mortal» para la lengua francesa. Por su parte, el ministro de Educación Jean-Cristophe Blanquer, del Gobierno de Emmanuel Macron, estimó que la «escritura inclusiva arruina nuestra lengua».[30] «La causa, la igualdad entre hombres y mujeres, es buena, pero no creo que sea este un combate razonable», matizó. Y creyó necesario agregar: «Me considero feminista».

El argumento no fue aceptado por todos. En noviembre de 2017, 314 profesores y maestros de toda Francia anunciaban, en una carta pública, que dejarían de enseñar en clase la preponderancia del masculino genérico y se abstendrían de corregirlo en los exámenes, desoyendo las consignas oficiales del Ministerio de Educación.[31] En nombre de la lucha contra los estereotipos sexuales, llamaron a sus colegas, funcionarios, ciudadanos y francófonos en general a imitarlos.

Se puede argüir que la Academia Francesa (formada por 36 hombres y 5 mujeres) o la RAE (38 varones y 8 mujeres) defienden una versión reaccionaria de la sociedad, y «los hombres blancos heterosexuales» a cargo de la institución tratan de perpetuar sus privilegios machistas como si se tratara de «su» polvoriento tesoro. Podrá decirse, al mismo tiempo, que los defensores del lenguaje inclusivo, pese a sus torpezas y sin aportar una solución estable y respetuosa de la economía del idioma, tienen la loable intención de hacer retroceder la desigualdad. La cuestión es que el avance del lenguaje inclusivo tiene efectos prácticos y no necesariamente los deseados.

Efectos perversos

En junio de 2018, la empresa española Aceites y Energía Santamaría decidió pagar los atrasos salariales únicamente a sus empleados varones.[32] Para justificar esta discriminación, que afectaba a las tres únicas mujeres de la planta, la compañía explicó que el texto del convenio laboral establecía que debía pagar a «los trabajadores», y no a «las trabajadoras». En otras palabras, la empresa había invocado el «lenguaje inclusivo» para perjudicar a las mujeres. La situación fue denunciada oportunamente por el sindicato Comisiones Obreras y activistas feministas, como Alicia Murillo, colaboradora de *Pikara Magazine.* Curiosamente, Murillo cargó las tintas

contra la RAE vía Twitter con el siguiente argumento: «Como la RAE vuelva a decir que el lenguaje inclusivo no sirve para nada, ponemos a sus miembros (y miembras) a trabajar en esta empresa», escribió.

Lacónica, la cuenta de la RAE respondió: «Quizá la insistencia en afirmar que el masculino genérico invisibiliza a la mujer traiga consigo estas lamentables confusiones».

Entre quienes desde la Real Academia ven con benevolencia paternalista el balbuceo de los jóvenes idealistas ajetreando el idioma, se pide paciencia. Primero, a la espera de una eventual estabilización de las versiones de este nuevo lenguaje y, eventualmente, de los frutos que dice llevar en un hipotético futuro. Pero ¿qué hay de las sociedades que utilizan formas gramaticales sin género desde hace siglos? Es el caso del persa hablado en Irán, del idioma turco, mientras que el árabe clásico utiliza el género femenino para los sustantivos en plural, más allá de si el sustantivo en singular al que pertenece es masculino. Este aspecto se ha convertido incluso en un argumento proselitista. El Corán «utiliza un lenguaje inclusivo. Hoy Alá diría la portavoza», se felicita la periodista española convertida al islam Amanda Figueras.**[33]**

Es justamente en las sociedades en las que el llamado lenguaje no sexista impera donde la mujer es sometida a las formas más violentas, discriminatorias e invisibilizadoras del patriarcado. Allí, la invisibilización las obliga literalmente a ser tapadas en el espacio público con la burka, donde el adulterio femenino se paga con la lapidación, donde se practica la ablación genital del clítoris para impedir el goce, donde el estatuto de la mujer es el de un menor de edad de por vida. Son las sociedades en las que, para salir a la calle, deben estar acompañadas por un tutor masculino, donde «el crimen de honor», una relación con alguien no elegido por la familia, por ejemplo, justifica su asesinato.

En Extremo Oriente, el japonés no tiene diferencia de género en la escritura, y aunque es una de las naciones industrializadas más desarrolladas, el estatuto de la mujer está lejos de compararse al de la mujer occidental que padece los textos «no inclusivos».

El contraejemplo es el islandés, una de las lenguas más conservadoras e impermeables al cambio, lo que no le ha impedido poner a estos descendientes de vikingos a la cabeza de las naciones más igualitarias.

Hablado por pocos y escrito por menos, el lenguaje impulsado por una élite esclarecida ha fabricado un artefacto inestable y confuso, difícil de usar para la mayoría de los hablantes: es decir, un lenguaje exclusivo, que deja

afuera tanto a quienes se ven incapaces de utilizarlo como a quienes tienen razones para dudar de sus efectos y se ven obligados a aceptarlo para no entrar en conflicto con una facción que no tardará en acusarlos de retrógrados y machistas.

Mientras tanto, el balbuceante «lenguaje inclusivo» sigue plantando banderitas, marcando territorio, como forma de *virtue signaling,* de postureo para dejar en claro y en público una superioridad moral. Y nada más, porque si el «lenguaje inclusivo» debía ser el remedio, aunque más no sea un paliativo, contra el sexismo, como medicina no ha dejado ninguna evidencia de producir los efectos que sus defensores pregonan. Ninguna.

Por lo pronto, en nombre de un postulado estéril, las constituciones seguirán tomando ilegibles giros bolivarianos, los himnos serán enmendados, los niños continuarán siendo conejillos de indias de los caprichos gramaticales y las convicciones personales de sus maestros, y los empresarios sin escrúpulos usarán las brechas legales abiertas por tanta improvisación.

Que el «lenguaje inclusivo» sea caótico e incoherente y que no haya el menor indicio de que su utilización favorezca la igualdad entre hombres y mujeres no parecen tener la menor importancia. De todos modos, que las recetas para imponer el bien no den los resultados esperados jamás ha sido un obstáculo para que el progresismo persevere en sus errores.

5
El antisemita perfecto

El progresista ama al judío. Al judío de antes de 1945. Lo ama hoy, retrospectivamente, cuando la maquinaria de exterminio nazi lo ha convertido en el paradigma de la víctima absoluta, del otro, perseguido y aniquilado en nombre de una quimérica raza superior occidental blanca, rubia y de ojos azules. Pero ni bien el superviviente pone un pie fuera de Auschwitz, la cosa se vuelve «más compleja». El judío pasa a ser un nuevo nazi en potencia hasta que demuestre lo contrario, si puede, y ni siquiera. Por su parte, el antisemita, para ser certificado como tal, tiene ahora que ser de manera probada un «antisemita perfecto», idéntico al de la Alemania de los años treinta.

El 24 de junio de 2017, unas 1.500 personas desfilaron en la Dyke March, Marcha del Orgullo Gay de Chicago. En un momento dado, un pequeño grupo de manifestantes lesbianas judías que llevaba la bandera del arco iris con la estrella de David estampada fue rodeado, acosado, insultado y finalmente expulsado de la marcha.

«Esperaba probarme a mí misma que no había problema en mostrarme judía en un círculo progresista, pero desafortunadamente no es lo que ha ocurrido», lamentó Eleanor Shoshany Anderson, entrevistada por *The Daily Beast*.[34]

La organización del evento justificó la exclusión de la marcha asegurando que, a causa de la presencia de la estrella de David, la gente «no se sentía segura».

Las judías lesbianas contaron que, entre insultos e invectivas, les habían exigido a los gritos que se pronunciaran sobre el conflicto israelí-palestino y las acusaron de promover el *pinkwashing* del Estado hebreo, es decir, buscar de un modo hipócrita la simpatía del movimiento LGBTTTI para el único país de Oriente Medio que celebra abiertamente una marcha del orgullo gay.

Conminadas a pronunciarse, las chicas respondieron que apoyaban una solución de dos Estados para dos pueblos, que su bandera era judía y no israelí, pero esto no bastó para impedir la expulsión.

Poco después, la periodista Gretchen Rachel Hammond, del *Windy City Times*, el periódico LGBT de Chicago que reveló el caso, fue sancionada por su nota y relegada al sector «ventas» de la publicación, pese a ser una reportera premiada. «Es mi única fuente de ingresos, no puedo comentar nada», explicó sobre sus nuevas e involuntarias obligaciones.

En agosto de 2015, el festival de reggae Rototom, que se lleva a cabo en Benicàssim, España, canceló el concierto del rapero judío estadounidense Matthew Paul Miller, un músico de larga trayectoria y ganador del Grammy, cuyo nombre artístico es Matisyahu. La medida fue tomada por la organización luego de que Miller se negara a plegarse a un requisito de último momento creado a medida para el artista: para subir al escenario, debía pronunciarse previamente sobre el conflicto israelí-palestino. La censura, promovida por BDS País Valencià —siglas que aluden a Boicot, Desinversión y Sanción a Israel—, dio lugar a un escándalo diplomático con Estados Unidos y, en definitiva, la marcha atrás de Rototom, que volvió a invitar a Matisyahu. Por supuesto, únicamente a Matisyahu se le pidió pronunciarse sobre la política exterior de un país que ni siquiera es el suyo, sólo en función de su religión, para poder cantar.

Todo judío es un sionista en potencia, un nuevo nazi hasta que pruebe lo contrario. Este es el actual credo de la política internacional progresista. De la víctima perfecta al verdugo perfecto. Quien ha resumido con justeza el nuevo paradigma es el exalcalde de Londres del Partido Laborista, Ken Livingstone, alias Red Ken, suspendido del partido tras afirmar que Hitler fue… un sionista en los años treinta. Hitler «apoyaba el sionismo antes de enloquecer y matar a seis millones de judíos», sostuvo. Querer ver migrar a los judíos por mar y más tarde por chimenea convierte al ideólogo de la Solución Final en un sionista bastante curioso.

El «antirracismo», coartada del nuevo antisemitismo

Entretanto, del otro lado del Canal de la Mancha daba que hablar uno de los ejemplos más acabados del ascenso del antisemitismo de izquierda. Hijo de una socióloga francesa y un contador camerunés, Dieudonné M’Bala M’Bala supo ser un cómico de *stand up.* Se hizo famoso por su dúo con el humorista

Elie Semoun. Juntos, a principios de los años noventa, explotaban con éxito en el escenario la receta cómica de un negro grandote de voz grave y su compañero judío pálido de voz aflautada, jugando con los estereotipos raciales para denunciarlos ante un público masivo. Dieudonné, que se exhibe como alguien que viene de «un medio popular, de izquierda», hizo de la lucha antirracista una de sus principales banderas. En 1997, se presentó a las elecciones legislativas ante la candidata ultraderechista del Frente Nacional. Recibió la unción de figuras del Partido Socialista y Los Verdes, mientras militaba en SOS Racismo, la emblemática organización antirracista ligada a los socialistas franceses. En el 2000, se postuló a las elecciones presidenciales para encarnar «las fuerzas progresistas». Su militancia lo llevó a denunciar la historiografía francesa sobre la esclavitud y a solicitar una subvención al Centro Nacional de Cinematografía (CNC) francés para escribir un guion sobre el Código Negro, la reglamentación de la esclavitud negra promulgada por Luis XIV en el siglo XVII. La negativa del instituto le dejó un sabor amargo. Acusó a «los sionistas del CNC» de tener un doble estándar y de preferir financiar trabajos sobre el Holocausto.

En 2002, sostuvo que el racismo fue inventado por «el pueblo elegido» y su ya excolega Elie Semoun empezó a tratarlo de «Le Pen de izquierda». Pero era sólo el principio. Le siguieron un elogio de Osama bin Laden y un sketch televisivo en el que, disfrazado de judío ortodoxo, llamó a los jóvenes inmigrantes de los suburbios a convertirse al judaísmo al grito de «¡Isra-heil!», contracción de Israel y el saludo nazi.

Allí, la *gauche caviar* parisina, en especial los actores, empezaron a tomar distancia del personaje, que pasaba la mayor parte de su tiempo dedicándose a alimentar la competencia memorial entre la trata negrera y el exterminio de los judíos, a quienes acusa de haberse enriquecido con el tráfico de esclavos y de hacer lobby con su «pornografía memorial».

Pero Dieudonné no cejó. En 2004, obtuvo el apoyo de la asociación Coordinación de los Llamamientos para una Paz Justa en Palestina y se presentó a las elecciones legislativas con la lista EuroPalestina. El afiche de la campaña lo mostraba posando haciendo la *quenelle*, una invención suya. Se trata de un saludo nazi invertido, que representa, según él, el brazo «que le mete en el fondo del culo al sionismo».

Más tarde, Dieudonné se ilustraría haciendo subir al escenario, ante cinco mil espectadores, a Robert Faurisson, célebre negacionista que ha dedicado sus últimos treinta años a decir que el Holocausto es un invento.

En 2005, Dieudonné volvió a presentarse a las presidenciales. Su modelo confeso: el presidente venezolano Hugo Chávez, por lo que hizo campaña alegando que Francia debía convertirse en «la Venezuela de Europa».

El 2004 había sido un año particular para los judíos venezolanos. En esos días, los servicios de inteligencia bolivarianos irrumpieron encapuchados para allanar, en busca de «armas y drogas», el colegio Hebraica Moral y Luces, así como el Club Social Hebraica, mientras los alumnos ingresaban a la escuela. A esto le siguió una redada al Centro Social, Cultural y Deportivo Hebraica y la ocupación, por 24 horas, en manos de una quincena de hombres armados, de la Tiferet Israel, la sinagoga de la Asociación Israelita de Venezuela, el templo judío más antiguo de Caracas, donde los intrusos se dedicaron a escribir grafitis antisemitas.

Como en Europa, los ataques contra judíos en Venezuela aumentaban con cada ola de violencia en Oriente Medio. Según el Instituto Stephen Roth,[35] que monitorea el antisemitismo en el mundo, los artículos antijudíos habían sido publicados en los medios de comunicación patrocinados por Chávez «en un promedio de 45 unidades por mes» en 2008 y «más de cinco por día» en enero de 2009 durante la operación en Gaza (Operación Plomo Fundido)”.

Las autoridades hebraicas estiman hoy, a falta de un censo poblacional, que la mitad de los veinte mil judíos de Venezuela dejó el país bajo el chavismo, antes del éxodo actual debido a la situación económica piloteada por Nicolás Maduro.

Hugo Chávez hizo su aporte personal a esta campaña de odio, echando mano a uno de los resortes más viejos del antisemitismo. «El mundo es para todos nosotros, pero se da la circunstancia de que una minoría, los descendientes de los mismos que crucificaron a Cristo, los descendientes de los mismos que echaron a Simón Bolívar fuera de aquí y también lo crucificaron a su manera más allá en Santa Marta, en Colombia… Una minoría ha tomado posesión de toda la riqueza del mundo», alertó en 2005 el líder de la nueva izquierda latinoamericana.

El comandante bolivariano advertía a la oposición que debía cuidarse de «ser envenenada por los judíos errantes». Henrique Capriles Radonski, cuya abuela sobrevivió al gueto de Varsovia y parte de la familia fue exterminada en el Holocausto, encarnaba para Chávez a un peón del «capitalismo sionista».

En esa época, el promotor de la nueva izquierda latinoamericana tejió una alianza con el entonces presidente iraní Mahmud Ahmadinejad, quien se dedicaba en esos días a convocar a que se borrara a Israel de la faz de la

Tierra mientras Teherán acogía el primer concurso de caricaturas del Holocausto. El segundo premio de esta edición fue para el dibujante brasileño-palestino Carlos Latuff, un caricaturista altermundialista presente en las publicaciones progresistas del país sudamericano y en sitios de la izquierda radical, como Indymedia. En su dibujo premiado, puede verse a un palestino con el uniforme de los prisioneros judíos de los campos de concentración, donde la estrella de David ha sido reemplazada por una media luna islámica. El primer premio fue para un dibujante marroquí que comparó el muro de separación israelí con Auschwitz.

La segunda edición del concurso de caricaturas del Holocausto tuvo lugar diez años después. El ganador fue esta vez el caricaturista francés Pascal Fernández, alias Zéon, un amigo de Dieudonné, con quien había colaborado en la publicación de una historieta. El dibujo ganador es una caja registradora con la forma de Auschwitz, que muestra el número 6.000.000, equiparando a los judíos exterminados con una ganancia, todo acompañado por la leyenda «Shoah Business» [El negocio del Holocausto].

Es la misma lógica que llevó al progresismo de la revista satírica *El Jueves* a publicar, en febrero de 2016, un libelo que retomaba todos clichés antisemitas. Se trataba de una doble página de la sección «DesHechos históricos». Al parecer, la intención del dibujante Julio A. Serrano era «dar a conocer y denunciar ante nuestros lectores las injusticias que comete el Estado de Israel». Por eso redujo a los israelíes a judíos de narices ganchudas y dientes afilados, retrató a Cristo arrestado por un soldado israelí (el mito del pueblo deicida) o inventó que la «única ley» del país era la Torá, entre varias fantasías. *El Jueves* rehabilitaba, con la salsa del antisionismo, los estereotipos del más rancio antisemitismo español desde Quevedo. La revista, que admite que no publica nada sobre el islam para no tener problemas, se defendió con las firmas de un «manifiesto de solidaridad», texto «al que ya se han adherido decenas de asociaciones, periodistas, dibujantes, miembros del mundo de la cultura y políticos como Pablo Iglesias o Alberto Garzón», consigna *El Diario* de España. No era la primera vez que esta referencia del progresismo español incurría en la caricatura antisemita. En su momento, ya había puesto en portada a Ariel Sharon con nariz de cerdo, dientes afilados, kipá y una esvástica, validando el esquema según el cual el judío sionista es el nuevo nazi. Y no, no es casual que Pablo Iglesias, líder de la izquierda antisistema española, tuviera su programa de televisión en Hispan TV, inaugurada por Mahmud Ahmadineyad.

Una alianza contranatural

La caída del Muro de Berlín, y con ella el desmoronamiento del mundo soviético, dejó al progre doblemente desarmado: con un inmenso vacío ideológico y sin el poderío militar ruso en la pulseada con el Tío Sam. Había perdido la capacidad de proponer un modelo alternativo al capitalismo victorioso y el hipotético respaldo del Pacto de Varsovia, disuelto en 1991. Para una parte de la izquierda, este vacío iba a ser llenado, de manera espectacular, el 11 de septiembre de 2001 en Nueva York.

«Por primera vez, le pasaron la boleta a Estados Unidos. Yo estaba con mi hija en Cuba y me alegré mucho cuando escuché la noticia. No voy a ser hipócrita con este tema: no me dolió para nada el atentado. Me puse contenta de que, alguna vez, la barrera del mundo, esa barrera inmunda, llena de comida, esa barrera de oro, de riquezas, les cayera encima», admitió la titular de Madres de Plaza de Mayo Hebe de Bonafini en 2002, al cumplirse un año de la matanza de unas tres mil personas de religión, nacionalidad y origen social diversos en la ciudad más cosmopolita del mundo.

El terrorismo islamista le daba al progresismo un poder de fuego y los recursos económicos que había perdido con el derrumbe de la Unión Soviética y sus satélites. La peregrinación a Moscú o a Cuba se haría a partir de entonces a Teherán. Este matrimonio entre la izquierda y los sectores más retrógrados de la teocracia machista y homofóbica de Oriente Medio desataría una retórica y una violencia física de tipo antisemita que no tenía registro desde la Segunda Guerra Mundial.

En Europa, la izquierda ha hecho del multiculturalismo su nuevo credo, y el anticlerical comecuras de ayer relativiza hoy el oscurantismo religioso, el machismo de los imames, la persecución de los homosexuales y el antisemitismo como aspectos de una cultura que no hay que estigmatizar.

Es en este contexto que la enseñanza del Holocausto en las clases de Francia se convierte en una tarea cada vez más imposible, frente a alumnos que a Auschwitz responden Palestina y repiten los argumentos de Dieudonné vistos a través de millones de visitas en YouTube. No es de extrañar que los alumnos judíos abandonen la escuela pública por cuestiones de seguridad. «Hay ciudades de Francia donde ya no se puede vivir tranquilamente», explicaba en 2015 el gran rabino Haim Korsia. «Como dice Luc Ferry, ex ministro de Educación, ya no hay ningún niño judío en las escuelas públicas de Seine-Saint-Denis [departamento de los suburbios de París con mayor proporción de inmigrantes del país]», constataba.

Hartas de insultos antisemitas y violencia física, las familias pusieron a sus hijos en colegios privados judíos… o católicos. En 2015, más de siete mil judíos dejaron Francia para irse a vivir a Israel, un récord para el país que alberga la tercera comunidad hebraica del mundo.

Uno de cada tres ataques racistas en Francia es contra judíos, que representan menos del 1% de la población. Denunciarlo se ha vuelto un problema; parece que era más fácil exponer en los medios a los neonazis. Hoy, el peligro existencial para los judíos de Europa no tiene los rasgos de un *skinhead* de ojos azules. A veces se parece más bien a Amédy Coulibaly, autor de la matanza del almacén judío de París Hyper Casher; a Mohamed Merah, que vació el cargador de su arma en la cabeza de niños que asistían a la escuela judía Ozar Hatorah de Toulouse; a Mehdi Nemmouche, el asesino del Museo Judío de Bruselas, o a Youssouf Fofana, el líder del Gang de los Bárbaros, que secuestró, torturó y mató en las afueras de París a Ilan Halimi, escogido por la banda «porque los judíos tienen dinero».

Sin embargo, los medios progresistas, siempre prontos a denunciar el racismo, exigen para catalogar los ataques de «antisemitas» que estos sean cometidos por alguien capaz de recitar *Mi lucha* de memoria o tenga *memorabilia* nazi en su casa. Si no, no vale. De lo contrario, es sólo la torpe manifestación de víctimas históricas de discriminación que tratan de vengar la opresión que sufren sus correligionarios en Palestina. Es lo que ocurrió en 2017 con Sarah Halimi, una judía ortodoxa de 65 años asesinada en París al grito de «Alá es grande» por su vecino, quien se satisfizo de haber «matado al *sheitán*», el diablo en árabe. Ni la justicia ni la prensa mencionó el carácter antisemita del ataque.

«Todo deja pensar que, en este crimen, la denegación de lo real ha vuelto a golpear», acusó en una tribuna un grupo de intelectuales, entre ellos los filósofos Elisabeth Badinter y Alain Finkielkraut, que obtuvieron finalmente que la fiscalía caracterizara de antisemita el asesinato. La negativa a reconocer el antisemitismo de origen islamista por parte de los progres es, por supuesto, para no «hacerle el juego a la derecha sionista israelí».

En América Latina, la alianza entre la izquierda radical y el islamismo mostró su cara cuando la organización de extrema izquierda Quebracho impidió una manifestación de judíos ante la Embajada de Irán, sospechada, con el movimiento chiita Hezbolá, de estar detrás de la voladura de la mutual judía AMIA y de la Embajada de Israel. Pero, sobre todo, en el caso argentino se vio en cómo el gobierno de Cristina Kirchner, mediante el dirigente Luis D’Elía, organizó a través de Irán el infausto Memorando con la República

Islámica para garantizarles impunidad a los atentados más sangrientos vividos por la región. En este contexto, cabe reproducir los exabruptos de la exmandataria recordando por Twitter su encuentro con alumnos de una escuela primaria. «Pregunté qué obra de Shakespeare estaban leyendo, me dijeron *Romeo y Julieta*. Les dije “tienen que leer *El mercader de Venecia* para entender a los fondos buitres…”. La usura y los chupasangres ya fueron inmortalizados por la mejor literatura hace siglos». Kirchner aludía al personaje del usurero judío Shylock, creado por el bardo inglés, uno de los estereotipos antisemitas más acabados.

Por supuesto, el progre asegura que lo suyo es sólo antisionismo y que las acusaciones de antisemitismo no son más que un intento de acallar críticas a Israel, única democracia en Oriente Medio, único país al que le dedica boicots y manifestaciones. El progresismo latinoamericano en el poder ha privilegiado las alianzas con los regímenes más autoritarios, que más violan los derechos humanos de los disidentes y las minorías sexuales, étnicas y religiosas. Pero sólo conocen el boicot contra un país del tamaño de una estampilla.

El progre no tiene la culpa. Él sólo quiere denunciar, de la mano de quienes hoy matan a los judíos porque son judíos, una conspiración del lobby judío internacional, que maneja los medios y las finanzas y usa «la religión del Holocausto» para dominar el mundo.

6
Israel: una obsesión progresista

El 85,9% de los judíos británicos piensa que el líder del Partido Laborista, Jeremy Corbyn, es antisemita. El sondeo, realizado por la encuestadora Survation y publicado en septiembre de 2018 por *The Jewish Chronicle,*[36] arroja asimismo que el 85,6% estima que el Partido Laborista tiene un nivel «muy alto de antisemitismo». En contraste, apenas el 1,7% de los consultados considera que la primera ministra conservadora Theresa May es antijudía. En este contexto, el 40% de los entrevistados indica que estudia seriamente abandonar su país en caso de que Corbyn ocupe el 10 Downing Street. El único partido que se aproxima a los niveles de judeofobia del Labour es, según esta encuesta, el xenófobo Partido de la Independencia del Reino Unido (UKIP, por sus siglas en inglés). Hasta épocas no muy remotas, el Labour era «el hogar natural» de los judíos británicos, el camino hacia la asimilación y un paraguas protector para todas las minorías. ¿Cómo se convirtió la principal formación de izquierda en el movimiento político más amenazante para los judíos?

La citada encuesta fue realizada luego de que en julio de 2018 aparecieran fotografías de Jeremy Corbyn, tomadas en 2014 en Túnez, entregando una ofrenda floral ante el memorial del comando palestino Septiembre Negro, que torturó y asesinó a 11 atletas israelíes durante los Juegos Olímpicos de Berlín en 1972.

Corbyn, quien ya en una reunión parlamentaria en 2009 se había referido a los movimientos islamistas Hamás y Hezbolá como «amigos» (aunque figurasen en la lista oficial de grupos terroristas de la Unión Europea y Estados Unidos), enfrentó en esos días del verano boreal de 2018 un cuestionamiento interno y externo por negarse a adoptar la definición de antisemitismo de la Alianza Internacional para la Memoria del Holocausto

(IHRA, por sus siglas en inglés) en el nuevo código de conducta del Partido Laborista.

Los once puntos del código, ya suscritos por 31 países y utilizados a nivel local en Gran Bretaña, habían sido promovidos por el máximo organismo de la Unión Europea en la lucha contra el racismo. Sin embargo, la cúpula laborista, empezando por Corbyn, se negaba a suscribirlo por disentir en al menos cuatro aspectos de la guía para identificar el antisemitismo: acusar a los judíos de ser más leales a Israel que a su propio país; afirmar que la existencia de Israel es un emprendimiento racista; exigir un estándar de comportamiento más alto para Israel que para otras naciones; comparar las políticas actuales de Israel con las de los nazis.

Tras horas de ásperas discusiones, según testigos presenciales, el Comité Nacional Ejecutivo (NEC, por sus siglas en inglés) del Labour adoptó a regañadientes el código en su totalidad. La extensión de los debates se debió a que Corbyn pretendió hasta último momento incluir un anexo al texto que justamente anulaba los puntos que desde un principio se había negado a adoptar (al final, el líder laborista obtuvo una pequeña declaración adicional indicando que la adopción del texto del IHRA «de ninguna manera socavaba la libertad de expresión para criticar a Israel o los derechos de los palestinos»).

«Dos pasos adelante y uno atrás. ¿Por qué diluir la adopción bienvenida de la definición completa del #Antisemitismo del #IHRA con una aclaración innecesaria?», se preguntó la parlamentaria laborista Margaret Hodge en Twitter. La legisladora enfrentó luego a Corbyn en la Cámara de los Comunes y le dijo que era «un racista y un antisemita de mierda». «Demostraste que no querés a gente como yo en el partido», agregó Hodge, que es judía.

La negativa de Corbyn a aceptar el código contra el antisemitismo había llevado en los días previos a una iniciativa sin precedentes: los tres principales periódicos judíos del Reino Unido, *The Jewish Chronicle*, el *Jewish News* y el *Jewish Telegraph*, habían dejado de lado sus diferencias editoriales y salido a la calle con una misma portada en la que afirmaban que el Partido Laborista encabezado por Jeremy Corbyn en el poder sería una «amenaza existencial» para la comunidad judía del Reino Unidos, unas 270.000 personas.

Al mismo tiempo, salían a flote declaraciones que Jeremy Corbyn había efectuado en 2013 en el Centro del Retorno Palestino en Londres. Refiriéndose a un grupo de «sionistas» británicos, había sostenido: «Claramente tienen dos problemas. Uno es que no quieren estudiar historia y, en segundo lugar, habiendo vivido en este país durante mucho tiempo,

probablemente durante toda su vida, tampoco entienden la ironía inglesa». En otras palabras, para Corbyn los judíos ingleses no eran «ingleses». No era la primera vez que el líder laborista incurría en el terreno del antisemitismo clásico. En 2012, había dado su apoyo a un colorido mural del West End de Londres del artista estadounidense Mear One. En la obra, podía apreciarse a unos banqueros judíos narigones jugando al Monopoly en una mesa sostenida por las espaldas desnudas y sacrificadas de cuerpos morenos, una escena de opresión bajo la mirada del Ojo de la Providencia, agregándole el toque de conspiración masónica global. En otras palabras, *Los protocolos de los sabios de Sion* versión Street Art.

El caso de Corbyn no es aislado en el laborismo británico. La parlamentaria Naz Shah fue suspendida en 2016 tras sugerir que había que enviar a los israelíes a Estados Unidos y «problema solucionado». Por suerte para ella, en 2018 Corbyn la rehabilitó, promoviéndola ministra de la Mujer e Igualdad en el gabinete en las sombras. El exalcalde laborista de Londres, Ken Livingstone, ya se había lucido diciendo que Hitler era sionista, antes de ser suspendido. Entretanto, la radio nacional LBC daba detalles sobre un expediente interno del NEC donde figuraban 45 denuncias por antisemitismo por parte de miembros de partido. Entre los mensajes de los laboristas en las redes sociales, se podía leer, por ejemplo: «Debemos deshacernos de los judíos, que son un cáncer para todos nosotros».[37] El expediente llegó a manos de Scotland Yard, que el 2 de noviembre de 2018 abrió una investigación penal en el seno del Partido Laborista.

Para los judíos de Inglaterra, el Labour había sido históricamente el partido natural a la hora de buscar una familia política. Este mismo sentimiento había sido compartido por décadas por los judíos de Europa y América Latina con respecto a las formaciones de izquierda de sus países, así como el Partido Demócrata para los judíos de Estados Unidos. Ahora, estas mismas formaciones eran percibidas como el principal vehículo a la hora de propagar el odio hacia los judíos. El viejo antisemitismo de origen cristiano o supremacista blanco había dado paso a uno nuevo que, en nombre del antiimperialismo, daba una nueva vida a los clichés antisemitas más rancios.

Por supuesto, el nuevo antisemitismo no se reconoce como tal, prefiere ser llamado antisionismo. Sin embargo, los hechos —y sus efectos— son difíciles de disimular. Cada recrudecimiento de la violencia entre Israel y Hamás, narrado por un sistema mediático que hace tiempo ha elegido su campo, se traduce en ataques violentos a judíos en las calles de Europa. Poco importa lo que estos franceses, británicos, alemanes, holandeses o escandinavos judíos

piensen de la política de Israel; son ellos quienes padecen en carne propia la ola antisemita más fuerte registrada desde el fin de la Segunda Guerra Mundial.

En Francia, los franceses judíos representan menos del 1% de la población. Sin embargo, el 40% de los actos de odio se dirige a ellos, según cifras oficiales del Ministerio del Interior.**[38]** El fenómeno es duradero y va en aumento: en los primeros nueve meses de 2018, los ataques antisemitas crecieron un 69% con respecto al año anterior. Cifras «implacables», en palabras del ministro del Interior Édouard Philippe,**[39]** quien eligió hacer públicas las estadísticas el 9 de noviembre, coincidiendo con el 80° aniversario del pogromo nazi de la Noche de los Cristales Rotos.

Esta violencia antisemita se disparó con la Segunda Intifada a partir del año 2000. El insulto *sale juif* [sucio judío] volvió a aparecer en los patios de los colegios franceses; los cementerios judíos volvieron a ser profanados; las sinagogas, incendiadas; llevar kipá en las calles de París o de Lyon se convirtió nuevamente en motivo de palizas o puñaladas, como en los años treinta. La enseñanza de la Shoá es un ejercicio que encuentra cada vez mayor hostilidad en las escuelas. Acosados, los estudiantes judíos dejan los colegios de la república y se repliegan en las instituciones educativas confesionales. El paso siguiente es abandonar el país y emigrar a Israel. En 2015, el año del atentado contra el supermercado judío Hyper Casher, se registró un pico de 7.231 partidas de judíos de Francia hacia Israel.

Mientras los ataques físicos contra judíos eran perpetrados por cabezas rapadas y las declaraciones negacionistas del Holocausto eran proferidas por el partido ultraderechista Frente Nacional, las víctimas podían contar con la inmediata solidaridad de los grupos antirracistas y partidos de izquierda. El descubrimiento del exterminio industrial de los judíos de Europa parecía haber creado anticuerpos contra el antisemitismo en las sociedades del Viejo Continente. Sin embargo, los judíos descubrían ahora que estas defensas no habían sido más que un paréntesis. Cuando los ataques y asesinatos contra judíos regresaron, esta vez perpetrados por personas originarias de África u Oriente Medio, como la masacre de niños en la escuela Ozar Hatorah de Toulouse, el secuestro y asesinato de Ilan Halimi —elegido «porque los judíos tienen dinero»—, el atentado en el Museo Judío de Bélgica, el supermercado Hyper Casher de París, la condena y la caracterización de los hechos como «antisemitas» se hacían esperar o se relativizaban en medio de justificaciones. Patologizar al verdugo calificándolo de «loco aislado» o presentarlo, a su vez, como una víctima del sistema sin poder de decisión

sobre sus actos se convirtieron en mecanismos automáticos ante cada nuevo ataque. La principal preocupación de la prensa progresista y sus intelectuales era… no estigmatizar a los atacantes.

Ante cada hecho policial con tintes antisemitas, la identidad del asesino impedía hablar de ataque racista. Esta nueva denegación se repitió en abril de 2017, con el caso de Sarah Halimi, una parisina judía ortodoxa de 65 años asesinada al grito de *seitán* («diablo», en árabe) por un vecino musulmán, y un año después, con la muerte de Mireille Knoll, una judía de 85 años superviviente de la Ocupación, asesinada de once puñaladas por su vecino Yacine Mihoub. Según su cómplice, Yacine reprochaba a los judíos tener dinero y cometió el asesinato de la mujer al grito de «Alá es grande».

La exigencia por el reconocimiento de este nuevo antisemitismo dio lugar a un manifiesto firmado por 250 personalidades francesas (entre ellas, expresidentes, intelectuales y artistas de renombre) denunciando «una depuración étnica casi silenciosa».

«En nuestra historia reciente, once judíos han sido asesinados — y algunos torturados— porque eran judíos, por islamistas radicales», apuntaba el texto. La carta, además, alertaba:

> Sin embargo, la denuncia de la «islamofobia» —que no es el racismo antiárabe, que debe ser combatido— disimula las cifras del Ministerio del Interior: los franceses judíos tienen un riesgo 25 veces superior a ser agredidos por sus conciudadanos musulmanes. El 10% de los ciudadanos judíos de Ile-de-France [la región parisina], es decir, 50.000 personas , se han visto obligados a mudarse porque ya no se encontraban seguros en algunos barrios periféricos y porque sus niños ya no podían asistir a la escuela de la República. Se trata de una depuración étnica que hace poco ruido en el país de Emile Zola y de Clémenceau.
>
> ¿Por qué este silencio? Porque la radicalización islamista —y el antisemitismo que vehiculiza— es considerada por parte de las élites como la expresión de una revuelta social, aunque al mismo tiempo el fenómeno pueda observarse en sociedades tan distintas como las de Dinamarca, Afganistán, Mali o Alemania… Porque al viejo antisemitismo de extrema derecha se añade el antisemitismo de una parte de la izquierda radical que ha encontrado en el antisionismo la coartada para transformar a los verdugos de los judíos en víctimas de la

> sociedad. Porque la bajeza electoral calcula que el voto «musulmán» es diez veces superior al voto «judío».

Esto advertía el llamado de atención publicado en los diarios *Le Parisien* y *Le Journal du Dimanche* el 21 de abril de 2018.

El comunicado, acompañado por firmas tan consensuales como las de Charles Aznavour o Françoise Hardy, fue rechazado tanto por representantes musulmanes como de la prensa progresista. El gran rector de la Mezquita de París, Dalil Boubakeur, acusó al manifiesto de ser «un proceso injusto y delirante de antisemitismo hecho a franceses musulmanes y al islam de Francia a través de esta tribuna que presenta el riesgo de enfrentar a dos comunidades religiosas entre sí». El presidente del Observatorio Nacional contra la Islamofobia, Abdallah Zekri, denunció un debate «nauseabundo» contra «el islam y los musulmanes». Desde *Slate*, la versión francesa del portal de izquierda norteamericano, el periodista Claude Askolovitch acusó al manifiesto de ser «horrible por lo que alimenta: la acusación a los musulmanes de este país…». En ningún caso se negaba la realidad de los hechos, sino que se conminaba a callar a quienes eran los responsables. El antisemita y las ideas que lo alimentan sólo pueden ser nombrados si se trata de un supremacista blanco (en ese caso, la caracterización es instantánea y la vinculación con su familia ideológica, inmediata, como ocurrió con el atentado en la sinagoga de Pittsburgh, el 27 de octubre de 2018).

Lo que es indiscutible es que, setenta años después de la derrota del nazismo, vuelve a ser peligroso ser judío en Europa. Al temor de un ataque contra su familia o uno mismo, se agrega el dolor de la traición progresista, de ver a parte de su campo ideológico histórico, la izquierda, colaborar con la persecución, cerrando voluntariamente los ojos, cuando no acusando de racismo a las víctimas por identificar a sus atacantes y el móvil invocado por los verdugos para atacarlos. En esta atmósfera perniciosa, para muchos se ha vuelto una buena opción buscar refugio en el país más detestado por el progresismo, Israel.

La rehabilitación del antisemitismo

¿En qué momento el progresismo decidió que la existencia de un Estado del tamaño de la provincia de Tucumán edificado en gran parte por los supervivientes del Holocausto era la principal amenaza mundial? ¿En qué

momento estimó que, de todos los pueblos, el judío era el único en la Tierra que no tenía derecho a una soberanía y autodeterminación? ¿En qué momento focalizó ese odio —porque se trata de una pasión— contra la única democracia de esa parte del mundo? No olvidemos que es una región donde la regla son las dictaduras nacionalistas o teocráticas, donde ser mujer es vivir condenada a un estatuto de menor de edad de por vida, donde las minorías sexuales son perseguidas y aniquiladas? ¿Cómo entender que los llamados al boicot en la academia y en los medios progresistas apunten contra el único país de Oriente que celebra en libertad la *gay pride,* que ha contribuido a la humanidad con doce premios Nobel desde 1966 y cuyas mayores instancias políticas, académicas y militares tienen representantes de toda la diversidad sexual, política y religiosa que, de ocurrir en Europa o en las Américas (y ni hablar en otro país de Oriente Medio), sería celebrada como un triunfo de la política de inclusión?

La primera respuesta será «por lo que Israel hace con los palestinos», a lo que le sigue asimilar el trato de los israelíes hacia los palestinos con el *apartheid* sudafricano o el genocidio nazi, acusación predilecta para insultar a los sobrevivientes de la Shoá y sus descendientes. Que existan diputados, generales, miembros de la Corte Suprema o jugadores árabes y musulmanes en la Selección Israelí no significaría nada. Que la población de palestinos se hubiese multiplicado por seis desde la creación del Estado de Israel hasta hoy, tampoco. La narrativa indica que los israelíes son los nuevos nazis más allá de las evidencias.

En estos días, Birmania puede llevar a cabo una limpieza étnica en toda regla de la minoría musulmana Rohinyá. China puede internar en campos de reeducación a un millón de miembros de la minoría musulmana uigur[40] o aplastar a los tibetanos. El Gobierno sirio puede matar a 500.000 compatriotas y haber convertido al campo de refugiados palestinos de Yarmouk en un «campo de la muerte», según la agencia de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) para los refugiados palestinos,[41] usar armas químicas y lanzar barriles de dinamita sobre la población civil. El enfrentamiento indirecto entre Arabia Saudita e Irán en Yemen puede provocar la peor hambruna de la actualidad. Rusia puede invadir Crimea. La dictadura de Corea del Norte puede desarrollar un programa nuclear capaz de golpear una capital occidental en función del capricho del gran líder. Irán puede amenazar con borrar a Israel del mapa mientras desarrolla un programa armamentístico atómico clandestino. Ningún llamado ciudadano significativo para boicotear a esos países o sus habitantes existe, ninguna manifestación multitudinaria en

las calles ni ante las embajadas, menos aún intentos por impedir que sus artistas canten o muestren sus películas ni que los científicos participen en programas de intercambio universitario. Y si hay un intento de protesta contra Teherán por dirigir los atentados sangrientos contra la Embajada de Israel y la mutual judía AMIA en Argentina, la izquierda se moviliza, pero para impedir por la fuerza una manifestación legal y pacífica frente a la Embajada de la República Islámica «en solidaridad»,[42] o complicidad, según se lo mire.

La convergencia del progresismo y el islam radical, el islamoprogresismo, ha provocado, en el caso del conflicto palestino, una distorsión y una ceguera selectiva. Una corriente cada vez más dominante en la izquierda no sólo ha convertido su obsesión por Israel en una demonización exclusiva y desproporcionada, sino que además ha elegido para ello aliarse con el racismo y el oscurantismo religioso que persiguen, de las formas más violentas, a las minorías étnicas, religiosas y sexuales. De este modo, la académica feminista y activista lesbiana Judith Butler pudo decir sin sonrojarse: «Es extremadamente importante entender que Hamás y Hezbolá como movimientos sociales son progresistas, son de izquierda, que forman parte de la izquierda global», como sostuvo antes de ser ovacionada por el público de la universidad de Berkeley, en 2006.

¿Qué tiene que decir esta entusiasta del movimiento BDS (Boicot, Desinversiones y Sanciones) de la vida de los cientos de homosexuales que huyeron de la franja de Gaza dominada por Hamás para encontrar refugio en Israel y escapar de la tortura?[43] Mahmoud Ishtiwi, comandante de Hamás, no lo sabrá nunca. Fue ejecutado por su organización a los 34 años por «desvío moral», eufemismo para homosexualidad.[44]

En cuanto al movimiento chiita libanés Hezbolá, basta escuchar a su líder. «Existen sociedades en el extranjero que han sido arruinadas por la homosexualidad y ahora la exportan al Líbano y al mundo árabe-musulmán […] Las relaciones homosexuales desafían la lógica, la naturaleza humana y la mente humana», explicó doctamente Hasán Nasralá, máximo dirigente de la agrupación, a una congregación de mujeres, a quienes aleccionaba sobre el error de oponerse a un matrimonio temprano. Rechazar esta concepción es «servir a Satán y los diablos», precisó. «Es servir al enemigo causando la ruina moral de nuestra sociedad», concluyó en una comparecencia difundida por el canal de televisión de Hezbolá, Al Manar, en marzo de 2017.[45] Así, resulta cada vez más difícil distinguir al progresismo de las ideologías más reaccionarias… La izquierda pro Palestina acusa a Israel de *Pinkwashing* por ser un verdadero oasis para los homosexuales, al tiempo que hace la vista

gorda con una ideología antisemita y homofóbica que arroja homosexuales desde las terrazas de los edificios.

Si la crítica al Gobierno israelí es absolutamente legítima, necesaria y ejercida tanto desde fuera como desde dentro —de hecho, las principales denuncias sobre violaciones de derechos humanos vienen de organizaciones israelíes como B'Tselem o Breaking the Silence, de periodistas ultracríticos como Gideon Levy—, es razonable preguntarse sobre el espacio y la preponderancia que toma el conflicto israelí-palestino en la cosmovisión de los sectores progresistas.

Para darse una idea del lugar que la cuestión israelí-palestina ocupa hoy en el imaginario de la izquierda, basta con volver un instante al caso del Reino Unido. Los representantes de los distritos laboristas británicos, nucleados en el Constituency Labour Party (CLP), votaron en 2018 sobre las prioridades del partido. El resultado de la consulta estableció la siguiente jerarquía por temas: Vivienda, 297.032 votos; Sistema Educativo, 233.883; Generación Windrush (decenas de miles de personas de origen caribeño amenazadas de expulsión del Reino Unido), 212.612; Palestina, 188.019; Brexit, 149.172; Sistema de Salud (NHS), 89.861; Protección Social, 89.861; Cambio Climático y Fracking, 72.890, y la lista sigue con financiación de gobiernos locales (68.473) y ayudas sociales para los más desprotegidos (64.569). En otras palabras, para la militancia de la izquierda británica, Palestina es una prioridad más relevante que el estado de su sistema sanitario, las condiciones de salida de la Unión Europea o el cambio climático, aunque estos aspectos tengan repercusiones graves, tangibles e inmediatas en la vida diaria de sus compatriotas.

Sionistas y marxistas

Aunque hoy el antisionismo aparezca como una pieza fundamental del discurso progresista, la izquierda no ha estado siempre reñida con el sionismo; de hecho, el proyecto nacional judío creció de la mano del marxismo.

Desde un principio, el sionismo encontró simpatizantes y detractores tanto en el movimiento obrero como entre los propios trabajadores judíos. A finales del siglo XIX y principios del XX, esta brecha se cristalizó en dos visiones enfrentadas. Por un lado, la de la Unión General de Trabajadores Judíos de

Lituania, Polonia y Rusia (más conocida con el término ídish Bund), que abogaba por una identidad individualizada del movimiento obrero judío, pero sin ser sionista. Por el otro, del movimiento Poalei Zion [Obreros de Sion], que apoyaba un ideal marxista y sionista.

El Poalei Zion defendía el establecimiento del proletariado judío en Israel en el marco de la lucha de clases. El movimiento generó distintos partidos políticos en el mundo: en Rusia, donde formó parte de la revolución bolchevique, y en Europa Occidental y las Américas, con representación en Canadá, Estados Unidos y Argentina. Uno de sus líderes más eminentes, el pensador ucraniano Don Ber Borojov, fue el artífice de las brigadas judías del Ejército Rojo.

Tras adherir a la Segunda Internacional, el Poalei Zion daría lugar al partido Mapai, de David Ben-Gurión, llamado a estrenar el cargo de primer ministro en Israel. La primera cámara de diputados de la joven república estaría formada por un 75% de miembros de esta formación. El Mapai se convertiría luego en el Partido Laborista israelí, que gobernó durante las tres primeras décadas de existencia de Israel.

Otro de los arquitectos del sionismo socialista en Israel fue el ruso Berl Katznelson. Este librero y periodista judío, que se instaló en la Palestina otomana en 1909 y empezó a trabajar como agricultor, fue uno de los principales ideólogos del proyecto nacional judío. Tras instalarse en Jafa, desarrolló el sistema de protección social y cooperativismo y el sindicalismo, echando las raíces del movimiento obrero en el país. No es casual que uno de los rasgos por los que Israel ha sido conocido durante décadas haya sido el trabajo en las comunidades colectivas rurales, los *kibutzim.*

Otro aporte al edificio sionista desde la izquierda fue el del filósofo socialista alemán Moses Hess, amigo de Karl Marx y Friedrich Engels. Con la obra *Autoemancipación,* del médico judío ruso León Pinsker, sentaron las bases de la visión política de Theodor Herzl para poner fin al exilio del pueblo judío, considerándolo como una nación y, en menor medida, como una religión, con la edificación de un Estado.

El proyecto impulsado por sionistas socialistas gozaba de simpatía entre los líderes e intelectuales del movimiento obrero europeo. Dos mil años de persecuciones romanas y cristianas, por no reconocer a Jesús como el Mesías; la Inquisición y la expulsión de España de 1492; la prohibición de vivir en distintos países de Europa, como Inglaterra; los recurrentes pogromos en Occidente, Europa del Este y Oriente, donde sobrevivían como ciudadanos de segunda bajo el estatuto de *dhimmis*; las difamaciones tradicionales de

cocinar con la sangre de niños cristianos, envenenar las fuentes de los pueblos y conspirar para adueñarse del mundo, como en *Los protocolos de los sabios de Sion,* hasta el caso decisivo del capitán Dreyfus en Francia, habían nutrido un debate tanto dentro como fuera del judaísmo sobre la protección de los hebreos.

Los argumentos a favor de una u otra opción eran sopesados a inicios del siglo XX a la luz de las utopías nacientes. Los esfuerzos sionistas, que tras décadas de reclamos habían obtenido la Declaración Balfour por parte del Reino Unido, vieron sus aspiraciones facilitadas tras el sismo provocado en las conciencias por el descubrimiento de Auschwitz, que terminó por inclinar la balanza. En el campo intelectual francés, el sionismo supo hallar un aliado duradero en el más célebre de los intelectuales de izquierda, Jean-Paul Sartre, que había meditado sobre las raíces de antisemitismo en *Reflexiones sobre la cuestión judía* (1946), así como en Michel Foucault, postura que les valió a estos pensadores distanciarse, respectivamente, de sus colegas Jean Genet y Gilles Deleuze.[46]

El fin de la Segunda Guerra Mundial puso al descubierto que, si los aliados habían ganado el conflicto bélico, los judíos habían perdido. Más de la mitad de la población judía había sido exterminada, al punto de que setenta años después del final de la guerra sigue siendo inferior a la que existía cuando Hitler hizo funcionar la maquinaria de la muerte.

La revelación del exterminio puso el acelerador en la tantas veces postergada creación del Estado de Israel para un pueblo que nunca había dejado de habitar del todo su tierra histórica ni renunciado a ella pese a dos mil años de persecución (recordada constantemente con la oración «El año que viene en Jerusalén») y culminó el 29 de noviembre de 1947 con la aprobación de la resolución 181 de la ONU de crear en Palestina dos Estados, uno judío y uno árabe. La votación mayoritaria en Naciones Unidas fue rechazada por los países árabes y cuestionada por los británicos (cuyo mandato expiraba en mayo de 1948). Pocos meses después, Israel proclamaba su independencia pese a los esfuerzos de Washington por demorar este momento.

De hecho, fue la Unión Soviética de Stalin, que quería ver la presencia británica debilitarse en la región, el primer país en reconocer jurídicamente a la República de Israel, el 17 de mayo de 1948, tres días después de su declaración de independencia. A este gesto aprobatorio, se le añadió el envío a Israel de armas que los soviéticos habían capturado a los alemanes, a través de Checoslovaquia. En contraste, al mismo tiempo, Washington prohibía con

un embargo el suministro de armas a la región y el FBI se dedicaba a desmantelar los planes de los sionistas para contrabandear armas desde Estados Unidos a Israel.

Stalin, quien inicialmente había pensado que Israel podía servirle de caballo de Troya en la región, cambió de estrategia con rapidez. Este giro se hizo patente primero con el Proceso de Praga. En 1950, el entonces presidente checo Klement Gottwald acusó a Rudolf Slánský, secretario general del Partido Comunista Checo, y a otros altos cargos del partido, de haber seguido de manera indebida la línea del mariscal Tito en Yugoslavia. La acusación contra los catorce procesados —once de los cuales eran judíos— fue el haber llevado a cabo una «conspiración trotskista-titoísta-sionista» al servicio del imperialismo estadounidense. A este simulacro jurídico le siguió en 1953 «El complot de los médicos».

Paranoico, un Stalin ya septuagenario temía ser desplazado o envenenado, entre otros por el temido Lavrenti Beria, el jefe máximo del Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos (la NKVD, por sus siglas en ruso). Fue entonces que ideó un plan para efectuar una purga del Ministerio de Seguridad en dos tiempos. La primera parte del procedimiento consistía en denunciar una supuesta conspiración de médicos, en su mayoría judíos, contra jerarcas soviéticos. La segunda etapa permitiría lograr su verdadero objetivo: invocar la ineptitud de los responsables de la seguridad del Estado para prevenir la inventada conspiración judía, lo que le daría un pretexto oficial para deshacerse de sus enemigos en la nomenklatura. Lo que nos importa aquí es la novedad en la frase pronunciada ese 1° de diciembre de 1952 por Stalin ante el Politburó para desatar la campaña antisemita contra los médicos: «Todo sionista es agente del espionaje estadounidense. Los nacionalistas judíos piensan que su nación fue salvada por los Estados Unidos, allá donde ellos pueden hacerse ricos y burgueses. Piensan los judíos que tienen una deuda con los estadounidenses. Entre los médicos, hay numerosos sionistas», enfatizó.

Ese día, el antisemitismo tradicional cambiaba de piel y adoptaba la forma del antisionismo en el discurso antiimperialista. A partir de ese momento, y mientras la URSS vivía una nueva e intensa ola de ataques contra los judíos del espacio soviético, a la tradicional acusación de «cosmopolitismo» se le agregaba la de fomentar el nacionalismo judío y el imperialismo estadounidense.

Un mes después, *Pravda*, el órgano de prensa del Partido Comunista, publicaba un artículo que afirmaba: «Bajo la máscara de médicos

universitarios, hay espías asesinos y criminales», al tiempo que alertaba sobre una «conspiración de burgueses sionistas» orquestada por el Congreso Judío Mundial y financiada por la CIA. En consecuencia, decenas de médicos prominentes y farmacéuticos judíos fueron detenidos. Ante la falta de confesiones de los capturados, Stalin ordenó a Beria «golpear, golpear y seguir golpeando a los prisioneros» hasta conseguir pruebas. La muerte de Stalin en marzo de 1953 puso fin a la mentira de la conspiración, y un mes después se decretaba una amnistía para los médicos encarcelados, en todo caso para los que, a diferencia del conocido doctor Yákov Etinger, no murieron en los interrogatorios.

«Perdón por haber ganado»

Al ver a Israel alejarse de su influencia, Stalin había optado por apoyar el incipiente nacionalismo árabe. Pero para el resto de la opinión pública, y sobre todo para la izquierda que no se alineaba automáticamente con Moscú, el giro sobre la percepción de Israel, los palestinos y las monarquías feudales vecinas ocurrió en junio de 1967, con la Guerra de los Seis Días.

A partir de información de inteligencia inexacta, los soviéticos habían notificado al presidente Egipcio Gamal Abdel Nasser que Israel se aprestaba a atacar Siria para ocupar los Altos del Golán. Nasser, que buscaba imponerse como líder del panarabismo y era criticado en esos días por su falta de solidaridad con Damasco, reaccionó pidiendo la retirada de la Fuerza de Emergencia de las Naciones Unidas (UNEF, por sus siglas en inglés), que funcionaba como barrera entre Egipto e Israel en el Sinaí, y agolpó sus tropas en la frontera. Al mismo tiempo, decretó un bloqueo naval para impedir a los barcos israelíes su ingreso en el Golfo Pérsico, creando un bloqueo del puerto israelí de Eilat. Una semana después, el 30 de mayo de 1967, el rey Hussein de Jordania llegaba a El Cairo para firmar un pacto de defensa entre Jordania y Egipto; Irak ya lo había rubricado.

«Los ejércitos de Egipto, Jordania, Siria y Líbano están en las fronteras de Israel […] para enfrentar el desafío, parados detrás de nosotros están los ejércitos de Irak, Argelia, Kuwait, Sudán y toda la nación árabe. Este acto asombrará al mundo. Hoy sabrán que los árabes están dispuestos para la batalla. Ha llegado la hora crítica. Ya hemos llegado a la etapa de la acción seria y no de más declaraciones», amenazó Nasser en su discurso el 30 de mayo. Hafez al Assad, entonces ministro de Defensa y padre de Bashar al

Asad, disipó cualquier duda sobre el objetivo final. «El Ejército sirio, con el dedo en el gatillo, está unido. Creo que ha llegado el momento de comenzar una batalla de aniquilación», anticipó.

Ante lo que se anunciaba como una ofensiva inminente y total por parte de una alianza de fuerzas superior, Israel decidió llevar a cabo el 5 de junio un ataque relámpago preventivo. En seis días, la incipiente república hebrea capturó la península del Sinaí, la franja de Gaza (hasta entonces, en manos de Egipto), los Altos del Golán (Siria), Jerusalén Este y Cisjordania (Jordania). La inapelable victoria militar israelí tuvo un impacto tanto territorial como psicológico. Para los árabes, se trató de una terrible humillación; para los israelíes, pasar de la angustia existencial de un nuevo Holocausto a la euforia de haber escapado a la muerte por sus propios medios.

Pero el resultado de la contienda, además, significó un cambio en la percepción de la situación en Oriente Medio tanto para la opinión pública internacional en general como para la izquierda en particular. Israel dejaba de ser vista como una nación frágil rodeada por un vecindario hostil dotado de ejércitos y superioridad demográfica. Ante los ojos del mundo, en menos de una semana, David se había transformado en Goliat.

Israel ofreció a los países árabes restituir los territorios conquistados a cambio de una paz duradera, pero estos la rechazaron. La ocupación militar de los territorios conquistados a los países árabes se traduciría a partir de los próximos días en la tutela de miles de palestinos o, mejor dicho, cambiaría la tutela, ya que nunca habían sido independientes. «Palestina» dejaba, asimismo, de ser una denominación geográfica y el gentilicio de judíos, cristianos y musulmanes semitas de esa parte del mundo, para consolidarse como la forma de una comunidad árabe palestina aparte, con una identidad singular que empezó a forjarse a principios del siglo XX, reforzándose como respuesta a la construcción sionista. La independencia de Palestina como nación, que hasta entonces era para los países árabes una cuestión marginal, se convertía entonces en una consigna central y denominador común cómodo del panarabismo, incapaz de ponerse de acuerdo en otros ámbitos. Las manifestaciones contra Israel gozan, en estas dictaduras, de una libertad de expresión que contrasta con la represión cuando la población local reclama en la calle por sus propios derechos.

En el contexto de auge de los movimientos tercermundistas, de descolonización y antiimperialismo, Israel aparecía ahora en el campo de los malos. El revés de la medalla de la victoria israelí fue condensado ese año por el periodista y humorista satírico de origen húngaro Ephraim Kishón,

sobreviviente de un campo de concentración, en el título de su libro: *Perdón por haber ganado,* firmando junto a Dosh (Kariel Gardosh).

La ruptura diplomática de la Unión Soviética con Israel ese mismo año y la cristalización en dos bloques en el marco de la Guerra Fría exacerbaron la polarización ideológica. Una de sus consecuencias fue la alianza de grupos terroristas palestinos y de la extrema izquierda europea y latinoamericana. El 9 de noviembre de 1969, aniversario de la Noche de los Cristales Rotos, el grupo Tupamaros West-Berlin (inspirados en la agrupación uruguaya) llevó a cabo un atentado fallido con una bomba en un centro de la comunidad judía de Berlín. El grupúsculo había recibido entrenamiento en campos de organizaciones palestinas en Jordania, como la Rote Armee Fraktion (RAF) [Fracción del Ejército Rojo], también conocida como la banda Baader-Meinhof. La alianza entre la extrema izquierda y la guerrilla palestina se plasmó en acciones coordinadas, como cuando la RAF se unió al Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP) para secuestrar en 1977 el vuelo 181 de Lufthansa que iba de Mallorca a Fráncfort. Durante ese episodio, el copiloto del avión, Jürgen Vietor, recuerda cómo los secuestradores lo sacaron de la cabina y el jefe del comando, al ver su reloj, confundió el logo de la marca Junghans con una estrella de David y quiso saber si el navegante era judío. «¿De qué religión es?», le preguntó el terrorista agitando el revólver. «Evangelista», balbuceó en inglés, pero sólo la insistencia del capitán («es protestante, no lo mate») le salvó la vida.[47]

El detalle puede resultar anecdótico si no tuviese un antecedente inmediato. Menos de un año antes, el 27 de junio de 1976, dos miembros alemanes del grupo radical de izquierda Células Revolucionarias, Wilfried Böse y Brigitte Kuhlmann, secuestraron, junto a dos cómplices de la célula Che Guevara de la sección de Haifa del FPLP, el vuelo 139 de Air France que, tras salir de Tel Aviv, había hecho escala en Atenas para seguir hasta París con 248 pasajeros y 12 tripulantes a bordo. En esa oportunidad, los captores crearon oficialmente dos categorías de rehenes: por un lado, los israelíes; por el otro, el resto de los pasajeros,[48] a quienes dejaron en libertad durante las negociaciones para obtener sus reivindicaciones. Sin embargo, en palabras de distintos protagonistas, la separación fue menos una cuestión de división por nacionalidades que por etnia, como apunta la exrehén franco-israelí Monique Epstein Khalepski,[49] quien explica que en su grupo también incluyeron judíos belgas y estadounidenses. En el mismo sentido, otra cautiva, Sara Davidson,[50] relata cómo dos parejas de judíos fácilmente reconocibles por ser ortodoxos fueron obligadas por los secuestradores a integrar el grupo

israelí. «Lloraban y gritaban que no eran israelíes, pero no les ayudó», rememora Davidson.

La lectura de los nombres de quienes debían integrar un grupo u otro, efectuada con un fuerte acento alemán por los guerrilleros de izquierda, fue vivida por supervivientes del Holocausto presentes como una terrible reminiscencia de la «selección» nazi en los campos de la muerte. Los pasajeros tampoco olvidan la brutalidad y los comentarios antisemitas de Brigitte Kuhlmann. El desenlace ocurrió el 4 de julio, cuando una operación israelí rescató a los rehenes y mató a los secuestradores en el aeropuerto de Entebbe, en Uganda. Durante el asalto, fue abatido el comandante del equipo, Yonatan Netanyahu, hermano mayor de quien sería más tarde el primer ministro de Israel. Entre los rehenes, la judía británica Dora Bloch, de 75 años, sería asesinada en un hospital donde convalecía por orden del presidente ugandés Idi Amín.

«Sólo puedo hablar por mí, pero Entebbe fue una fractura. A partir de ese momento, vi claramente que toda la retórica antisionista de extrema izquierda era en realidad una manifestación de antisemitismo», comentaría el viejo militante izquierdista y ex ministro de Relaciones Exteriores de Alemania Joschka Fischer.**[51]**

Lo cierto es que mientras en el mundo árabe el conflicto israelí-palestino empezó a operar como un elemento capaz de federar a las guerrillas árabes y latinoamericanas (Montoneros también había endosado la retórica antisionista y sus miembros recibían entrenamiento en El Líbano), en la psiquis de la izquierda occidental se produjo una nueva construcción.

El nazismo y el resto de los movimientos de ultraderecha europea habían llevado a cabo su empresa criminal apoyándose en una mitología que hacía del hombre ario la figura central de la identidad nacional, cuya pureza era corrompida por ese otro por excelencia, el judío. La toma de conciencia y la culpabilidad, el «nunca más» tras el descubrimiento de las cámaras de gas, produjeron una inversión de este esquema: el otro, el periférico y distinto, pasó a ser el centro de lo que debía ser protegido del demonio de las veleidades de una supuesta pureza patriótica. Así, se podía tener empatía con el judío mientras llevara el traje a rayas y la estrella amarilla cosida, pero si este quería escapar de la condición de víctima eterna, de la condena milenaria a ser por siempre «el otro» y embarcarse en un proyecto nacional normalizador, habría que combatirlo, sobre todo para defender la nueva imagen arquetípica de la alteridad llamada a substituirlo: el palestino. Con este nuevo paradigma, el militante de izquierda integraría en su vestuario,

junto a la camiseta del Che, la bandera palestina y la kufiya (pañuelo tradicional de Oriente).

La fábrica del relato

Para que el conflicto entre palestinos e israelíes prosperara como un gran relato simplista del bien contra el mal, en lugar de una puja tejida por historias e intereses contradictorios y complejos, el progresismo contó con un aliado fundamental: la prensa.

No menos de 480 periodistas oficialmente acreditados cubren para medios extranjeros lo que ocurre en Israel, Cisjordania y Gaza, según cifras de la Asociación de la Prensa Extranjera en Israel.[52] Si se les añaden quienes no están registrados, la cifra es muy superior. La actualidad de la zona se consume al ritmo de capítulos de una serie donde los roles del bueno y del malo están perfectamente repartidos y los protagonistas que aparecen en cámara son los mismos. Del lado israelí: el militar y el colono, fanatizado y armado; del palestino, niños que lanzan piedras, mujeres y ancianos que sufren. El israelí promedio que aspira a vivir en paz con sus vecinos y el combatiente palestino que lanza cohetes sobre la población civil israelí son los grandes ausentes a la hora de contar la historia. El otro protagonista que no se nombra es uno de los actores principales del conflicto, el propio periodista.

Como explica a sus lectores *Le Monde Diplomatique,* referencia de la izquierda tercermundista, en un artículo firmado por la periodista Hélène Servel en marzo de 2018, «trabajar en Israel o Palestina sigue siendo un puesto codiciado por periodistas que llegan para hacerse un nombre, lejos del anonimato al que pueden confrontarse en Francia. Esta ‘zona de conflicto’ confiere un aura particular. Si tantos periodistas continúan instalándose, es también porque les permite trepar los escalones de su jerarquía una vez que regresan a sus países».[53]

Esa aura es la de quien se embarca en una misión. Es un aura que se percibe en el microcosmos periodístico de Jerusalén. Movidos por una misma sed justiciera, evolucionan en un ecosistema donde comparten vida social, contactos, y sobre todo sintonizan una visión unificada y unívoca de ese relato escrito de antemano, que desemboca en las agencias de noticias y medios del planeta. Los mecanismos de este circuito endogámico y sus dispositivos narrativos están descritos en «What the Media Gets Wrong About Israel», un

ensayo publicado en 2014 en *The Atlantic* por el exrreportero y exeditor de la oficina de la agencia Associated Press (AP) en Jerusalén Matti Friedman.

> En estos círculos, en mi experiencia, el disgusto por Israel se ha convertido en algo entre un prejuicio aceptable y un prerrequisito para entrar. No me refiero a una actitud crítica hacia las políticas de Israel o el gobierno torpe actualmente a cargo del país, sino a la creencia de algún modo de que los judíos de Israel son el símbolo de los males del mundo, particularmente aquellos vinculados al nacionalismo, militarismo, colonialismo y el racismo, una idea que se ha rápidamente convertido en uno de los elementos centrales del *zeitgeist* «progresista» de Occidente, difundiéndose de la izquierda europea a los campus universitarios estadounidenses e intelectuales, incluyendo a los periodistas. En este grupo social, este sentimiento se ha trasladado a las decisiones editoriales tomadas individualmente por reporteros y editores que cubren Israel, lo que, a su vez, da que pensar sobre los medios de autorreplicación.

Cualquier elemento de la realidad que desmienta la narrativa central es dejado de lado. Así, por ejemplo, cuando en el documental de la BBC *Children of the Gaza War*, difundido en 2015, los niños palestinos afirman: «Los judíos nos masacran», el principal canal británico cree oportuno corregir en los subtítulos las palabras de los entrevistados por «Israel nos masacra», una decisión deliberada y asumida por la jefa de los corresponsales de la BBC, Lyse Doucet. Que la carta fundacional de Hamás llame literalmente a matar «al judío», se apoye explícitamente en *Los protocolos de los sabios de Sion* y designe a los hebreos como «cerdos y monos», es cierto, no se ajusta del todo al relato antirracista progresista. Por ello, de manera paternalista, el periodista occidental corrige «lo que en realidad quiere decir» el palestino. O bien juega con las ambigüedades semánticas. Cuando el periodista habla de ocupación, dice referirse a la que siguió a la guerra de 1967; cuando lo hace Hamás, es en realidad a la mera existencia de Israel. Esta ambigüedad nunca es puesta de relieve.

El sesgo del microclima ideológico, el consenso tácito sobre una cobertura militante se ven además reforzados por las fronteras difusas entre el trabajo de

los periodistas *in situ* y sus lazos con las organizaciones no gubernamentales y oficinas de la ONU, que muchas veces son sus ex o futuros empleadores.

Friedman describe, por ejemplo, el ir y venir de reporteros que pasan de trabajar en la BBC a Oxfam y viceversa, o cómo el vocero de la Agencia para los Refugiados Palestinos de la ONU ocupó este nuevo puesto tras dejar la BBC.

Esta promiscuidad y esta confusión de funciones, alimentadas por un objetivo político, están permanentemente reñidas con el rigor informativo. Tiñen la selección de quién habla, de qué tema, de con qué palabras se deja hablar al interlocutor. La noticia no empieza a ser contada cuando los misiles caen en un jardín de infantes israelí, sino cuando el Ejército israelí replica atacando bases de Hamás en Gaza. Actor principal del conflicto, los medios pretenden al mismo tiempo pasar desapercibidos, literalmente no aparecer en la foto cuando la saturación de reporteros en el terreno modifica la realidad y contribuye a la puesta en escena del mismo guion escrito y mil veces repetido con eficacia por Hamás: provocar con pedradas o lanzar cohetes a Israel mezclándose entre civiles, esperar la respuesta armada del Ejército y exponer ante la prensa las imágenes de las víctimas civiles palestinas a manos de la barbarie israelí. El resultado de esta coproducción entre Hamás y la narrativa progresista se traduce luego en la violencia antisemita descrita en el inicio de este capítulo.

En el plano político interior israelí, el mortífero antisemitismo en las calles de Occidente y la permanente retórica de odio contra el Estado hebreo refuerzan las posiciones de la derecha local, que se ofrece como la única capaz de garantizar la vida de los judíos. ¿A quién si no le hace el juego la vida imposible de la diáspora y el boicot a los artistas e intelectuales israelíes que son un puente para el diálogo?

7
La izquierda identitaria al asalto del universalismo

El 12 de julio de 1998, Francia ganó su primera Copa Mundial de Fútbol tras imponerse por 3-0 ante Brasil. El acontecimiento deportivo se convirtió de inmediato en un hecho social y político. «La historia recordará una imagen: una marea humana en los Campos Elíseos con, de fondo, el Arco del Triunfo iluminado por la proyección de un retrato de Zinédine Zidane. El hijo de inmigrantes argelinos se convertiría en una encarnación de una Francia unida, feliz, optimista. 'Zizou presidente', se llegaría a leer incluso sobre el monumento napoleónico», resumía la revista semanal del vespertino *Le Monde* coincidiendo con el vigésimo aniversario de la victoria.

Y así era. Después de un mes de ironizar con desdén sobre el Mundial, menospreciando el torneo como un evento marketinero embrutecedor impregnado de un tufillo nacionalista y machista, la prensa progresista descubría en el triunfo de *Les Bleus* la oportunidad de tejer, en una noche, una nueva narrativa nacional.

Rápidamente, el equipo formado por jugadores negros, blancos y árabes encarnó en los editoriales de diarios y revistas, en los comerciales y discursos políticos, el símbolo de una nueva república con una nueva divisa: «Black, Blanc, Beur». *Black* dicho en inglés, porque en la Francia de los años noventa era una manera socialmente *cool* el decir negro como en Estados Unidos sin pasar por racista; *blanc*, blanco, se dejaba tal cual, y *beur* remitía al argot para expresar «joven árabe», dándole al término una credibilidad callejera; al menos eso creían los comunicadores que ignoraban que la expresión ya había caído en desuso.

Si la Sudáfrica postapartheid se presentaba como la Nación Arco Iris, Francia sería entonces el país «Black, Blanc, Beur», un *rebranding* que llevaba la promesa de la integración de ciudadanos de distinta raigambre y

colores de piel, anteponiendo su voluntad de participar en un proyecto colectivo capaz de trascender cualquier identidad racial.

Era la exacta contracara de otra alianza «Black, Blanc, Beur», la de la película *La Haine (El Odio)*, dirigida tres años antes por Mathieu Kassovitz, donde tres jóvenes de diversos orígenes de los suburbios pobres ponían en escena la Francia en descomposición de *la banlieue*, inspirada en los desmanes de las periferias de las grandes urbes en 1992.

El 3-0 ante Brasil permitía un juego de espejos halagüeño y optimista. Francia también podía ser un país feliz y exitoso a través del mestizaje (palabra talismán de aquella época).

Esta versión unánime de la nueva Francia sólo fue cuestionada entonces por la vieja retórica racista del Frente Nacional (FN) y su líder, Jean Marie Le Pen. «Nos pusieron un argelino para quedar bien con los árabes, un canaco[54] que ni siquiera sabe cantar la Marsellesa y negros para quedar bien con los antillanos: esto no tiene nada que ver con un equipo de Francia», diría el entonces líder del partido ultraderechista hablando ante una federación del FN.

La Francia «Black, Blanc, Beur» se convirtió en un latiguillo político y mediático que debía desmentir las fracturas sociales, tapar las cada vez más insistentes reivindicaciones comunitaristas y los contenciosos históricos de Francia con los descendientes de sus excolonias que habitaban el país.

Sin embargo, el *storytelling* pronto comenzó a resquebrajarse. La primera desmentida espectacular de esta visión ocurrió el 6 de octubre de 2001 durante el partido «amistoso» entre Francia y Argelia en el Stade de France, ubicado en el extrarradio parisino. Sentados frente al canal de televisión de mayor audiencia del país, 10.670.000 espectadores observaron cómo el himno francés era silbado por otros franceses, de origen argelino, a tal punto que el presidente Jacques Chirac decidió retirarse del estadio. La situación no mejoró con la goleada francesa 4-1 en un partido que debió de ser suspendido en el minuto 76, cuando la cancha fue invadida por hinchas con banderas argelinas.

«El símbolo del vivir juntos encarnado por la selección francesa se vio dañado después del partido Francia-Argelia que derrapó en 2001, los atentados del 11 de septiembre, el ballotage de la elección presidencial entre Chirac y Le Pen, los desmanes de los suburbios en 2005», sintetizaría Dominique Sopo, presidente de la organización antirracista SOS Racisme.

La invitación a ver en el equipo francés un modelo multicultural a escala país sobrevivió a estos acontecimientos, pero para ser usada como argumento en contra del mito integrador «Black, Blanc, Beur». Este contrarrelato

encontró su paroxismo en «el caso Knysna», nombre de la pequeña ciudad sudafricana y base de *Les Bleus* durante el Mundial de Sudáfrica 2010. Lejos de la imagen de héroes populares de 1998, los integrantes de la selección francesa arrastraban ya la mala reputación de millonarios arrogantes, putañeros —el «regalo de cumpleaños» de Franck Ribéry, «Zahia», una prostituta menor de edad, era la comidilla de Internet— y proclives a actitudes pendencieras (el cabezazo de Zidane contra Marco Materazzi de 2006 aún estaba fresco), asociadas en el imaginario francés a reprensibles conductas típicas de los barrios marginales. El equipo se había vuelto además un lugar de fricciones y *bullying* entre jugadores de suburbios y blancos de provincia. Enfrascados en el fracaso deportivo, el conjunto funcionaba ahora como un espejo de las disfunciones y fracturas nacionales.

El hecho que cristalizó este malestar fue la insurrección y huelga contra el entrenador Raymond Domenech, y alcanzó el clímax en una imagen reflejada en la inusual portada del diario de mayor circulación de entonces, *L'Equipe*, que tituló con una cita atribuida al delantero de origen martiniqués Nicolas Anelka desafiando a su entrenador: «Que te den por el culo, sucio hijo de puta».

Veinte años después de la victoria de 1998, la selección francesa volvió a ganar el Mundial. Nuevamente, el hecho excedió lo estrictamente deportivo y nuevamente la focalización del comentario mediático fue la lectura política y social del equipo a través del origen de sus jugadores. Pero algo había cambiado. A diferencia de lo ocurrido dos décadas atrás, en 2018 no eran los Jean-Marie Le Pen quienes se afanaban en resaltar la genealogía de los deportistas para diferenciarlos de los blancos «de pura cepa» y remitirlos a su africanidad, sino la izquierda, sobre todo en el extranjero (los periodistas franceses habían aprendido a mostrarse cautos después de 1998).

«¡Ganó el equipo de Francia, aunque parecía el de África!», ironizó el presidente venezolano Nicolás Maduro en un discurso televisado que se quería antirracista. Desde Estados Unidos, el presentador del *Daily Show*, Trevor Noah, decía lo mismo. «¡África ganó el Mundial 2018!», se felicitaba el animador, mestizo de origen sudafricano, en uno de los programas progresistas más influyentes de la televisión norteamericana.

La «extranjerización» de los jugadores franceses, la separación y el conteo por etnias, que hasta entonces había sido uno de los deportes favoritos de la extrema derecha, era practicada ahora desde la otra punta del espectro político.

Fueron los propios jugadores negros de la selección francesa quienes salieron a contrarrestar esta lectura, y de manera visceral y espontánea. A la plataforma digital deportiva *Sporf,* que para subrayar la diversidad del equipo francés creyó oportuno tuitear una lista de los jugadores adosándoles una banderita del país de origen, el defensor *bleu* Benjamin Mendy retrucó retomando el tuit reemplazando las banderitas por un único pabellón francés para todos y agregó *fixed* [reparado].

Interrogado a su vez por la controversia, el atacante Paul Pogba respondió: «Nos sentimos todos franceses, estamos felices de llevar esta camiseta. Estoy muy feliz de haber crecido en Francia, de tener la cultura francesa».

¿Qué había cambiado en el discurso progresista sobre una victoria mundialista entre 1998 y 2018? ¿Por qué el sueño integrador y asimilador, capaz de subsumir las diferencias étnicas, exigía, veinte años después, encasillar y remitir a los jugadores —que en su inmensa mayoría habían nacido y crecido en Francia— a su árbol genealógico, como hacía desde siempre la extrema derecha? Porque una versión de la izquierda había sido avasallada por otra: el proyecto universalista como instrumento de emancipación había sido reemplazado por el esencialismo cultural de las *identity politics.*

Vigilar y castigar

Hasta la década de 1970, la izquierda se enfocaba en la crítica de la economía capitalista para luchar contra la desigualdad y la pobreza. Su sujeto era la clase trabajadora. Para defender su causa, se involucraba en partidos y sindicatos, pesando en las decisiones político-económicas gubernamentales. En los sectores marxistas más radicales, buscaba crear las condiciones para la revolución en el marco de la lucha de clases. El protagonista del cambio era el obrero o el campesino, y el teatro de esta puja, el ámbito laboral: fábricas, talleres, granjas, desde donde también surgían los militantes y sus dirigentes. Pero hoy la situación es muy distinta.

«Ese mundo ya no existe. Hoy los activistas y líderes se forman casi exclusivamente en las secundarias y universidades, son miembros de profesiones principalmente liberales en derecho, periodismo y educación. La educación política liberal ahora tiene lugar, si es que tiene lugar, en los campus. Están ampliamente desconectados social y geográficamente del resto

del país —y en particular del tipo de personas que alguna vez fueron los fundamentos del Partido Demócrata—», apunta el politólogo estadounidense Mark Lilla en su ensayo *The Once and Future Liberal: After Identity Politics* (2017), refiriéndose al caso de Estados Unidos.

Este cambio no operó sólo en ese país, sino que se registró también en Europa y América Latina. El colapso de la Unión Soviética —la desilusión por el fracaso del modelo económico alternativo y la evidencia de la atroz máquina totalitaria para sostenerlo— llevó a una parte significativa de la izquierda a cambiar de sujeto y de grilla de lectura. En el nuevo esquema, la clase trabajadora fue progresivamente substituida por las minorías.

En Estados Unidos, la lucha por los derechos civiles en los años sesenta había puesto en evidencia los reclamos de distintos colectivos postergados que pedían ser visibilizados de manera individualizada: las mujeres, con la llamada Segunda Ola del Feminismo, que ponía énfasis en los derechos sexuales y laborales; los afroamericanos, exigiendo el fin de la segregación institucional de las leyes Jim Crow; el movimiento de liberación homosexual contra la discriminación; el reconocimiento de la expoliación de los nativos americanos.

Las exigencias de estos grupos, a los que se irían sumando otros sectores, como los discapacitados o más recientemente los transgénero, subrayaban la importancia de su vivencia personal. Pedían una respuesta específica como víctimas de un sistema de dominación encabezado por el hombre blanco heterosexual.

En algunos casos, como en el de Martin Luther King, se trataba de conquistar derechos para la comunidad negra, poner fin al trato discriminatorio y alcanzar así la igualdad. Sin embargo, esta versión universalista era cuestionada por sectores militantes diferencialistas, como el Black Panthers Party, de inspiración maoísta, y en versiones más radicales, la secta Nation of Islam, que ha preferido abogar hasta hoy por la segregación racial territorial, enfocando su discurso contra blancos y judíos.

La teorización de estas *identity politics* puede rastrearse en Estados Unidos hasta el Combahee River Collective [Colectivo del río Combahee], una organización feminista negra lésbica (1974-1980) que hacía hincapié en las vivencias de sus miembros y en la necesidad de una nueva metodología para enfrentar una opresión cuatro veces imbricada en los conceptos de sexo, raza, clase y la heterosexualidad como régimen de control político y social (heteronormatividad).

En los campus universitarios, esta segmentación en grupos específicos por etnia, religión, sexualidad se vio potenciada por el auge de los «estudios de género» que abrevaban en la «deconstrucción» y el posestructuralismo llegados desde Francia, a través de autores como Michel Foucault, Jacques Lacan, Roland Barthes, Jacques Derrida o Gilles Deleuze, entre otros (paradójicamente, esta corriente bautizada French Theory en Estados Unidos, antes de ser de nuevo exportada a otras universidades del mundo, era eclipsada en París frente al movimiento de «los nuevos filósofos», en gran parte exmaoístas que rompían con la hegemonía del marxismo-leninismo en el medio intelectual francés a la luz de los crímenes de estalinismo, expuestos en testimonios de la experiencia concentracionaria soviética, como *Archipiélago Gulag*, de Aleksandr Solzhenitsyn, publicado en París en 1973).

La exigencia de un reconocimiento y una respuesta específicos por etnia, género, prácticas sexuales (o ausencia de estas), de identidades percibidas o autopercibidas, dio lugar con el tiempo a una fragmentación de categorías en permanente aumento. Así, por ejemplo, lo que era el colectivo GLBT se convirtió en LGBTQQIAAP, por ahora (Facebook proponía recientemente 71 géneros distintos para identificarse).

Lo que alguna vez englobaba el Departamento de Humanidades empezó a parcelarse en una constelación de centros de estudios separados por etnias y sexualidades, donde la investigación y la militancia se volvieron indistinguibles.

Esta compartimentación de las disciplinas, que atenta contra el principio mismo de la propuesta universal de «universidad», va acompañada de un activismo hipersensibilizado, al acecho del menor indicio de intento de dominación del heteropatriarcado blanco. Es una hipersusceptibilidad trabajada, que vigila y castiga cualquier transgresión que pueda ser percibida —no importan ni las intenciones del acusado ni las pruebas en su contra— como un acto de racismo o machismo.

Constituidos como patrullas morales del discurso público, los guerreros de la justicia social detectan a los infractores de la corrección política y se muestran intolerantes hacia la contradicción, percibida como una amenaza vital. Así, el ámbito universitario, que debería ser el lugar para la confrontación de ideas, para fortalecer la mente como un músculo que se ejercita por el esfuerzo provocado por la resistencia, se ve obturado por estudiantes-inquisidores que exigen *safe spaces* para conversar sin posibilidad de refutación. En cuanto a la militancia, las marchas y los talleres propuestos por los militantes vetan el acceso a los «no concernidos» (que no forman parte

de una minoría específica); se exige a la universidad cancelar las charlas de intelectuales que no comulguen con su versión de la izquierda; se pide —y muchas veces se obtiene— la expulsión de profesores que no se pliegan a los dictados de los colectivos que se dicen agraviados.

El caso del profesor de biología Eric Weinstein en el Evergreen State College en Washington resulta bastante revelador. Desde los años setenta, esta universidad con fama progresista por la que pasó el creador de *Los Simpson*, Matthew Groening, celebraba el Day of Absence [Día de Ausencia], en el que los profesores y estudiantes pertenecientes a minorías se ausentaban para revelar su importancia en la comunidad. En 2017, el Day of Absence fue transformado en Day of Presence [Día de Presencia], un giro en el que esta vez se conminaba a los blancos a no poner un pie en la universidad. En un e-mail dirigido a sus colegas, Weinstein, que es blanco, que apoyó en las elecciones a Bernie Sanders y que se identifica como alguien «profundamente progresista», mostró sus reservas ante la iniciativa. «Hay una gran diferencia entre un grupo o coalición que decide ausentarse voluntariamente de un espacio compartido para destacar sus papeles vitales y subestimados», apuntó, «y un grupo o coalición que anima a otro grupo a marcharse». El primer caso, escribió, «es un poderoso llamado a la conciencia». El segundo «es una demostración de fuerza y un acto de opresión en sí mismo».

El mail fue filtrado y Weinstein se vio entonces increpado por medio centenar de estudiantes furiosos[55] que exigían agresivamente su despido, mientras lo acusaban de «apoyar el supremacismo blanco». Entretanto, la policía explicaba al profesor que debía permanecer fuera del campus por su propia seguridad y esconder a su familia en un lugar donde estuviera a salvo. En un primer momento, al no poder acceder a su aula, Weinstein, que llevaba quince años en la institución, dio clases en un parque público. Pero finalmente, ante la presión, él y su esposa, Heather Heying, que también era profesora en el establecimiento, presentaron su renuncia y demandaron a la universidad.

Un *Mein Kampf* con perspectiva de género

La balcanización de las humanidades y su instrumentalización militante corrompen la ética y el rigor académicos. Es lo que pusieron en evidencia en 2018, a través de un fraude desopilante, dos académicos y una ensayista: Peter Boghossian, profesor de Filosofía de la Universidad de Portland; James

Lindsay, doctor en Matemáticas de la Universidad de Tennessee, y Helen Pluckrose, editora de la revista *Areo*.[56] Los universitarios utilizaron un elaborado *hoax*, un engaño que recuerda el Escándalo Sokal, cuando un profesor estadounidense de física de la Universidad de Nueva York, Alan Sokal, demostró en 1996 cómo, si echaba mano a una jerga posmodernista, una revista de humanidades de estudios culturales publicaría sin empacho ni rigor «un artículo plagado de sinsentidos, siempre y cuando: a) sonase bien; y b) apoyase los prejuicios ideológicos de los editores».

Retomando la jerigonza y los códigos de los «estudios de género», colando estadísticas inventadas, en esta oportunidad el trío sometió a prestigiosas e influyentes publicaciones académicas veinte artículos grotescos y deliberadamente erróneos, salpicados de expresiones absurdas como «sociedad prepospatriarcal». Cuatro de ellos fueron publicados, tres estaban por salir a la calle, siete estaban en proceso de aceptación y seis fueron rechazados para cuando los autores revelaron el fraude.

Entretanto, lograron publicar en el periódico *Fat Studies*[57] el *paper* «Estudios sobre la grasa», una tesis sobre la necesidad de imponer socialmente una disciplina: el *fat bodybuilding* [culturismo de grasa] como una rama del fisiculturismo, ya que los «cuerpos obesos» son cuerpos construidos legítimamente… El autor, que se presentaba como un fisiculturista gordo, abogaba, entre otras consignas, por que los Juegos Olímpicos incluyesen eventos separados para la gente con sobrepeso en torneos llamados *fattylympics* [gordolímpicos].

La destacada revista *Sexuality and Culture* accedió, por su parte, a publicar la nota «Dildos», que prescribía «científicamente» para el hombre heterosexual «la masturbación anal» con *sex-toys* para lograr que el varón fuese «menos transfóbico y más feminista».

Otro artículo que sorteó los controles fue «Human Reactions to Rape Culture and Queer Performativity at Urban Dog Parks in Portland, Oregon» [Reacciones humanas a la cultura de la violación y la performatividad *queer* en parques urbanos para perros de Portland, Oregon], publicado en la revista académica *Gender, Place and Culture*, dedicada a los temas de género. Allí, una autora ficticia de un centro de investigación inventado, la Portland Ungendering Research Initiative [Iniciativa de Investigación de Portland para la Eliminación del Género], «estudió» y denunció los sectores de las plazas dedicados al mejor amigo del hombre, afirmando que «los parques para perros son espacios donde la violación a las perras está consentida», y extrapoló la observación a los humanos. El texto publicado abogaba por el

entrenamiento de los varones con un condicionamiento canino y ponerles collares y correas como método de lucha contra la violencia sexual.

Paralelamente, la revista *Cogent Social Sciences* acogió en sus páginas la tesis «El pene conceptual como constructo social». La nota, «3.000 palabras de necedades absolutas disfrazadas de erudición universitaria», según sus propios autores, enfatizaba que «la masculinidad vis-à-vis del pene es un constructo incoherente» y que sería mejor entender «el pene conceptual no como un órgano anatómico, sino como un constructo social de género-performativo, altamente fluido». La conclusión del *paper* era que el pene violador, violador del espacio (*manspreading*[58]), violador de la naturaleza, es responsable… del cambio climático.

Los investigadores incluso lograron darle sentido a la desafortunada expresión «feminazi» (las mujeres nazis no eran precisamente feministas, y viceversa). Consiguieron que la revista feminista *Affilia: Journal of Women and Social Work*, que se jacta de ofrecer una revisión por pares de los artículos, les publicara con entusiasmo y sin percatarse la prosa de Adolf Hitler sobre la organización del partido nazi desde una perspectiva de género. «Reescribimos un fragmento de *Mein Kampf* como feminismo interseccional y el periódico lo aceptó», explicaba el matemático James Lindsay. Los pares que revisaron el artículo «apoyan el trabajo y señalaron su potencial para generar un diálogo importante entre los trabajadores sociales y los académicos feministas», escribió uno de los editores de la publicación.

Para los autores de la trampa, la conclusión es que «una enseñanza basada menos en la búsqueda de la verdad y más en un enfoque en las reivindicaciones sociales se ha vuelto firmemente, si no totalmente, dominante dentro de estos campus, y sus académicos intimidan cada vez más a los estudiantes, administradores y otros departamentos para que se adhieran a su visión del mundo».

Los autores saben que, pese a que se asumen como intelectuales de izquierda, su denuncia del sesgo y la falta de rigor en nombre de la ideología identitaria que dominan los «estudios culturales» les valdrá las peores acusaciones: «Racistas, sexistas, intolerantes, misóginos, homofóbicos, transfóbicos, trashistéricos, antropocéntricos, problemáticos, privilegiados, acosadores, de extrema derecha, hombres blancos heterosexuales cisgénero (y una mujer blanca que estaba demostrando su misoginia interiorizada y su abrumadora necesidad de aprobación masculina) que querían activar la intolerancia, preservar nuestro privilegio y ponerse del lado del odio».

Pese a que afirmen lo contrario, estas disciplinas no son la continuación ni del movimiento de los derechos civiles, ni de la liberación de la mujer, ni del orgullo gay, sostienen los autores. Aseguran que el problema de la falta de rigor se ve agravado por «los efectos de división y destrucción causados por las patrullas de activistas en las redes sociales», que promueven una suerte de remedio milagroso para un público cada vez más numeroso.

El racismo antirracista

El fenómeno que se ha vuelto hegemónico en las universidades estadounidenses, donde se educa a la élite que después traslada a los espacios de poder esta concepción del mundo, excede el ámbito académico y de Estados Unidos. En Europa, y particularmente en Francia, las *identity politics* toman una dimensión específica en el discurso de la «descolonización».

En noviembre de 2018, ochenta intelectuales franceses lanzaron una alerta en la prensa**[59]** sobre un movimiento que se extendía por las universidades, salas de espectáculos, museos, reactivando una lectura racial de la sociedad.

«Presentándose como progresistas (antirracistas, descolonizadores, feministas…), estos movimientos se abocan desde hace varios años a desviar las luchas por la emancipación individual y de la libertad, persiguiendo objetivos opuestos y que atacan ferozmente el universalismo republicano: racialismo, diferencialismo, segregacionismo (según el color de la piel, el sexo, la práctica religiosa)», denuncia el texto rubricado por filósofos, investigadores, novelistas de primer plano de orígenes diversos, entre quienes se encontraban la ensayista feminista Elisabeth Badinter, la dibujante franco-marroquí Zineb El Rhazaoui, la historiadora especialista en la Revolución Francesa Mona Ozouf o el escritor argelino Boualem Sansal.

«Llegan incluso a invocar el feminismo para legitimar el uso del velo, el secularismo para legitimar sus reivindicaciones religiosas y el universalismo para legitimar el comunitarismo. Finalmente, denuncian, contra toda evidencia, el 'racismo de Estado' que imperaría en Francia: un Estado al que piden al mismo tiempo —y del que obtienen— benevolencia y apoyo financiero a través de subvenciones públicas», añadían.

El avance del tribalismo identitario en la universidad francesa se apoya en los «estudios poscoloniales» importados de Estados Unidos, donde conceptos como «raza» tienen un uso histórico muy distinto al de Francia, país que prohíbe el conteo étnico desde las leyes raciales de la ocupación nazi, que

justamente catalogaban, jerarquizaban y establecían políticas con razonamientos raciales. Pero bajo el barniz progresista, la categorización de la población en función de criterios tribales es rehabilitada para deslegitimar el pensamiento universal, relegándolo a mero discurso blanco que pretende defender su *white privilege* [privilegio blanco]. Que toda la terminología antiimperialista esté importada de la élite de las exclusivas y carísimas universidades privadas norteamericanas no deja de ser irónico.

De este modo, por ejemplo, en la Universidad de Lyon-II, los estudiantes de sociología y ciencias políticas debieron abordar en 2018, en el marco de una clase dedicada a los «movimientos sociales en los Estados poscoloniales», la cuestión de un presunto «feminismo islámico» (sin signo de interrogación). El trabajo era dirigido por la investigadora de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (EHESS, por sus siglas en francés) Zahra Ali. La profesora, autora del libro *Feminismos islámicos*, milita a favor del velo para las mujeres. Para ella, el feminismo «burgués de Simone de Beauvoir» fue utilizado «con fines coloniales, es decir, hoy poscoloniales y racistas». Así, propone en la universidad pública y laica un feminismo «apegado al texto sagrado y la tradición profética» y «marcado por normas y por una defensa del marco familiar heterosexual».[60]

Pero tal vez la figura más influyente de este movimiento sea la portavoz del Partido de los Indígenas de la República (PIR), la franco-argelina Houria Bouteldja, quien se ha convertido en una figura insoslayable de la «descolonización». Algunas de sus definiciones: «Pertenezco a mi familia, a mi clan, a mi raza, a mi barrio, al islam, a Argelia. […] Encima de mí hay aprovechadores blancos […] mis opresores». Sobre los homosexuales: «El marica no es del todo un hombre. Así, el árabe pierde su potencia viril y deja de ser un hombre». Asimismo, acusa a París, Berlín o San Francisco de querer imponer un «imperialismo gay» como forma de «injerencia sexual» al resto del mundo.[61] En su libro *Los blancos, los judíos y nosotros. Hacia una política de amor revolucionario*, celebra las palabras del entonces presidente iraní Mahmud Ahmadineyad: «No hay homosexuales en Irán». «Lo enmarco y lo admiro […] Ahmadineyad, mi héroe», escribe. En cuanto a los judíos, sostiene: «Para el Sur, la Shoá es —si puedo formularlo así— menos que un detalle».[62]

Los mecanismos de intimidación, censura y segregación son los mismos que operan en los campos universitarios de Estados Unidos o el Reino Unido. La denuncia del universalismo como un invento chauvinista blanco y su reemplazo por una visión tribal de la enseñanza da lugar a una cultura basada

en el resentimiento y la victimización. Cada colectivo hace valer sus padecimientos históricos y compite con otro en una jerarquización victimista, marcada por el prestigio que otorga la gravedad del perjuicio inherente al colectivo que representa.

Si en el medio universitario esto da lugar a una libanización de las humanidades, también tiene consecuencias palpables en el resto de la sociedad. A veces, los efectos pueden resultar anecdóticos, aunque no por ello menos simbólicos. En una misma semana, dos hechos ilustraron cómo el exhibir la identidad está llamado a reemplazar la argumentación de ideas. En octubre de 2018, la senadora demócrata Elizabeth Warren, rubia de ojos azules y posible candidata presidencial para 2020, divulgaba su análisis de ADN para demostrarle a Donald Trump que poseía un antepasado amerindio. El estudio genético, se suponía, verificaba que había tenido un antepasado cheroqui entre seis y diez generaciones atrás. Su intención era responder a Trump, que la había tratado de «Pocahontas» luego de que se descubriera que durante sus años como profesora universitaria se había anotado como perteneciente a una minoría étnica. Sin embargo, la lejana confirmación genética desató la furia de los representantes cheroquis, que le explicaron que afirmar esta identidad con un ADN era «un fraude».[63] Los indios nativos se mostraban menos esencialistas que el ala izquierdista de los demócratas. Otros notaron que había echado mano a una argumentación utilizada por los supremacistas blancos para establecer jerarquías genéticas.

En esa misma semana, la cantante irlandesa Sinead O’Connor anunciaba entretanto su conversión al islam y una decisión: «Lo que voy a decir es tan racista que nunca creí que mi alma podría sentirse así. Pero de verdad nunca voy a pasar más tiempo con gente blanca (si así es como se llama a los no musulmanes). Ni un minuto más, por ningún motivo. Son asquerosos», enfatizó la artista dublinesa.

Estos intentos por tratar de cambiar de piel para ponerse «del lado adecuado de la historia» desde un punto de vista étnico recuerdan el caso de la vocera de la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color (NAACP, por sus siglas en inglés) de Washington, Rachel Dolezal, quien durante años fungió como activista negra, hasta que se reveló que sus padres eran blancos y ella adaptaba su apariencia para parecer afroamericana. En Argentina, la transformación de Fernando Jones Huala de *flogger* argentino de clase media a líder del pueblo mapuche con el atuendo correspondiente perseguía la misma lógica.

Esta etnicización de la política en nombre del antirracismo tiene también su correlato en la cultura. El discurso que empezó con la demanda de diversidad e inclusión se desplazó al de la exigencia de la segregación y la exclusión. Del elogio del *melting-pot* y el mestizaje cultural de los años noventa se pasó a la denuncia de la «apropiación cultural», como si existiesen culturas puras y autónomas. Si en la década de 1980 tener rastas era un signo de apertura para el joven occidental, tres décadas después era una expoliación suplementaria en la historia de la colonización. Hoy, la compañía de música en línea Spotify, asociada con la empresa de análisis de ADN por correo Ancestry, ofrece a sus clientes confeccionar una *playlist* en función de la identidad genética del consumidor, para que no se aparte demasiado del perímetro cultural de su árbol genealógico.

Lo que hasta hace pocos años era valorado como una expresión de curiosidad altruista y un modo de dejar atrás sus determinismos se convertía en un saqueo de culturas ajenas y una extensión del imperialismo y el colonialismo. Y poco importa si se tienen las mejores intenciones.

En marzo de 2017, una docena de artistas e intelectuales pidió al Whitney Museum of American Art de Nueva York que retirara el cuadro *Open Casket*, de la pintora Dana Schutz. La tela está inspirada en una fotografía de Emmett Till, un joven negro de 14 años asesinado en 1955 en Mississippi tras haber sido acusado de coquetear con una mujer blanca. La madre del adolescente pidió expresamente que el funeral se celebrara con el ataúd abierto para que se hiciera pública la brutalidad con la que su hijo había sido ultimado.

«Que la gente vea lo que he visto», dijo la madre. El impacto de la foto del rostro publicada en la prensa se convirtió en uno de los motores históricos de la lucha por los derechos civiles. Sin embargo, en 2017, la pintura que representaba respetuosamente el hecho debía ser ocultada y, según algunos militantes, como pidió la artista residente en el museo Hannah Black, destruida. Entretanto, pequeños grupos de manifestantes se pararon durante horas delante del cuadro hasta el cierre del museo para que nadie pudiera verlo. Uno de ellos, Parker Bright, explicó a *The Guardian* que se trataba de impedir que «una mujer blanca se aprovechara de la muerte de alguien negro causada por una mujer blanca». En otras palabras, la pintora, que había trabajado con la temática de la brutalidad policial hacia los negros, no tenía derecho a evocar temas que no fueran los de su «raza».

La tribu blanca

La intimidación y la culpabilización permanentes, la vigilancia sobre cualquier desvío que pueda suponer una transgresión a este nuevo orden bajo pena de ser excluido del sistema educativo, cultural o simplemente laboral, la imposición de qué se debe decir y con qué palabras «inclusivas» están generando un contragolpe también tribal. Al designar a grupos humanos como culpables en función de su etnia, estos últimos terminan organizándose como tales. Y si hay alguien que ha entendido el poder de las *identity politics*, ese es Donald Trump.

A la hora de tratar de explicar la derrota de Hillary Clinton en la carrera presidencial de 2016, uno de los análisis más recurrentes es que la candidata demócrata se focalizó demasiado en los *identity issues* [temas identitarios]. Su victoria en las primarias contra Bernie Sanders se apoyó en la conquista del electorado negro, a quien la exsecretaria de Estado prometía prolongar el legado del primer presidente afroamericano. Obama no había necesitado ni querido hacer campaña sobre el tema identitario —de todos modos, *él* era el mensaje—. «No hay un Estados Unidos negro o un Estados Unidos blanco o un Estados Unidos latino o un Estados Unidos asiático; hay un Estados Unidos de América», declaró en un famoso discurso de unidad en la Convención Nacional Demócrata en 2004.

Hillary Clinton, en cambio, apostó por dirigirse alternadamente a todos los segmentos, modulando su discurso según el nicho, aunque dejando de lado a uno en particular: los blancos evangélicos.

Su estrategia obedecía a una lógica: los clivajes en Estados Unidos habían cambiado. Hasta 2007, los partidos Demócrata y Republicano se repartían el electorado blanco en una proporción de aproximadamente 44% cada uno.**[64]** Pero en 2016, al término del segundo mandato de Obama, los blancos se identificaban principalmente con los republicanos en una relación de 54% a 38%. El Partido Demócrata se convertía en la coalición de las minorías étnicas y blancos urbanos con estudios superiores, mientras que el Republicano se transformaba en el de los blancos evangélicos de los sectores rurales y obreros caucásicos, golpeados por la desindustrialización del trabajo tercerizado a países con mano de obra barata. Fue a este Estados Unidos, presa de la ansiedad de perder su estatus social en un país donde la demografía los estaba convirtiendo matemáticamente en una minoría (la primera) después de haber sido étnicamente durante siglos el grupo dominante, al que Trump se dirigió. Mientras sus rivales republicanos ponían el énfasis en los temas clásicos del partido —un Estado pequeño, bajar los impuestos—, Trump se focalizó en la identidad. Fue él quien puso en duda a

nivel nacional la nacionalidad estadounidense de Obama. Llamó a edificar el muro en la frontera sur, asimilando inmigrantes latinos y criminalidad, musulmanes y terrorismo (el *muslim ban,* restringiendo la entrada de personas de origen islámico, fue una de sus primeras medidas). Luego, significativamente, defendió la instauración del «derecho de sangre» y ya no del suelo para obtener la ciudadanía estadounidense. Al corsé de la corrección política, respondió con la ultranza insensible, proponiendo su propia visión tribal. Su discurso de «ellos» contra «nosotros» caló hondo en un sector que se sentía relegado y que en alguna medida lo estaba.

Su «Make America Great Again» proponía una rehabilitación nostálgica de un pasado idealizado en el que su electorado era la tribu imperante. Le hablaba a un país que, por primera vez en las historia de las naciones desarrolladas, veía caer la esperanza de vida, recortándose para los blancos en 2013 y luego en 2016, de la mano del suicidio y las sobredosis ligadas a la crisis de los opiáceos. A quienes no percibían las ventajas del *white privilege* que les refregaban en la cara a diario y se sentían relegados como indeseables (*basket of deplorables* fue el término peyorativo usado por Clinton para insultar a los simpatizantes de Trump), a quienes se sentían amenazados por minorías que, según su consideración, se beneficiaban desproporcionadamente de las ayudas públicas, Trump les daba una voz irreverente y vengativa, una visibilización. Ante el mandato de «no ofender» ni herir las susceptibilidades de una sociedad hipersensibilizada, los defensores de Donald Trump encontraron un eslogan que imprimieron en sus camisetas durante la campaña electoral: «Fuck your feelings». El lema, que años atrás podrían haber llevado sin problema los Sex Pistols, era ahora el grito desafiante de una parte de los estadounidenses hacia el tipo de sociedad vehiculizado por el nuevo pensamiento *mainstream* que les decía constantemente que «chequearan su privilegio», aunque estos no lo vieran.

En efecto, el 55% de los blancos de Estados Unidos estimaba en 2017 que existía una discriminación contra ellos a causa de su color de piel.**[65]** Más aún, estaban persuadidos de que los blancos eran más discriminados que los negros.**[66]**

El discurso de las *identity politics* estimuló entonces la consolidación de otro proyecto tribal; presentar el debate político exclusivamente en términos de identidades había inducido al rival a hacer lo mismo. Si mientras eran el grupo demográfica y simbólicamente dominante se autopercibían como «la normalidad» estadounidense, ahora se veían como un colectivo más en la competencia racial por los recursos y el espacio vital. Los grupos

supremacistas blancos empezaron a adoptar el lenguaje y los códigos de sus detractores. Dejando de lado su retórica de la preservación de una nación blanca hegemónica que debía resguardarse marginando a las minorías, adoptaron la del grupo amenazado de extinción, como si se tratara de una tribu autóctona asediada por una nueva colonización. Expresiones como *white genocide* para denunciar una supuesta limpieza étnica, la repetición del eslogan «no nos reemplazarán» y la exigencia de defender la «cultura blanca» como un patrimonio cultural en peligro reconfiguraron el discurso de la ultraderecha alineándolo con la retórica victimista progresista.

En Europa ocurrió lo mismo. No es casual que el grupo más joven y activo de la extrema derecha haya adoptado el nombre de Génération Identitaire [Generación Identitaria], que pone el acento en la «resistencia» frente al concepto de «gran reemplazo» de la población autóctona por la inmigración. En ambos casos, el rol de gran artífice de esta «substitución» es adjudicado al filántropo millonario húngaro George Soros, que para la ultraderecha encarna el mito actualizado del judío que disuelve desde las sombras la identidad nacional.

El avance de la izquierda identitaria por encima del proyecto de la emancipación universalista no sólo no está cumpliendo con sus promesas de justicia social: está propiciando un enfrentamiento tribal en detrimento del «nosotros», necesario para cualquier proyecto colectivo. La concepción relativista de la humanidad como un archipiélago de identidades en pugna, sin verdades absolutas, vuelve obsoletos consensos históricos, como la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

La corriente identitaria, que prioriza la subjetividad del grupo por encima de la razón, la emoción por encima de lo factual, busca enterrar el legado de la Ilustración, que sacó a la humanidad de las tinieblas del prejuicio y la ignorancia, impulsando el verdadero progreso. Desde mediados del siglo XVIII, el movimiento de las Luces ha tenido que enfrentarse a la tiranía política, a la Iglesia, al poder conservador que buscaba preservar un orden arbitrario y supersticioso. Hoy, la conquista de la democracia liberal, hija de la Ilustración, descubre que está siendo traicionada desde la izquierda, que, en nombre de una otredad esencializada, se pone del lado del oscurantismo religioso y del totalitarismo. La censura, el puritanismo y la intolerancia han cambiado de campo.

La apasionada tribalización identitaria nutre una polarización exacerbada por la lógica de los algoritmos y las redes sociales, donde la duda, la moderación y los razonamientos complejos se tornan imposibles. Este

empobrecimiento en el debate intelectual fue perfectamente comprendido por gobiernos autoritarios como el de Rusia, Irán o los regímenes teocráticos sunitas que utilizan en Occidente y en los idiomas locales el lenguaje de las *identity politics* a través de sus canales de TV, Twitter y Facebook, como no lo podrían hacer jamás en sus propios países. La disolución del nosotros en una subdivisión infinita de tribus en lucha se ha convertido en un fantástico instrumento de influencia y desestabilización contra las democracias occidentales. Es por eso que el canal estatal iraní Hispan dio un programa de TV a Pablo Iglesias en España; es por eso que RT (ex Russia Today) fue el primero en darle un trabajo a Julian Assange (artífice de la filtración de e-mails que le permitieron a Trump ganar la elección); es por eso que Al Jazeera+ da la voz al movimiento de «descolonización» en Francia; es por eso que el Kremlin fogoneó con desinformación, en las redes sociales, tanto las reivindicaciones de Black Lives Matter[67] como de grupos de apoyo a policías o supremacistas blancos, al tiempo que desalentaba a los electores negros a la hora de ir a votar.

En ningún caso, la injerencia de estos regímenes se explica por un gusto por el disenso democrático o el igualitarismo, aplastados en esos países, sino porque de este modo activan el resentimiento y generan divisiones en el seno de las democracias rivales que les exigen un respeto universal de los derechos humanos.

Atenazada por un movimiento iliberal, entre un populismo de ultraderecha identitario en ascenso y un progresismo que traiciona su promesa de romper cadenas, la democracia liberal está llamada a forjar también su propia identidad, asumiendo sin complejos el laicismo, la libertad de expresión y la lucha por la emancipación universalista por encima de la tentación del relativismo moral y cultural.



ALEJO SCHAPIRE (Buenos Aires, 1973) es periodista, especializado en cultura y política exterior. Reside en Francia desde 1995. Fue colaborador de Radar Libros (Página/12), así como de los suplementos culturales de *La Nación* y *Perfil*. Se desempeñó como corresponsal en París del diario *Crítica de la Argentina*. Desde 2002 trabaja en la radio pública francesa, donde se ocupa de la actualidad internacional.

Notas

[1] Nate Silver, “There Really Was a Media Liberal Bubble”, en *Five Thirty Eight*, 10 de marzo de 2017, disponible en línea: **<https://fivethirtyeight.com/features/there-really-was-a-liberal-media-bubble/> <<**

[2] Véase Lars Willnat y David H. Weaver, *The American Journalist in the Digital Age. Key Findings*, disponible en línea: **<http://archive.news.indiana.edu/releases/iu/2014/05/2013-american-journalist-key-findings.pdf> <<**

[3] Véase Jack Shafer y Tucker Doherty, “The Media Bubble Is Worse than You Think”, en *Politico Magazine*, mayo-junio de 2017, disponible en línea: **<https://www.politico.com/magazine/story/2017/04/25/media-bubble-real-journalism-jobs-east-coast-215048> <<**

[4] Arthur Sulzberger Jr. y Dean Baquet, “To Our Readers, from the Publisher and Executive Eidtor”, en *The New York Times*, 13 de noviembre de 2016, disponible en línea: **<https://www.nytimes.com/2016/11/13/us/elections/to-our-readers-from-the-publisher-and-executive-editor.html> <<**

[5] Richard Fausset, “A Voice of Hate in America’s Hartland”, en *The New York Times*, 25 de noviembre de 2017, disponible en línea: **<https://www.nytimes.com/2017/11/25/us/ohio-hovater-white-nationalist.html> <<**

[6] Véase Harriet Agerholm, "*New York Times* Breaks Subcriptions Record despite Donald Trump's Vocal Opposition", en *Independent*, 3 de mayo de 2017, disponible en línea: **<http://www.independent.co.uk/news/world/americas/new-york-times-subscription-record-donald-trump-oppostion-2017-first-quarter-us-president-a7716106.html> <<**

[7] Jason Brennan, *Against Democracy*, Princeton, Princeton University Press, 2016 [trad. esp.: *Contra la democracia*, Barcelona, Deusto, 2018] <<

[8] Véase John Villasenor, “Views among College Students Regarding the First Amendment: Results from a New Survey”, en *Brookins*, 18 de septiembre de 2017, disponible en línea: **<https://www.brookings.edu/blog/fixgov/2017/09/18/views-among-college-students-regarding-the-first-amendment-results-from-a-new-survey/> <<**

[9] Greg Lukianoff y Jonathan Haidt, *The Coddling of the American Mind: How Good Intentions and Bad Ideas Are Setting Up a Generation for Failure*, Nueva York, Penguin Press, 2018 <<

[10] Véase “Les Mémoires de guerre de Salman Rushdie”, en *Le Monde*, 20 de septiembre de 2012, disponible en línea: **<http://www.lemonde.fr/livres/article/2012/09/20/memoires-de-guerre-de-salman-rushdie_1763054_3260.html#T7Py4fw4G4fq9PLD.99> <<**

[11] Ivonne Bordelois, “Otra mirada sobre Charlie Hebdo”, en *La Nación*, 13 de enero de 2015, disponible en línea: **<https://www.lanacion.com.ar/1759584-otra-mirada-sobre-charlie-hebdo> <<**

[12] Amy Chua, *Political Tribes: Group Instinct and the Fate of Nations*, Nueva York, Penguin Books, 2018 <<

[13] Véase Pablo Ordaz, “El papa sostiene que ‘la libertad de expresión tiene límites’”, en *El País*, 15 de enero de 2015, disponible en línea: **<https://elpais.com/internacional/2015/01/15/actualidad/1421338937_0610** <<

[14] Charb, *Lettre aux escrocs de l'islamophobie qui font le jeu des racistes*, París, Les Echappés, 2015 [trad. esp.: *Carta a los estafadores de la islamofobia que les hacen el juego a los racistas*, México, Planeta, 2016] <<

[15] Véase “Pièce de Charb: *Charlie Hebdo* s’insurge contre une nouvelle demande d’annulation”, en *Le Figaro*, 31 de enero de 2018, disponible en línea: **<http://www.lefigaro.fr/culture/2018/01/31/03004-20180131ARTFIG00112-piece-de-charb-charlie-hebdo-s-insurge-contre-une-nouvelle-demande-d-annulation.php> <<**

[16] Véase “All Time Box Office”, en *Box Office Mojo*, disponible en línea: **<http://www.boxofficemojo.com/alltime/adjusted.htm> <<**

[17] Tyler Durden, "Gone with the Wind Banned from Memphis Theater", en *Zero Hedge*, 27 de agosto de 2017, disponible en línea: **<https://www.zerohedge.com/news/2017-08-27/gone-wind-banned-memphis-theater> <<**

[18] Véase disponible en línea: **<https://www.facebook.com/events/1690854501220051/?active_tab=discussion>** **<<**

[19] Véase Ilana Kaplan, "Millenials Watching 'Friends' on Netflix Shocked by Storilines", en *The Independent*, 11 de enero de 2018, disponible en línea: **<http://www.independent.co.uk/arts-entertainment/tv/friends-netflix-sexist-racist-transphobic-problematic-millenials-watch-a8154626.html>**
<<

[20] Véase Jesica Rach, "'It's Assault': Japanese Professor Likens Fairytale Princes in Snow White and Sleeping Beauty to SEX OFFENDERS in Impassioned Tweet (but Do You Agree?)", en *Daily Mail*, 4 de enero de 2018, disponible en línea: **<http://www.dailymail.co.uk/femail/article-5235337/Professor-compares-fairytale-princes-sex-offenders.html?ito=social-twitter_mailonline> <<**

[21] Véase disponible en línea: **<https://www.casadellibro.com/libro-cuentos-infantiles-politicamente-correctos/9788477651147/501062> <<**

[22] Alberto Mattioli, “E alla fine don José morì d’infarto”, en *La Stampa*, 8 de enero de 2018, disponible en línea: **<http://www.lastampa.it/2018/01/08/spettacoli/palcoscenico/e-alla-fine-don-jos-mor-dinfarto-KLuibr3FO2MO7fox0XFGlM/pagina.html> <<**

[23] Véase “Ustedes, miembros y miembras… Permítanme la broma”, en *El País*, 22 de abril de 2015, disponible en línea: **<https://elpais.com/politica/2015/04/22/actualidad/1429690998_911284.htm**
<<

[24] Véase “Cecilia Vázquez, la nueva directora del CPE que cuidará la educación de ‘jóvenes y jóvenas’”, en *La Voz Santacruceña*, disponible en línea: **<http://www.lavozsantacruceña.com.ar/nota/cecilia-vazquez-la-nueva-directora-del-cpe-que-cuidara-la-educacion-de-jovenes-y-jovenas>** <<

[25] Véase Antoine Oury, “Hatier tente l’écriture inclusive dans un manuel scolaire: tollé général”, en *Actualitté*, 27 de septiembre de 2017, disponible en línea: **<https://www.actualitte.com/article/patrimoine-education/hatier-tente-l-ecriture-inclusive-dans-un-manuel-scolaire-tolle-general/85026>**
<<

[26] Véase “Julio Borrego: ‘Se confunde género gramatical y sexo, cuando son cosas distintas’”, en *La Gaceta de Salamanca*, 6 de marzo de 2012, disponible en línea: **<https://www.lagacetadesalamanca.es/salamanca/2012/03/06/julio-borrego-confunde-genero-gramatical-sexo-son-cosas-distintas/55600.html> <<**

[27] Ignacio Bosque, “Sexismo lingüístico y visibilidad de la mujer”, disponible en línea: **<http://www.rae.es/sites/default/files/Sexismo_linguistico_y_visibilidad_d**
<<

[28] Véase Iker Seisdedos, “Darío Villanueva: ‘El problema está en confundir la gramática con el machismo’”, en *El País*, 16 de julio de 2018, disponible en línea: **<https://elpais.com/cultura/2018/07/15/actualidad/1531677196_003986.htm**
<<

[29] Véase “El Gobierno seguirá con la reforma de la Constitución con o sin el asesoramiento de la RAE”, en *El País*, 18 de julio de 2018, disponible en línea: **<https://elpais.com/cultura/2018/07/18/actualidad/1531900525_107086.htm**
<<

[30] Véase Geoffroy Clavel, “Finalment, Jean-Michel Blanquer est contre l’écriture inclusive dans les manuels scolaires”, en *Huffpost*, 16 de octubre de 2017, disponible en línea: **<https://www.huffingtonpost.fr/2017/10/16/finalement-jean-michel-blanquer-est-contre-lecriture-inclusive-dans-les-manuels-scolaires_a_23244490/> <<**

[31] Véase “Nous n’enseignerons plus que ‘le masculin l’emporte sur le féminin’”, en *Slate*, 7 de noviembre de 2017, disponible en línea: **<https://www.slate.fr/story/153492/manifeste-professeurs-professeures-enseignerons-plus-masculin-emporte-sur-le-feminin> <<**

[32] Véase Inés Gallastegui, “Una empresa olivarera niega una subida a sus empleadas porque el convenio sólo hablaba de ‘trabajadores’”, en *Las Provincias*, 6 de junio de 2018, disponible en línea: **<https://www.lasprovincias.es/sociedad/empresa-olivarera-niega-20180606003621-ntvo.html> <<**

[33] Véase Miguel Ángel Medina, “El Corán utiliza un lenguaje inclusivo, hoy Alá diría ‘portavoza’”, en *El País*, 20 de marzo de 2018, disponible en línea: **<https://elpais.com/elpais/2018/03/12/mujeres/1520868364_462914.html>** <<

[34] Véase Emily Shire, “We Were Kicked of Chicago’s Dyke March for Not Being ‘the Right Kind of Jew’”, en *The Daily Beast*, 7 de febrero de 2017, disponible en línea: **<https://www.thedailybeast.com/we-were-kicked-off-chicagos-dyke-march-for-not-being-the-right-kind-of-jew> <<**

[35] Véase disponible en línea: **<https://www.tau.ac.il/Anti-Semitism/>** **<<**

[36] Véase Daniel Sugarman, “More than 85 Per Cent of British Jews Think Jeremy Corbyn is Antisemitic”, en *The Jewish Chronicle*, 13 de septiembre de 2018, disponible en línea: **<https://www.thejc.com/news/uk-news/more-than-85-per-cent-of-british-jews-think-jeremy-corbyn-is-antisemitic-1.469654> <<**

[37] Véase Jim Pickard, “Labour’s Ruling Body Adopts ihra Definition of anti-Semitism”, en *Financial Times*, 4 de septiembre de 2018, disponible en línea: **<https://www.ft.com/content/72e2c5dc-b013-11e8-99ca-68cf89602132> <<**

[38] Véase “Bilan 2017 des actes racistes, antisémites, antimusulmans et antichrétiens”, en *Interieur.gouv. fr*, 31 de enero de 2018, disponible en línea: **<https://www.interieur.gouv.fr/Archives/Archives-ministre-de-l-interieur/Archives-Gerard-Collomb-mai-2017-octobre-2018/Communiques-du-ministre/Bilan-2017-des-actes-racistes-antisemites-antimusulmans-et-antichretiens> <<**

[39] Véase disponible en línea: **<https://www.facebook.com/2109784355914899/posts/2466336686926329/**
<<

[40] Véase Macarena Vidal Liy, “Torretas y alambradas: la campaña china de reeducación en Xinjiang”, en *El País*, 15 de mayo de 2018, disponible en línea: **<https://elpais.com/internacional/2018/05/15/actualidad/1526397806_9121** <<

[41] Véase Raf Sanchez, “Palestinian Refugee Camp in Syria Turns ‘unimaginably brutal’ as Assad Regime Drives Isil Out of Yarmouk”, en *The Telegraph*, disponible en línea: **<https://www.telegraph.co.uk/news/2018/04/26/palestinian-refugee-camp-syria-turns-unimaginably-brutal-assad/> <<**

[42] Véase “El antipiquete de Quebracho”, en *Página/12*, 24 de agosto de 2006, disponible en línea: **<https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-71918-2006-08-24.html> <<**

[43] Véase “Palestinian Gays Flee to Israel”, en *BBC News*, 22 de octubre de 2003, disponible en línea: **<http://news.bbc.co.uk/2/hi/3211772.stm> <<**

[44] Véase Diaa Hadid y Majd Al Waheidi, “Hamas Commander, Accused of Theft and Gay Sex, Is Killed by His Own”, en *The New York Times*, 2 de marzo de 2016, disponible en línea: **<https://www.nytimes.com/2016/03/02/world/middleeast/hamas-commander-mahmoud-ishtiwi-killed-palestine.html> <<**

[45] Véase “Hizbullah Sec.-Gen. Nasralla Warns against Legalization of Gay Marriage in Lebanon, Defends ‘Early Marriage’”, 17 de marzo de 2017, disponible en línea: **<https://www.memri.org/tv/hizbullah-sec-gen-nasrallah-warns-against-legalization-gay-marriage-lebanon-defends-early> <<**

[46] Edward Said cuenta con amargura su encuentro con Sartre en la casa de Michel Foucault para debatir sobre la situación israelí-palestina. El intelectual palestino descubrió, con pesar, que la opinión de Foucault sobre el tema se forjó cuando este, siendo profesor en Túnez, fue testigo con “horror” de los ataques contra los judíos locales tras la Guerra de los Seis Días. Véase Edward Said, “Ma rencontre avec Jean-Paul Sartre”, en *Le Monde Diplomatique*, septiembre de 2000, disponible en línea: **<https://www.monde-diplomatique.fr/2000/09/SAID/2409> <<**

[47] Véase disponible en línea: **<https://www.bild.de/wa/ll/bild-de/unangemeldet-42925516.bild.html> <<**

[48] Véase Jonathan Freedland, "'We Thought this Would Be the End of Us': The Raid on Entebbe, 40 Years on", en *The Guardian*, 25 de junio de 2016, disponible en línea: **<https://www.theguardian.com/world/2016/jun/25/entebbe-raid-40-years-on-israel-palestine-binyamin-netanyahu-jonathan-freedland> <<**

[49] Véase “La aventura del secuestro de Entebbe, contada por una protagonista”, en *El País*, 11 de julio de 1976, disponible en línea: **<https://elpais.com/diario/1976/07/11/sociedad/205884021_850215.html>** <<

[50] Véase Jonathan Freedland, "'We Thought this Would Be the End of Us': The Raid on Entebbe, 40 Years on", *op. cit* **<<**

[51] Véase Cécile Calla y Daniel Vernet, “Joschka Fischer: ‘Ce qui reste de 68, c’est un engagement passionne pour les opprimes’”, en *Le Monde*, 10 de mayo de 2008, disponible en línea: **<https://www.lemonde.fr/le-monde-2/article/2008/05/10/joschka-fischer-ce-qui-reste-de-68-c-est-un-engagement-passionne-pour-les-opprimes_1041850_1004868.html> <<**

[52] Véase disponible en línea: **<http://www.fpa.org.il/> <<**

[53] Véase Hélène Servel, “Un petit monde”, en *Le Monde Diplomatique*, febrero-marzo de 2018, disponible en línea: **<https://www.monde-diplomatique.fr/mav/157/SERVEL/58320> <<**

[54] Se refiere al jugador Christian Karembeu, del pueblo autóctono del archipiélago francés de Nueva Caledonia, en Oceanía. <<

[55] Véase disponible en línea: **<https://www.youtube.com/watch?v=LTnDpoQLNaY>**. **<<**

[56] Véase Peter Boghossian, James Lindsay y Helen Pluckrose, "Academic Grievance Studies and the Corruption of Scholarship", en *Areo*, 2 de octubre de 2018, disponible en línea: **<https://areomagazine.com/2018/10/02/academic-grievance-studies-and-the-corruption-of-scholarship/>**. **<<**

[57] Véase disponible en línea **<https://www.tandfonline.com/doi/abs/10.1080/21604851.2018.1453622?journalCode=ufts20&>**. **<<**

[58] Se refiere al “despatarramiento” masculino en el transporte público, que invade el espacio asignado a más de un asiento. <<

[59] Véase Clément Pétreault, “Ces ideólogues qui poussent à la guerre civile”, en *Le Point*, 29 de noviembre de 2018, disponible en línea: **<https://www.lepoint.fr/politique/ces-ideologues-qui-poussent-a-la-guerre-civile-29-11-2018-2275275_20.php?utm_medium=Social&utm_source=Twitter&Echobox=1543490397#xtor=32-[Echobox]>**. **<<**

[60] Véase Matthieu Aron, “Les ‘décoloniaux à l’assaut des universités”, en *L’OBS*, 30 de noviembre de 2018, disponible en línea: **<https://www.nouvelobs.com/societe/20181130.OBS6347/les-decoloniaux-a-l-assaut-des-universites.html>**. **<<**

[61] Véase “Débat Bouteldja/Clavreul/Nouvel Obs: une mise au point”, en PIR, 7 de noviembre de 2018, disponible en línea: <**http://indigenes-republique.fr/debat-bouteldja-clavreul-nouvel-obs-une-mise-au-point/**>. <<

[62] Una expresión que recuerda las declaraciones de Jean-Marie Le Pen, condenado por sostener que “las cámaras de gas fueron un detalle de la Segunda Guerra Mundial”. <<

[63] Véase Maggie Astor, “Why Many Native Americans Are Angry with Elizabeth Warren”, en *The New York Times*, 17 de octubre de 2018, disponible en línea: **<https://www.nytimes.com/2018/10/17/us/politics/elizabeth-warren-dna-test.html>**. **<<**

[64] Véase “Party Identification Trends, 1992-2014”, en *Pew Research Center*, 7 de abril de 2015, disponible en línea: **<http://www.people-press.org/2015/04/07/party-identification-trends-1992-2014/>**. **<<**

[65] Véase Don Gonyea, “Majority of White Americans Say They Believe Whites Face Discrimination”, en *NPR*, 24 de octubre de 2017, disponible en línea: **<https://www.npr.org/2017/10/24/559604836/majority-of-white-americans-think-theyre-discriminated-against?t=1541954404756>**. **<<**

[66] Véase “Whites Believes They Are Victims of Racims More Often Than Blacks”, en *Tufts Now*, 23 de mayo de 2011, disponible en línea: **<https://now.tufts.edu/news-releases/whites-believe-they-are-victims-racism-more-o>**. **<<**

[67] Véase el estudio de la Universidad de Washington elaborado por Leo G. Stewart, Ahmer Arif y Kate Starbird, “Examining Trolls and Polarization with a Retweet Network”, disponible en línea: **<https://faculty.washington.edu/kstarbi/examining-trolls-polarization.pdf>**. **<<**